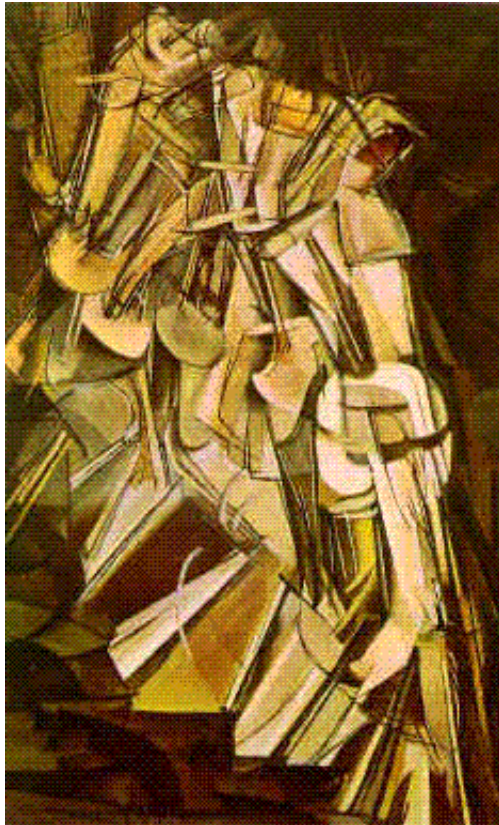


David Haboba

El tiempo dura una eternidad



Diseño de tapa: "Desnudo bajando una escalera" de Marcel Duchamp

2004 - Editado por el autor

*Impreso en el mes de Noviembre 2004
Por Stampalibri Italia*

*Dedicado a mi corazón
que se llama **Gaby**
y a mis ojos
que se llaman **Gastón** y **Carolina**.*

*Un amor especial a la “lela”,
mi querida abuela,
mi segunda mamá...
que seas feliz eternamente...*

*“El libro de la vida es el libro supremo,
que no se puede cerrar o volver a abrir a elección.
El pasaje interesante no se puede leer dos veces,
pero la hoja fatídica se pasa sola:
se quisiera volver a la página en que se ama
y la página de la muerte esta ya bajo nuestros dedos”*

“Es mejor un hoy que dos mañana”
Angelo Tazza (Roma, 1944 d.e.c.)

Prólogo

*“Lo que sabemos es una gota de agua;
lo que ignoramos es el océano”*

Isaac Newton (Woolsthorpe, 1642 d.e.c.)

Este libro intenta hacernos visitar algunos sectores particularmente interesantes del pensamiento. Como decía Schopenhauer (Danzica, 1788 d.e.c.): “Los pensamientos escritos sobre un papel son como las huellas de uno que camina sobre la arena: se ve el camino que se ha recorrido, pero para saber concretamente que cosas se han visto a través del camino se debería utilizar sus propios ojos”.

En la superficie terrestre, en la vida humana, existen dos tipologías de personas muy bien diferenciadas por su forma de encarar las situaciones que la vida misma nos plantea, donde nunca sabremos cual de estos dos tienen la verdad, puesto que ni siquiera conocemos la verdad.

Una tipología de individuos es la que definimos como aquellos que pasan el *tiempo*, o el *tiempo* les pasa, inmersos en sus actividades diarias, sean estas divertidas o aburridas, monótonas o diversas, importantes o triviales.

La otra tipología de individuos es la que definimos como aquellos que pasan el *tiempo* pensando, con todos los problemas que de este hábito se deducen o derivan, la mente se transforma en un gran espiral de contenido. Informándose se arriba a varias teorías, axiomas, hipótesis, opiniones.

La filosofía está estrechamente ligada a las peregrinaciones del pensamiento. El filósofo, o simplemente el hombre interesado

en la filosofía, que profundiza sobre los diferentes temas que nos circundan, ama los caminos transversales y secundarios, llenos de pozos, curvas, cunetas y lomas de burro. Atraviesa la vida como uno que va sin apuro paseando por una ciudad que no conoce, donde seguramente una hermosa fachada antigua, reestructurada y pintada de colores pastel, con techo de tejas originales, con un pequeño balconcito lleno de flores rojas y amarillas, en pleno barrio histórico y con un día radiante de sol, lo emociona mucho más que una entera pinacoteca.

La verdadera juventud del alma y del espíritu de las personas es la sabiduría. Un tiempo todo era fácil, estaba la Biblia y esta era la palabra de D'os y EL era omniconciente y demasiado honesto para poder engañar a los seres humanos. Por lo tanto, cada frase de la Biblia contenía la pura y santa verdad.

La realidad esta evidentemente afuera de nuestra conciencia; todo aquello que sabemos sobre la verdad debe haber forzosamente pasado a través de los órganos, los sentidos, los canales nerviosos y la fineza del cerebro. A través de estas vías los datos vienen seleccionados, filtrados, alejados. Aquello que llamamos realidad es en verdad siempre y solamente una “idea de la realidad”.

La felicidad no es un fruto del árbol de los conocimientos, también un sentimiento de felicidad basado sobre una ilusión es verdadera felicidad.

Todo aquel que reflexione mucho sobre si mismo le arriba antes o después la idea de anotar las vicisitudes de su propia vida. Sólo si conocés tu historia podés entender quien sos.

Quien posee un castillo es rico. Quien abandona espontáneamente el propio castillo es todavía mas rico, porque tiene todo el mundo por delante que lo esta esperando, y no tiene más nada que perder. Quien no teme la perdida del YO – la muerte – no debe temer nada y a nadie.

Durante toda la vida perseguimos la felicidad: es la felicidad que nos corre de atrás. Si nos sucede de atraparla, hacemos de todo para destruirla, posiblemente en manera dramática.

Un puzzle terminado es solamente aburrido. Serenidad, alegría y omelette para toda la vida son insoportables como también champagne y caviar todos los días.

Suponiendo que jamás lloviera, es evidente que ninguno de nosotros diría: que hermoso día de sol, que día radiante!. Porque nos parecería absolutamente normal y cotidiano. La lluvia sirve al alma y al pensamiento para valorar el sol.

También ocurre en el amor que se puede fiar sólo de una cosa: la duda.

Ausentes del efecto tiempo se puede crear una “imágen” de haber logrado los objetivos creados inicialmente, momento en el cual se deben desarrollar interiormente nuevos deseos. “Lo contrario a la muerte es el deseo” dice Woody Allen (New York, 1935 d.e.c.).

Cuando uno siente que ha logrado lo deseado anteriormente se encuentra en un “punto crítico de inflexión” y aquí es necesario tener la sabiduría divina para poder saborear “la felicidad”.

En este preciso momento se sabe, se vive la felicidad y junto con ella se continúa “deseando”, “pidiendo”, justamente porque sin deseos no existe la vida. La felicidad es el logro del objetivo!!! Pero una vez que se ha obtenido, se necesita tener otro, sino se cae en la monotonía. Es importante sentir que nos acompaña siempre aquella felicidad lograda que nunca nos “abandonará”, puesto que si existieran en el futuro momentos tristes, esta felicidad vivida será un recuerdo siempre presente...La felicidad es el amor por la vida.

Es verdad que existe la oscilación entre el dolor y el aburrimiento, la felicidad es considerada una utopía y es importante contrastarla con el aspecto “tiempo” porque si se la

considera medida sin el tiempo no es una utopía. No es nunca perenne, pero esto se puede modificar.

Se llega a la felicidad cuando se esta en paz con sigo mismo y con los otros, o sea, debemos buscar dentro de nosotros la armonía de nuestro cuerpo y de nuestra mente. La felicidad es dejarse andar y no tener miedo de los eventos.

Constatamos que existen muchos períodos negativos en nuestra vida terrenal, como el dolor que es considerado una emoción contraria a la felicidad, pero también eso ocurre saborear, porque nos hace crecer espiritualmente, pero para nuestra suerte es breve y existe la máxima emoción que es la positividad, la felicidad es el desvincularse de esa cosa negativa y es una compleja búsqueda del estado de ánimo alegre.

La reflexión acerca del *tiempo* constituye uno de los hilos conductores de la historia de la filosofía, y a lo largo de dicha historia su propio significado ha sufrido numerosas variaciones, generalmente relacionadas con las acaecidas en las cosmovisiones que se han sucedido a lo largo de la historia del pensamiento.

La determinación de la naturaleza del *tiempo* (su estatus ontológico, sus propiedades, su relación con el espacio, su cognoscibilidad, etc.), es sin duda, uno de los núcleos centrales de todo el pensamiento filosófico, e incluso se puede afirmar que toda la ontología clásica ha sido, en su propia esencia, una filosofía del tiempo.

Por otra parte, en la medida en que la reflexión sobre el *tiempo* es también uno de los elementos fundamentales de la ciencia, la concepción que se tenga de él aparece como uno de los nexos básicos de unión entre el pensamiento filosófico y el científico.

Las nuevas concepciones y teorías, surgidas en muchas ocasiones a partir de la reflexión cosmológica, son exponente

de un nuevo paradigma científico emergente, en el cual, a diferencia de los modelos mecanicistas y deterministas clásicos -en los que el *tiempo* aparece sólo como una magnitud reversible- las nociones de tiempo y de irreversibilidad juegan un importante papel a partir de las cuales se posibilita una nueva alianza entre las ciencias de la naturaleza y la filosofía.

La reproducción posee un significado muy profundo para todos los seres humanos, representa el mejor modo para acercarnos a la vida eterna, o sea, es un tentativo para evadir la prisión del tiempo.

La poesía nos acerca en forma romántica y conmovedora al análisis del *Tiempo*. Por ejemplo con *Antonio Machado* (Sevilla, 1875 d.e.c.) cuando escribe:

*“Todo pasa y todo queda, pero lo nuestro es pasar, pasar haciendo caminos, caminos sobre la mar.
Caminante son tus huellas el camino y nada mas; caminante no hay caminos, se hace camino al andar.
Al andar se hace camino, y al volver la vista atrás, se ve la senda que nunca se ha de volver a pisar.
Caminante no hay camino sino estelas en la mar.”*

También la Biblia nos acerca reflexiones sobre el *tiempo*, como por ejemplo en Eclesiastés 2.3, nos relata que en este mundo todo tiene su *tiempo* y todo lo que hay debajo del cielo pasa en el término que se ha prescrito:

“Un tiempo para nacer y un tiempo para morir. Un tiempo para plantar y un tiempo para arrancar lo plantado. Un tiempo para destruir, y un tiempo para construir. Un tiempo para el amor, y un tiempo para el odio. Un momento para callar, y un momento para hablar...”

Las personas que no son poetas ni románticos, que no son escritores ni filósofos, simplemente que tienen una intuición particular o simplemente que recogen frases armadas, también en su modo están reflexionando sobre el tiempo. Como decían mis amigos Gustavo Tendler (Montevideo, 1968 d.e.c.) y Valerio Neri (Montevideo, 1968 d.e.c.) prácticamente en cada cena de miércoles: “*Los hombres pasan y las instituciones quedan*”.

¿El *tiempo* dura una eternidad? O el *tiempo* dura infinitas eternidades?

O sea, el *tiempo* dura LA eternidad?... No lo se!

Por las dudas escribo “UNA eternidad” y si luego descubro que son varias eternidades... lo escribiré corregido en alguna próxima oportunidad!...

I
Tiempo del autor

*“ Serás eterno como el tiempo
y florecerás en cada primavera”.*
Club Atlético Peñarol (Montevideo, 1891 d.e.c.)

De profesión arquitecto, aunque también me dedico a la construcción y al asesoramiento inmobiliario. No obstante un título y una discreta capacidad de comunicación, me encuentro a mis treinta y pico (justo el pico se encuentra exactamente a media altura) que tengo que arreglar cuentas con la soledad en la era de la globalización.

Este tentativo literario representa un desahogo hacia un mundo que se aleja cada vez más de los valores tradicionales del individuo.

La formación hoy en día se ha transformado en algo fundamental, sea en el trabajo como en la vida. Los exámenes no terminan nunca, pero cansan, envejecen espontáneamente la naturaleza y la espontaneidad de las nuevas fuerzas, que vienen necesariamente proyectadas en un futuro mejor, pero siempre “futuro”, mientras el presente se convierte en ansia de mañana y a veces, como en mi caso, en nostalgia del ayer.

El filósofo Cartesio, con su “*Cogito ergo Sum*” sostenía que las cosas del mundo existen porque nosotros las pensamos, o sea, como en un paseo por las montañas si nosotros cambiamos la perspectiva de nuestra vista, al mismo tiempo se modifica el panorama; y lo mismo ocurre con el sistema de las relaciones humanas, éste se modifica a nuestros ojos con el variar de

nuestro tono emotivo, o sea, con nuestro humor y consecuentemente con nuestros deseos.

Para obtener la distancia necesaria para afrontar los problemas y encontrar las mejores soluciones es necesaria la capacidad de dudar (diferente de la capacidad de criticar): volviendo a importunar a Cartesio, diría que la esencia del crecimiento esta en el “*Dudo ergo Sum*”.

La duda no significa inseguridad o predisposición a la crítica, sino que en mi modo de razonar representa únicamente una pausa, necesaria para la correcta valoración de las cosas. Personalmente, me he dado cuenta de la necesidad de tomar tiempo (si es que éste se puede tomar) para reflexionar sobre los acontecimientos.

La lentitud hoy en día me parece una suerte impagable, un bien de consumo altamente sobrevaluado. Lentitud en reflexionar, en responder, en todas las cosas.

El tiempo es dinero! Esto es cierto, pero el dinero no permite comprar el tiempo! (el mercado de órganos, en este momento, no es objeto de mis reflexiones!).

En un lunes de principios de marzo, he dormido hasta las 11 y media de la mañana. Ahora, a las 2 de la tarde, me siento todavía en culpa por el tiempo perdido en dormir. ¿Por que? En el fondo he disfrutado de un reposo agradable. ¿También mi inconsciente se revela a la lentitud? ¿Como distinguir entonces la holgazanería de la tranquilidad de un reposo, causada frecuentemente por la necesidad de actuar para no pensar. Actuar para no pensar o pensar para no actuar?

En el fondo el progreso nos lleva inevitablemente a una vida más cómoda, al mito del bienestar, el dulce no hacer nada.

¿Por que entonces el tiempo se ha transformado en algo más precioso que el oro? Y bien, darle al tiempo (una constante definición) el justo valor, equivale a redistribuir las necesidades humanas. Tiempo precioso y tiempo fugaz, para

utilizar en el mejor modo posible, evitando vivir mal el presente por la manía de arribar a ver y a programar el futuro.

El aburrimiento prevale en la vida de las generaciones presentes y también, peor que el aburrimiento es el sentimiento del fracaso que de éste deriva.

La vida no estuvo nunca quieta ni lo estará, la vida es pura velocidad, o sea, de mucho sirve correr...

Podría decir que mi estilo de vida ideal se resuelve en la serenidad y en la vida banal, y no estaría mintiendo. Pero representa exclusivamente mi “mito” inalcanzable.

En el fondo es justamente el caos el peligro mayor para el hombre social, aquel caos que gobierna el Universo con sus siempre eternas reglas, que desconcierta la disciplina humana y que me hace sentir extraordinariamente vivo.

¿Que cosa será el infinito? No lo se, probablemente se encuentra en el jardín del vecino, que como todos sabemos es siempre más verde y más floreado.

Mantener en vida la duda para escaparse de las fáciles tentaciones de la certeza absoluta, dudar hasta alcanzar el contacto con la nada, o quizás con el infinito devenir de las cadenas humanas.

Nuestro miedo a la muerte no ha cambiado para nada, así como no han cambiado los remedios para este miedo. No hablo de los remedios de la medicina, me refiero a las soluciones alternativas, motores de cada cosa: estudio, amor, esperanza, odio, envidia, amistad, poder y todas las otras formas de distracción o remedio de frente al tiempo inexorable.

Vacío que llenar, miedo que olvidar, curiosidad que ver. Todos arreglamos cuentas con el tiempo, nuestro patrón y dador de trabajo.

El deseo de inmortalidad, derrotado por la banal cotidianeidad, escenario del puro devenir científico (lucha por la sobrevivencia) me obliga a escribir todavía.

La sensibilidad es simplemente el tiempo de reacción emotiva (interior) a las sollicitaciones del ambiente exterior.

Cada uno de nosotros posee los reflejos automáticos a los estímulos de los demás. Tales reflejos tienen tiempos diferentes.

Para mí, el cambio material de mi cuerpo concilia la dimensión temporal a aquella espacial, reduciendo así el ansia de vida.

Pienso que adelantándonos con los años extraño a los amigos de un tiempo o todavía más que a ellos, extraño el sentido de la compañía, los secretos de la juventud para compartir. Volviendo hacia atrás con la memoria, veo una serie infinita de sueños.

Una vida no basta y es demasiado al mismo tiempo. Los años parecen un automóvil enloquecido que frena y acelera de continuo.

¿Que cosa sería la realidad? La realidad es de aquellos que viven en el contexto.

Existe una realidad para el albañil, una realidad para el arquitecto, una para el abogado, una para el cura, una para los políticos, una para los jubilados, una para los vagabundos, una para los filósofos, una realidad del dinero y una realidad de los valores.

II

Tiempo de Miércoles

“Mirá a la derecha y a la izquierda del tiempo
y que tu corazón aprenda a estar tranquilo”
Federico García Lorca (Granada, 1898 d.e.c.)

Varios son los temas que arriban solos durante “nuestros miércoles”. Algunos de los cuales son expuestos, analizados, comentados e interpretados casi sin quererlo en la mesa de la parrillada de turno, siempre entre las 21.00 y las 23.00 horas, antes de proceder al ritual de la votación sobre si comer el postre en la parrillada o ir a la heladería, alias “el murito!”

Los presentes son “los amigos del estadio”, así se autodenominan, aunque hayan pasado más de 15 años y tengan entre ellos sentimientos profundos y duraderos.

La ultima parrilla elegida es la Parrillada Trouville, donde se realizan las cenas de los últimos 7 u 8 años. Todos comen más o menos el mismo plato todas las semanas; una entrada de choricito, provolone y chinchulines cortaditos para compartir entre los seis, en el caso que las cosas estén transcurriendo bastante bien a nivel monetario - laboral, claro esta. Como plato principal el Toto se pide un vacío jugoso, el Peta un vacío “muy” jugoso, Pablo un asadito a punto, Valner y el Pollo (Alejandro) un churrasquito trouville, mientras Pelusa un vacío muy cocido. Naturalmente todo viene acompañado de unas papas al plomo para compartir a las cuales viene untada la correspondiente manteca y sal, excepto para el churrasquito que ya viene con acompañamiento de papas fritas o de ensalada mixta para el “Pollo”. Para todos una coca cola, excepto para Pelusa que se pide agua mineral con gas. De postre, porque

todos se piden su postrecito, después se los cuento más adelante.

El Toto, de perfil pronunciadamente pesimista, creo que sea considerada la persona “nexo comunicante” para todos los representantes del grupo, es la persona referente, a través de la cual transcurren todas las novedades; Pablito es la persona “equilibrio”, siempre esta de igual humor y de buena onda.

El primero que se entusiasma siempre hablando y relatando opiniones escuchadas o leídas es Pelusa, quien este miércoles comenta que “en la reflexión sobre el *tiempo* se destaca el aspecto paradójico de la reflexión del *sentido común*, ya que, por una parte, nada hay tan obvio ni tan propio de dicho *sentido común* como el *tiempo*: todos hablamos de él y creemos medirlo, hacemos previsiones y, en la vida cotidiana, consideramos que está perfectamente delimitado el pasado, el presente y el futuro. Pero, por otra parte, nada hay tan complejo y contradictorio como intentar abordar su naturaleza, ya que al intentarlo nos sumimos en paradojas y perplejidades.

Todo esto lo expresaba en la Edad Media San Agustín cuando se preguntaba qué era el *tiempo*? (*quid est ergo tempus?*) y respondía que, si nadie se lo preguntaba, lo sabía, pero si alguien se lo preguntaba, ya no lo sabía.

Previo al planteamiento reflexivo o teórico, el *tiempo* aparece en la experiencia individual, social y cultural, mediatizando, a través de dichas experiencias, la elaboración de una noción general de *tiempo*.

De esta manera, la concepción del *tiempo*, así como los mitos que esta noción llevaba asociados, dominante en las sociedades cazadoras y nómadas, ha sido distinta de la elaborada en las sociedades agrícolas y sedentarias, las cuales, dependientes de la agricultura para su supervivencia, han tenido la necesidad de una cronometría, de un calendario rector de sus actividades: el *tiempo* de la siembra y el *tiempo* de la recolección... Esta experiencia, junto con los ritos de renovación del poder,

condujo a una conceptualización del *tiempo* que lo dividió, como lo destaca Mircea Eliade (Bucarest, 1907 d.e.c.), en *tiempo* sagrado y *tiempo* profano.

Por una parte, en los albores de la civilización, aparecía un *tiempo* divinizado y absoluto y, por otra, el *tiempo* del calendario, propio de la actividad cotidiana.

Aparecía por un lado el *tiempo* que domina los ciclos naturales (día y noche, fases de la luna, estaciones del año, actividad vegetativa, tiempo de floración y fruto de las plantas, etc.) y, por otra, el *tiempo* de la experiencia individual, que comienza con el nacimiento y culmina en la muerte.

Dos formas de experiencia contradictorias, ya que una es cíclica, dominada por la idea del retorno, y la otra es lineal e irreversible. Aunque, en cierta forma, esta irreversibilidad es negada por las creencias en la inmortalidad, que ponen la vida y el *tiempo* en función del *tiempo* absoluto de la divinidad.

Es decir, en la medida en que la concepción religiosa del mundo se convirtió en predominante, se ha considerado el *tiempo* en función de la divinidad y se ha planteado la cuestión desde la noción de eternidad, es decir, a partir de la negación misma del tiempo”.

Continuando este “cuasi” monólogo, debido a que a esta altura el tema había adquirido relevada importancia para los amigos presentes, el Pelusa dice: “esta separación entre la experiencia del *tiempo* y la conceptualización religiosa del mismo, se manifiesta también en la separación entre un planteamiento religioso y metafísico, y un planteamiento científico del *tiempo*, lo cual, a su vez, supone que cualquier intento de relacionar ciencia y filosofía ha de hacerse teniendo en cuenta el problema del *tiempo* y las diferentes determinaciones de la temporalidad, tales como las nociones de duración, instante, eternidad, semieternidad, intervalo, límite, dimensión, etc.”

“Que situación por demás embarazosa”, decía el Toto, agregando: “muchachos, tengo que decir la verdad, porque como decía alguien que conoce muy bien Pelusa: la verdad purifica el alma. Y esta verdad es que no he entendido nada”.

“Porque vos Toto te complicás demasiado”, decía Pelusa, “el tema es mucho más simple de lo que a priori parece, sólo que se necesita abordarlo desde una óptica más profunda, pensando que la reflexión filosófica y científica han ido señalando la complejidad del *tiempo*, destacando que, por una parte, el *tiempo* aparece como un sistema de relaciones de orden (simultaneidad, sucesión, antes-después, continuidad o discontinuidad), de relaciones métricas (intervalos, instantes, momentos, duraciones) y topológicas (linealidad, circularidad, dimensión, orientación, finitud o infinitud) y, por otra parte, aparece como devenir que relaciona las llamadas dimensiones temporales: pasado, presente y futuro, que se relacionan con las nociones de reversibilidad e irreversibilidad.

Es decir, por una parte, el *tiempo* aparece como este sistema de relaciones, pero, por otra parte, aparece en su vivencia subjetiva (socialmente y culturalmente mediatizada).

En la medida en que es un sistema de relaciones, se entiende desde las ciencias físicas (vinculando el tiempo al movimiento, en especial, al movimiento astronómico), pero además se descubren ritmos temporales biológicos y umbrales mínimos de captación psicológica del *tiempo*.

Por decirles algunos ejemplos que intentan facilitar el discurso, la música y la poesía (ritmo, métrica) aparecen como artes temporales, opuestas a la arquitectura, la escultura y (en parte) la pintura, como artes espaciales.

Es decir, la reflexión acerca del *tiempo* va señalando progresivamente su extremada complejidad, para no hablar del *tiempo* lingüístico (los *tiempos* verbales) que actúan como condicionantes de la captación misma del *tiempo*.

El conjunto de este entramado de relaciones y vivencias caracteriza la complejidad de la noción de *tiempo*, la cual, además, no puede separarse de la de espacio.

Ahora bien, esta caracterización del *tiempo* (como sistema de relaciones y como tiempo vivido) que, a groso modo equivale a lo que podría llamarse el *tiempo* objetivo y el *tiempo* subjetivo, no aparece plenamente desarrollada en la tradición filosófica y solamente en la actualidad se está acometiendo su análisis”.

“Sin embargo, si es que puedo también yo participar con alguna reflexión”, dice Valner, nuestro querido licenciado, “desde otro punto de vista, el *tiempo* puede ser también abordado en su relación con la ciencia contemporánea”.

“¿O sea? ¿Por ejemplo?”, decían simultáneamente el Toto y el Peta.

A lo que Valner, acomodándose muy placenteramente en la silla, apoyando sus dos codos en la mesa, alejando despacito y por pocos centímetros el plato terminado hacia el centro de la mesa, termina de cruzar los cubiertos sobre el plato vacío y limpito, ya que previamente había pasado y repasado como de costumbre el pancito sobre el “juguito” de la carne, inicia su explicación a través del desarrollo que hace Albert Einstein (Ulm, 1879 d.e.c.).

“En la ciencia contemporánea las nociones de espacio y de *tiempo* han sido convulsionadas por la teoría generalizada de la relatividad, que las relaciona y fusiona en el concepto unificado de espacio-tiempo.

Según Minkowski (Rusia, 1864 d.e.c.) este concepto puede entenderse como formando un continuo de 3+1 dimensiones.

En esta concepción, el *tiempo* adquiere un carácter distinto ya que, unido al espacio, determina las características de la materia y del movimiento.

Por otra parte, la teoría de la relatividad sustenta el fenómeno de la dilatación y de la contracción del *tiempo*, de forma que el *tiempo* depende de la velocidad (si algo pudiese desplazarse a

mayor velocidad que la luz, lo que según la teoría es imposible, retrocedería en el tiempo) y de la masa.

Según la transformación de Lorentz (Arnhem, 1853 d.e.c.) el *tiempo* -que no es absoluto- depende del estado de reposo o de movimiento del observador que realiza la medida.

La diferencia entre el «*tiempo* propio» de un móvil y el «*tiempo* medido» se expresa según la siguiente ecuación: $t' = t / \gamma$, donde t representa el intervalo de *tiempo* propio y t' el medido externamente por un observador, que siempre será menor que t , ya que γ es siempre inferior a 1. Es decir, a velocidades próximas a las de la luz el *tiempo* transcurriría más lentamente.

“A no asustarse!”, agrega Valner. “En definitiva lo que quise decir es muy simple: no hay, según la teoría de la relatividad, un *tiempo* universal, lo que ha revitalizado la concepción relacional del *tiempo*.”

Así, el continuo espacio-*tiempo* tetradimensional puede concebirse como una representación matemática desde la cual se entienden los fenómenos físicos. Pero no es una descripción de lo que el *tiempo* es, probablemente porque la noción misma debe entenderse en su amplio y complejo significado.

Por ello, se prosiguen los estudios sobre el *tiempo* y se siguen proponiendo diversas teorías.

Partiendo de la teoría de la relatividad, algunos autores, como Reichenbach (Hamburgo, 1891 d.e.c.), por ejemplo, han retomado la concepción relacional del *tiempo* y la han unido a la concepción que reduce el *tiempo* a la causalidad, dando lugar a las llamadas teorías causales del *tiempo*.

Siguiendo también la teoría del continuo espacio-*tiempo* de 3+1 dimensiones, Alexander (Sydney, 1859 d.e.c.) formuló una teoría del espacio-*tiempo* como matriz de todos los procesos, lo que se opone a la teoría relacional, ya que este continuo espacio-*tiempo* es concebido como el fundamento que genera

los procesos reales y, por tanto, es entendido como una especie de substrato último de todo el universo”.

“Que noche de miércoles...” dicen el Toto y Pablo, “entre Pelusa y Valner no hemos podido hablar de Peñarol, justo ahora que estamos en pleno período de pases”.

Igualmente, a pesar de la voluntad de reflexionar sobre fútbol y más concretamente sobre el glorioso, el embale con el que vienen hablando los “pseudofilósofos” de la mesa continúa.

“Tenemos que reflexionar sobre el carácter irreversible del *tiempo* y de esta forma poder valorar cada minuto de nuestra vida”, decía Valner.

De esta forma se desenlaza otro pequeño momento de monólogo de Pelusa, quien inicia ahora diciendo: “por mi parte, Prigogine (Moscu, 1917 d.e.c.) insiste especialmente en el carácter irreversible del *tiempo*, en contra de lo establecido en la mecánica clásica y, por extensión, en la ciencia clásica.

Por ello, opone la ciencia moderna, representada especialmente por Newton (Lincolnshire, 1643 d.e.c.) y Laplace (Normandía, 1749 d.e.c.) a la ciencia contemporánea.

La primera se caracteriza por las nociones de legalidad, determinismo y reversibilidad y estaba fundada en la concepción de la reversibilidad del *tiempo*, lo que era expresión de un privilegio de la noción de eternidad e impedía una fructífera alianza con las ciencias humanas, en las cuales la noción de irreversibilidad es fundamental.

La ciencia contemporánea, en cambio, da una nueva importancia a lo aleatorio y espontáneo; a la irreversibilidad temporal, creadora de novedad y diversidad.

En suma, la nueva ciencia se desarrolla en contra del determinismo clásico y del reduccionismo de todo fenómeno a leyes mecanicistas.

En esta línea de pensamiento que reclama un papel central a la comprensión del *tiempo* se puede observar una fuerte influencia del pensamiento de Bergson (París, 1859 d.e.c.) y de Whitehead (Ramsgate, 1861 d.e.c.), reconocida también por Prigogine.

Partiendo de esta concepción de la ciencia, propugna una nueva alianza entre las ciencias y las humanidades; una nueva alianza que reintroduzca al hombre dentro de la temporalidad que había sido expulsada de la ciencia clásica y que supere la distinción entre ciencias de la naturaleza y ciencias del espíritu”.

“¿Escucharon alguna vez hablar de las flechas cosmol del *tiempo*?”, dice Pelusa, como intentando interesar a los otros concurrentes de la mesa.

“Si, claro”, dice el Toto, “es el torneo que se juega entre los terceros y cuartos equipos de futbol de cada país del continente Americano. Como una especie de Copa Libertadores de América de mediocres”.

“No puede ser!” agrega el Peta; “eso es el Torneo Conmebol!”

“Uyyy, es cierto. Entonces nunca escuche hablar de las flechas Cosmol”, dice el Toto.

“Es un término creado inicialmente por Eddington (Kendal, 1882 d.e.c.) para señalar el carácter direccional del *tiempo*.

Esta dirección o flecha del *tiempo* muestra que los fenómenos suceden según un orden que va del pasado al futuro.

Este carácter direccional del *tiempo* va unido a la concepción lineal de éste, y a su carácter unidimensional (diferencia de la tridimensionalidad espacial), que unido al espacio forma el continuo espacio-*tiempo* de 3+1 dimensiones.

La primera formulación de Eddington suponía la audaz posibilidad de una unidimensionalidad del tiempo solamente en las regiones más cercanas a nosotros del universo.

De hecho, históricamente la noción de una dirección irreversible del tiempo es relativamente reciente, ya que en las culturas antiguas predominaba una concepción circular del mismo, unida a la constatación del carácter cíclico de las mareas, los solsticios y las estaciones (como lo ha estudiado profusamente Mircea Eliade).

La experiencia biográfica del crecimiento, envejecimiento y muerte se situaba en el marco de un *tiempo* cíclico, de manera que se consideraba la posibilidad de un retorno.

Pero la tradición judeo-cristiana, marcada por las tesis de una creación inicial y un fin de los *tiempos*, juntamente con el carácter irreversible de la pasión, muerte y resurrección de Jesús (piénsese lo absurdo que resultaría para las tesis cristianas sostener que D'os muere repetidamente en un ciclo ininterrumpido de retornos), condujeron a sostener una concepción lineal y orientada del *tiempo*, que se concibe fluyendo desde el pasado hacia el futuro.

Dicha concepción lineal está en la base de los conceptos de progreso y de evolución.

No obstante, en la física todas las ecuaciones son reversibles respecto del *tiempo*, es decir, que en todas las ecuaciones de la física, el *tiempo* puede ser entendido como una magnitud reversible, o lo que es lo mismo, todas las ecuaciones físicas son simétricas respecto al *tiempo*.

Pero el segundo principio de la termodinámica (al que Bergson llama la más metafísica de las leyes de la física), al señalar que en los sistemas aislados la entropía aumenta, proporciona un criterio para decidir la orientación temporal.

Así, por ejemplo, si se rompe una estatua y estalla en una gran cantidad de fragmentos, ha aumentado la entropía (el sistema pasa a tener más «desorden»). Pues bien, la experiencia muestra que nunca de manera espontánea se vuelve a recomponer la escultura.

Según la interpretación de Boltzmann (Viena, 1844 d.e.c.) esto es así, no porque sea absolutamente imposible (teóricamente no lo es ya que, como hemos dicho, todas las ecuaciones físicas - dentro de la tradición de la física clásica- son simétricas respecto al tiempo), sino porque es altamente improbable.

El aumento de la entropía nos permite distinguir entre el pasado y el futuro. Esta constatación se conoce como flecha termodinámica del tiempo.

Es en este contexto que se sitúan también las investigaciones sobre el caos, que permiten explicar fenómenos de autorganización a partir de sistemas sin estructura aparentemente definida (aunque siguen siendo modelos semi-deterministas, engendrando un concepto paradójico: el de azar predecible, aunque no plenamente determinista en el sentido clásico).

Psicológicamente la direccionalidad del tiempo se muestra señalando que hay recuerdos del pasado, pero no hay memoria del futuro. A esta constatación se la denomina «flecha psicológica del tiempo».

Por otra parte, la cosmología contemporánea, basada mayoritariamente en la hipótesis del Big Bang, sustenta que el universo está en expansión, lo que determina la llamada «flecha cosmológica del tiempo».

Según Stephen Hawking (Oxford, 1942 d.e.c.) las tres flechas del tiempo van unidas, mantienen la misma dirección y se relacionan con el llamado principio antrópico aunque, según Roger Penrose (Cholchester, 1931 d.e.c.), será la unificación de las teorías físicas de la relatividad y de la mecánica cuántica (una teoría cuántica de la gravedad) la que permitirá una auténtica comprensión de la flecha del tiempo.

La conexión de la(s) flecha(s) del tiempo con el principio antrópico que sustentan algunos teóricos actuales de la cosmología (entre ellos el propio Stephen Hawking), hace pensar en formulaciones filosóficas clásicas, como la hipótesis

de la evolución creadora de Bergson, aunque, por supuesto, sin la carga mística inherente al pensamiento de dicho autor”.

“Muchachos, nos vemos”, dice Pelusa, alzándose de la mesa de forma determinista y decidida.

“Y!, si no nos vemos nos ponemos lentes”, contesta el Toto.

Besos y abrazos repartidos, como es tradicional en cada encuentro, cada cual se sumerge en sus propios pensamientos.

III

Tiempo laboral

“No contemos el dinero ganado;
ya hemos perdido bastante tiempo ganándolo”
G. Bernard Shaw (Dublín, 1856 d.e.c.)

La relación de Pelusa con el trabajo fue siempre conflictiva. Pienso que convida esta esquizofrenia con el grueso de la humanidad.

No se puede vivir sin trabajo, y de todos modos se renunciaría con mucho placer. Muchas veces Pelusa se sumerge dentro del trabajo con mucho entusiasmo, prepara todos los detalles constructivos con el más mínimo detalle y a escala ampliada 1/5, prepara todas las memorias descriptivas y constructivas, elabora los diferentes escenarios económicos posibles del nuevo emprendimiento, realiza los correspondientes análisis de riesgo, en su versión optimista, media y pesimista, prepara los diagramas de gantt para el desarrollo de la obra. Otras veces el trabajo le saca hasta las últimas fuerzas. Por un lado le garantiza su bienestar y progreso, por el otro no parece una broma despertarse todos los días laborables a las 6.20 de la mañana por un sonido molesto, sabiendo que a las 7.30 es indispensable su presencia en la obra. Muchas veces vive en la contradicción interior, pues piensa que el tiempo no puesto a producir es un tiempo desperdiciado, y le provoca remordimiento.

Cuántas veces se he sentido decir: “No estés ahí a cuestionarte! Trabaja!, así no te vienen pensamientos estúpidos!”

Según Friedhelm Moser, el trabajo influencia de tal forma nuestra vida que pienso que se merezca al menos un par de consideraciones filosóficas: Kafka está impactado del contraste entre oficina y trabajo. En forma más moderada este mismo conflicto está presente en muchas personas.

Por otro lado, está la empresa, un lugar en la organización, los negocios; del otro lado aquello para lo cual uno se siente hecho, un objetivo personal en el arte, en la ciencia, en la cría de pichones, en la comunidad de la parroquia, en la escritura o en la arquitectura.

Los creativos conocen bien este proceso. Ellos crecen y se transforman con sus propios trabajos.

Los libros editados, el cuadro terminado, la sinfonía completada son también documentos que testimonian una transformación personal.

El trabajo, en este sentido, quiere decir reencontrarse consigo mismo, definirse, convertirse en sí mismo.

Artistas y científicos geniales, empresarios visionarios y el filósofo original, el cocinero creativo y el apasionado de jardinería trabajan por motivos análogos. Quieren realizar sus propias ideas, expresar su propio talento. Sus vidas encuentran satisfacciones con las grandes obras.

Para la mayor parte de las personas, sin embargo, el trabajo no encuentra un rol fundamental, se identifican con el mismo hasta un cierto punto, lo realizan un poco por placer y un poco por el sentido del deber; se ganan siempre el pan, pero el núcleo central de la vida está en otras cosas, por ejemplo, en la familia o en el fitness centre.

El trabajo percibido como una obligación es una doble desgracia, en lugar de procurarnos alegría nos lastima. Así como dije que la gran obra hace reencontrarse a uno consigo mismo, el trabajo “obligado” hace extrañarse a sí mismo. La gran obra corresponde al gran amor, una profesión tomada con poco entusiasmo a un matrimonio por interés, el trabajo tomado como una “obligación” a la prostitución.

Sin embargo, pocos son los que logran liberarse de una obligación similar, porque la desocupación frecuentemente deprime todavía más.

Las causas de una depresión, en este caso, corresponden a las dificultades económicas, la pérdida de una posición social y los golpes infligidos a la autoestima.

Feliz el filósofo desocupado, o el desocupado que descubre de tener una vena filosófica.

Sócrates observaba: “Quien tiene menos pretensiones esta mas cerca de los Dioses”.

La posición social es secundaria para el bienestar del rey sabio. El valor de una persona no puede depender de ser un eficiente engranaje del proceso productivo o administrativo. Su valor, seguramente, esta en saber despegarse del gran mecanismo.

En síntesis, ser desocupado puede significar mucho más que vagar sin objetivo ni tranquilidad en la sala de espera de una estación de la cual desde hace ya mucho *tiempo* que no parte ningún tren; puede significar negarse con dignidad de correr atrás de un ómnibus lleno de gente y ser libre de dedicarse a una ocupación sensata; puede significar trabajar sobre uno mismo, o sea, por el bien de la humanidad.

IV

Tiempo “antiguo”

“Tiempo es la medida del movimiento entre dos instantes.

El instante es la continuidad del tiempo,
pues une el tiempo pasado con el tiempo futuro”.

Aristóteles (Stagira 384 a.e.c.)

Los pensadores antiguos equiparaban el tiempo con el concepto de cambio. Las primeras colectividades humanas se encontraban atrapadas por el ritmo constante de las estaciones del año y su idea del tiempo era más bien la de un ciclo. Esto era así incluso para los antiguos griegos, a pesar de que poseían ya unas leyes matemáticas exactas y un avanzado sistema de geometría. La idea del tiempo como una magnitud que puede medirse con toda precisión es todavía muy moderna.

El pensamiento griego es vasto, variado, complejo, profundo. No podemos esquematizarlo sin correr el riesgo de caricaturizarlo.

La idea del eterno retorno es una constante del pensamiento griego. Un universo circular, que gira sobre sí mismo con un movimiento también circular, que es el movimiento perfecto porque es el más parecido al reposo, que es el estado "natural" y realmente perfecto de las cosas. El *tiempo* es asimilado a este movimiento circular, y por consiguiente, es considerado como una sucesión espacializada. Este *tiempo* circular se repite a sí mismo perennemente, por lo que la noción cíclica del *tiempo* impide que en él se dé lo verdaderamente nuevo, lo irrepetible.

La idea pitagórica del ciclo universal de todas las cosas ilustra bien esta posición. Siendo también uno sólo el movimiento

mismo, muchas cosas iguales serán una e idéntica a la anterior y la sucesiva; todas las cosas las mismas, incluyendo también el *tiempo*. De ahí que está presente en muy diversos autores la idea de necesidad y de destino.

Las cosas que ocurren en el presente no tienen en realidad sentido propio, puesto que todo se repetirá a sí mismo eternamente.

El concepto de eterno retorno está estrechamente ligado al deseo griego de aprehender intelectualmente el *tiempo*, inmovilizando lo más posible su fluir. Esta idea paraliza también la historia y hace imposible cualquier progreso real en ella.

El eterno retorno se fundamenta, a su vez, en la idea de una sustancia universal como principio primordial permanente de todas las cosas.

Aristóteles señala que la mayoría de los filósofos (principalmente los presocráticos) suponen que el principio de todas las cosas se encuentra en una especie de sustancia material (el agua, para Tales de Mileto; el aire, para Anaximandro; el fuego, para Heráclito, etc.) y que esta sustancia permanece siempre la misma en el cambiar permanente de sus modalidades. Así, nada nace ni perece, porque subsiste siempre esa naturaleza.

El pensar filosófico griego intenta distinguir el tiempo de la eternidad. En las múltiples formas y direcciones que asume la concepción de la eternidad y del *tiempo* hay un carácter común: el de la superioridad que le atribuyen a la eternidad sobre la temporalidad.

El *tiempo* es concebido como infinito, en su inacabable rotación circular, y de esta manera se asemeja a la perennidad de la eternidad. Asimismo, la eternidad es concebida como perpetua duración, lo cual la hace temporal.

El pensamiento griego está permeado hasta lo más hondo de temporalidad, no puede ni definir ni concebir la eternidad sin ligarla de una o de otra manera al *tiempo*, sin remitirla a categorías temporales. No obstante, intenta distinguir entre *tiempo* y eternidad, y para ello trata de asimilar el *tiempo*, por medio de la concepción de un *tiempo* circular, a la perennidad de la eternidad, la cual, como veremos, más que concebirse como algo totalmente diferente del *tiempo*, es vista ante todo como duración continua, lo cual, como ya hemos señalado, la remite de nuevo a la temporalidad.

La idea del eterno retorno está vinculada también con el sentido de los límites y la vocación de finitud y racionalidad propias del espíritu griego. Este pensamiento busca explicar el fenómeno de la mutación. Desde Tales, vemos que la racionalidad griega busca un principio único que dé razón de la multiplicidad indefinida. Para ellos, lo particular sólo tiene sentido en el ámbito de la totalidad. De ahí el interés por la *physis*, es decir, por una realidad estable con leyes que ordenen lo múltiple, que haya existido siempre, de la cual salgan y a la cual retornen todas las cosas. El griego busca lo estable, lo permanente. El eterno retorno hace que el movimiento básico sea el circular, que es el más parecido al reposo, lo que hace también que este movimiento distienda un *tiempo* cíclico, que es el más parecido a la inmutabilidad de la eternidad.

Por otra parte, la búsqueda del límite se convierte a la vez en pensamiento y atracción por lo que trasciende el límite.

Este sentido de medida, de equilibrio, unidad y racionalidad, contrasta en el espíritu griego con el sentido de desbordamiento, desequilibrio, con la atracción, y a la vez, el temor por lo indefinido e ilimitado.

De modo que el carácter polifacético y variado de este pensamiento impide que pueda ser aprehendido en una visión única y lineal.

Pero podemos decir, en términos generales, que por una parte el griego busca, como ideal, la finitud, la determinación, lo que se puede pensar, y que, al mismo *tiempo*, habita en su espíritu, como pesimismo ante el ilimitado poder del destino, el temor al infinito, a lo indeterminado, que no por ser temor deja de estar presente en su pensamiento.

Esta contraposición se manifiesta también en el tratamiento de los problemas que plantea lo finito y lo infinito, y en los de la eternidad y el *tiempo*. Podemos afirmar que la relación entre el *tiempo* y la eternidad se presenta en los griegos unida al problema de lo infinito y lo finito.

El griego toma conciencia de la relación íntima entre ambos problemas y se plantea el problema de lo infinito unido al del *tiempo*, el cual es considerado como infinito, vinculado con lo negativo, el caos, el vacío, ya que la finitud es la completitud. En su cosmología predominan diferentes formas de referir el *tiempo* a la eternidad, que manifiestan la necesidad griega de abarcar la infinitud temporal con una cierta eternidad que sea racional e inteligible.

En el mundo griego se sostuvieron dos opiniones opuestas sobre el espacio y el *tiempo*: ... o el espacio y el *tiempo* son infinitamente divisibles, en cuyo caso el movimiento es continuo y uniforme..., o se componen de mínimos indivisibles, y entonces el movimiento consta de una sucesión de diminutos saltos.

Este problema de la continuidad o discontinuidad del *tiempo* subyace en la reflexión de los diferentes filósofos griegos a propósito del *tiempo*, principalmente en Zenón de Elea (Elea, 490 a.e.c.) y en Aristóteles, cada uno con posiciones diferentes al respecto.

Las consideraciones sobre la continuidad o discontinuidad del *tiempo* llevan a la polémica sobre la homogeneidad o heterogeneidad del tiempo.

Anaximandro (Mileto 610 a.e.c.)

En Anaximandro nos encontramos con un problema semejante al que se nos planteaba en Tales de Mileto (Jonia, 640 a.e.c.), pues en ambos pensadores las actividades científicas y filosóficas recaen en la misma persona subjetiva.

Anaximandro podría ser interpretado desde un punto vista categorial (científico) como una especie de cosmólogo, del mismo modo que Tales podría ser interpretado como un fisiólogo o un biólogo.

Pero la cosmología de Anaximandro, al igual que la *physis* de Tales está recorrida toda ella por ideas filosóficas.

Las ideas de Anaximandro (el *ápeiron*, el cosmos, la dinámica y la temporalidad del mundo) sólo adquieren una escala adecuada al contemplarlas como un desarrollo interno de los problemas planteados en el racionalismo de Tales, de tal modo que se podría afirmar incluso que muchos de sus aportes científicos están cumpliendo funciones ontológicas, sólo pueden ser entendidos por medio de sus ideas filosóficas (el mapa-mundi de Anaximandro, en cuanto representación de la *omnitud universi*, sólo adquiere sentido desde la idea de cosmos).

Heráclito (Efeso 550 a.e.c.)

Panta rei, todo fluye, decía Heráclito. Todo transcurre y con todo también la vida pasa sin que se puede hacer nada para detenerla.

También Heráclito tuvo sus buenos discípulos que, como sucede frecuentemente, buscan ser mas Heráclíticos que el maestro; si el decía: “Nadie puede bañarse dos veces en el

mismo río, ya que ese río no es el mismo de la primera ocasión”, su alumno preferido, Cratilo, sostiene que “no es posible bañarse ni siquiera una sola vez”.

Si todo cambia constantemente y nada permanece, cambiamos también las personas? y en caso afirmativo, como podemos obtener una verdad sobre nosotros mismos si a cada momento dejamos de serlo?

Pienso que todo es relativo, incluso uno mismo, nadie sabe como puede cambiar o ser dentro de una semana, un mes o un año.

Siempre influyen cosas y decisiones tanto del exterior como del interior. La verdad sobre uno mismo no es parecida a la verdad en su idea total y plena. Nuestra verdad puede cambiar con el paso de los años, hay una frase que dice: “es de sabios cambiar de opinión”, yo le agregaría que “de idiotas obstinarse en el estatismo, que conduce a la terquedad, y ella nos lleva a la ignorancia”.

"Del uno el todo y del todo el uno. El cambio es lo único inmutable en el mundo". La existencia humana no es otra cosa que un devenir continuo e imparable. Moverse, agitarse y pasar hacia un más allá que no comprendemos. Es el “panta rei” de la filosofía griega. Todo fluye, todo pasa, nada es estable, nada es duradero.

En Heráclito encontramos de manera bastante marcada el entrelazamiento de los conceptos de *tiempo* y eternidad.

Su conceptualización de la noción de eternidad se realiza con nociones tales como "ayer", "hoy" y "mañana". Niega que el cosmos haya tenido un origen: “Este cosmos, uno mismo para todos los seres, no lo hizo ninguno de los dioses ni de los hombres, sino que siempre ha sido, es y será fuego eternamente viviente, que se enciende según medidas y se apaga según medidas”.

El cosmos que Heráclito declara perenne no es el caduco ordenamiento presente, ya que para él "en nuestra esencia

fluyente somos y no somos", sino "la universalidad de las existencias reales".

Afirma que el mundo es inengendrado, único, y que encierra en sí todo lo existente.

Contra la idea de un demiurgo y de un cosmos originado de un caos precedente, opone la existencia perenne ("eterna") del cosmos y del fuego siempre viviente.

La eternidad se presenta como infinita duración del tiempo, concebido cíclicamente, dentro de la concepción del eterno retorno de todas las cosas. La eternidad es, pues, la perpetua cadena de los ciclos del cosmos.

Al decir que el fuego es "siempre viviente", concibe la eternidad como infinitud temporal del ser.

El verbo ser, en el fue y en el será, manifiesta que la realidad es la misma en el pasado, el presente y el futuro, o sea, que el cosmos ha existido a lo largo de todo el tiempo, y que, como tal, es perenne.

En él, entonces, la eternidad viene a ser la existencia perpetua a lo largo de toda la duración temporal en el pasado, el presente y el futuro, dentro de un *tiempo* cíclico que se repite sin cesar.

Parménides (Elea, 504 a.e.c.)

La filosofía presocrática puede seguirse como un proceso de consolidación del enfrentamiento entre naturaleza y lenguaje, entre lo que las cosas son por sí mismas y lo que las cosas son en tanto que dichas en un lenguaje que presenta problemas a causa de su convencionalidad.

Si se tiene en cuenta que la naturaleza no tiene un carácter estable sino que es vista como algo en constante cambio, se puede entender que el *tiempo* se presenta siempre como algo ligado a este devenir de los acontecimientos y que el lenguaje lo que pretende es llegar a mencionarlo en su constante cambio.

Parménides, al declarar que «el ser no fue ni será, sino que es, a la vez, uno, continuo y eterno», formula la primera noción de eternidad, mientras que Meliso de Samos (Samos, 450 a.e.c.), al declarar que “el ser siempre es, siempre fue y siempre será” formula la noción de sempiternidad.

En cualquier caso, el problema del ser se plantea conjuntamente con la cuestión del *tiempo*, lo que no es ajeno al uso de la noción de sustancia (ousía), entendida como presencia.

Este planteamiento que vincula el ser al *tiempo* y, en especial, a la presencia, reaparece en Platón.

En Parménides se contraponen de manera irreconciliable tanto la physis y lo particular, como el conocimiento racional, que proporciona la verdad y el conocimiento sensible, carente de ella.

Hay que rechazar el no-ser, pero las apariencias, si bien no dan la verdad, no son el no-ser.

El *tiempo* forma parte de este mundo aparential. Por tanto, ni es propiamente hablando, ni se puede decir de él nada cierto, por lo que Parménides prefiere negar el *tiempo*, en aras de la eternidad del Ser. El Ser, inengendrado e indestructible, está fuera del *tiempo* y de la sucesión, es inmutable eternamente y se mantiene en un presente inalterable: ya solo un mito como camino queda: lo que es.

“Y en este hay indicios numerosos de que el ente es inengendrado e imperecedero, pues completo e inmóvil y ya ahora perpetuo. Ni fue ni será, ya que es ahora todo al mismo tiempo, uno, continuo”.

Trata de excluir del Ser toda temporalidad y de hacerlo eterno. Pero al afirmar que el Ser "ni fue ni será, sino que es ahora", concibe esa eternidad como un presente permanente, y como el presente es "parte" del *tiempo*, la eternidad queda así temporalizada.

El ser es eterno en cuanto excluye todo cambio y toda sucesión, porque es completo, nada le falta, y por tanto no puede tener futuro.

Parece concebir la eternidad del Ser como lo que está totalmente fuera del *tiempo* y de la sucesión; pero más que concebirla fuera del *tiempo*, la concibe como inmutable presente.

Este eterno presente niega todo límite temporal, su duración no tiene ni principio ni final, es infinita, y por ser infinita vemos que en Parménides la trascendencia del *tiempo* no es tan fuerte como para que no se tenga que recurrir a él para considerar la eternidad, en cuanto el *tiempo* significa infinitud e indefinición y la eternidad significa finitud y completitud.

Según la concepción parmenídea, en la eternidad hay sucesión, puesto que su presente es posible gracias a que se da a lo largo de todo el *tiempo*, es incompleta en cuanto requiere del transcurrir para ser siempre presente, "ya que es ahora, toda al mismo *tiempo*", igual que el ahora, es decir, igual que el instante.

El ser es "ahora". ¿Será el presente de esta eternidad parmenídea tan frágil como el instante?

La eternidad como aquello que trasciende el *tiempo* se presenta sólo como negación del pasado y del futuro, como permanencia en el presente del ser que es, lo cual lo refiere nuevamente al *tiempo*.

"El Ser es un permanecer idéntico en lo idéntico, por lo que excluye el pasado en cuanto destrucción y el futuro en cuanto nacimiento, pero no excluye el antes y el después de la permanencia constante de su realidad. Así, la afirmación de la extemporalidad es la afirmación de la infinitud del permanecer en la infinitud temporal".

Sócrates (Atenas, 469 a.e.c.)

Sócrates es el más sabio de todos los hombres, porque es el único que sabe de no saber nada!

El día de la condena a muerte, se dirige al pueblo diciendo: “Ciudadanos Atenienses, soy viejo, bastaba esperar y la muerte hubiera venido por sí sola, en modo natural. Haciendo así, no tienen ni siquiera la seguridad de haberme castigado. Saben acaso que cosa es morir? Seguramente es una de estas dos cosas: o un sumergirse en la nada, o transmigrar a otra parte. En la primera hipótesis, créanme, la muerte podría ser una gran ventaja: nunca más dolores, nunca más sufrimientos; en la segunda hipótesis, en cambio, tendré la suerte de encontrarme muchos personajes excepcionales.”

“Yo pienso que a los muertos sea reservado un futuro” dice textualmente el maestro “y que este futuro sea mejor para los buenos que para los malvados”. Inicia así la discusión sobre la inmortalidad del alma.

Platón (Atenas 428 a.e.c.)

Para Platón el *tiempo* es una imagen móvil de la eternidad, imita la eternidad y se desarrolla en círculo (concepción cíclica del tiempo) según el número.

Considera que el *tiempo* nace con el cielo y el movimiento de los astros mide el *tiempo*. Así, lo que es, es una participación en el Ser según el *tiempo*.

En la medida en que el conocimiento verdadero nos permite conocer las ideas inmutables y eternas, la palabra que las designa es una representación de la eternidad en el *tiempo*.

La concepción platónica, pues, hace depender no sólo el mundo físico del mundo de las ideas, sino que, coherentemente con esto, hace depender el tiempo de la eternidad.

Al relegar Platón el *tiempo* del devenir de las cosas al despreciado plano de lo sensible, de lo no plenamente real, y al

afirmar el carácter eterno del mundo ideal, con frecuencia se lo sitúa, a este respecto, en línea de continuidad con Parménides. Pero no debe olvidarse el carácter fundamental del paso dado por Platón en textos como el *Timeo*: el tiempo del devenir de lo sensible viene a ser algo así como el despliegue de la eternidad que caracteriza al mundo de las ideas. La eternidad deja de ser la mera negación de la temporalidad para convertirse en su fundamento: desde el punto de vista del mundo inmutable de las ideas, la eternidad constituye un *tiempo* ya dado en su totalidad, cuyo desarrollo da lugar a la apariencia sensible del tiempo.

Ciertamente, las ideas del *Timeo* no siempre están acordes con las ideas astronómicas expresadas por Platón en otras obras, como *Fedón*, *República* o *Leyes*. Además, su pensamiento se expresa a menudo bajo la forma de alegorías en las que no es fácil determinar el sentido preciso.

"Cuando el Padre que había engendrado el Mundo comprendió que se movía y vivía, hecho imagen nacida de los dioses eternos, se alegró con ello y, en su alegría, pensó en los medios de hacerlo más semejante aún a su modelo.

Y de la misma manera que ese modelo es un viviente eterno, se esforzó, en la medida de su poder, por hacer igualmente eterno ese mismo todo".

Ahora bien: lo que en realidad era eterno, como hemos visto, era la substancia del viviente modelo y era imposible adaptar enteramente esta eternidad a un mundo generado.

Por esta razón, su autor se preocupó de hacer una especie de imitación móvil de la eternidad y mientras organizaba el cielo, hizo a semejanza de la eternidad inmóvil y única, esta imagen eterna que progresa según las leyes de los números, esto que nosotros llamamos *tiempo*.

En efecto, los días y las noches, los meses y las estaciones no existían en manera alguna antes del nacimiento del Cielo, sino

que su nacimiento se ordenó al *tiempo* mismo en que se construía el Cielo.

“Todo eso son, en efecto, divisiones del *Tiempo*” (Timeo 37c-37e)

Aristóteles (Stagira 384 a.e.c.)

En sintonía con la globalidad de su programa filosófico, suprime la distinción entre la realidad y la apariencia del *tiempo*: no tiene sentido explicar la *physis* a través de algo que está más allá de ella.

De ahí que la eternidad de la que habla Platón pase a corresponderse con el suceder del *tiempo* susceptible de percepción.

Ahora bien, lo que da lugar a la percepción del *tiempo* es el movimiento, de modo que el tiempo no puede concebirse sino como algo consustancial al mismo.

De esta manera Aristóteles acomete el análisis del *tiempo* con mucha precaución, y declara que es un tema harto difícil. Para abordar la cuestión del *tiempo*, su naturaleza y estructura, Aristóteles lo vincula al movimiento, pero lo separa de éste, ya que un movimiento puede ser rápido o lento, mientras que esto no tiene sentido decirlo del *tiempo*, ya que la rapidez o lentitud lo son respecto de él.

El *tiempo*, dice, es algo que pertenece al movimiento, es el número del movimiento según lo anterior-posterior. El *tiempo* no es, pues, un movimiento, pero no existiría sin él, ya que solamente existe cuando el movimiento comporta un número.

Ahora bien, el problema es saber si existiría el *tiempo* sin el alma ya que, si no existe nada que verifique la operación de numerar, nada habría susceptible de ser numerado y, por tanto, tampoco habría número ni *tiempo*.

De esta manera, no puede haber *tiempo* sin el alma. De hecho, no sólo la posición aristotélica deja muchos interrogantes sin

contestar, sino que, a veces, Aristóteles elude realmente enfrentarse a ellos.

Así, por ejemplo, se pregunta si el *tiempo* debe colocarse entre los seres o entre los no-seres, y su respuesta es ambigua; a veces lo considera como una categoría, pero a veces lo considera como un pospredicamento; declara que es el número del movimiento, pero no depende sólo de éste, sino que depende también de un alma que numere, etc.

Consciente de la dificultad del estudio del *tiempo*, Aristóteles mismo plantea algunas de las principales aporías que esta noción engendra.

Estudia la noción de instante, al que declara, respecto del tiempo, análogo al punto respecto del espacio, es decir, el *tiempo* no se compone de instantes, de la misma manera que una línea no se compone de puntos, pero ambos conceptos expresan una noción de límite, en el cual se anulan las características propias del *tiempo* y del espacio (un instante no dura, como un punto no tiene extensión).

Ambos, instante y punto, son, a la vez, unión y separación. Esta analogía entre el instante y el punto, así como la concepción del *tiempo* en función del movimiento, nos revela la íntima conexión entre el *tiempo* y el espacio.

Por otra parte, al igual que la estructura del espacio (coexistencia), la estructura del *tiempo* (sucesión) es considerada continua por Aristóteles. De la misma manera, lo concibe como infinito (no en acto, sino en potencia).

También plantea los problemas de las relaciones entre el pasado (que ya no es), el futuro (que todavía no es) y el presente que, en la medida en que continuamente está fluyendo y no puede detenerse en un instante que posea una duración, tampoco es propiamente.

Así, la cuestión del *tiempo* nos remite a las paradojas de lo uno y lo múltiple, y de la identidad y la diferencia.

Con el aristotelismo nace una nueva concepción del *tiempo*, pues pasa de ser considerado un efecto de los acontecimientos (son estos los que lo delimitan) a ser el marco infinito previamente dado que los contiene y que podemos considerar, por tanto, que forma parte de la explicación que a priori puede darse de la *physis*, del movimiento.

En definitiva, Aristóteles acaba por concebir el *tiempo* como el movimiento total e infinito, eterno, como marco en el que los acontecimientos particulares, finitos, pasan a poder ser concebidos como partes.

Dicha concepción aristotélica es la que está en la base de las dos grandes formas de interpretar el *tiempo*: una lo enfoca desde una perspectiva física (el *tiempo* como medida del movimiento) y la otra, desde una perspectiva psicológica (no habría tiempo sin un alma que midiera o, lo que es lo mismo, no habría propiamente tiempo sin conciencia).

El plano físico

Aristóteles comienza a estudiar el *tiempo* desde un punto de vista metafísico.

En primer lugar, se pregunta si el *tiempo* es o no es, si pertenece al ámbito del ser o al del no-ser.

¿Qué relación tiene el tiempo con el ser? Podría suponerse que el *tiempo* no es, porque no existe de modo absoluto: ha sido y ya no es (pasado), va a ser pero todavía no es (futuro), y lo que está "constituido" por no-seres no participa de la substancia. Sin embargo, el *tiempo* es divisible, y lo que tiene esta cualidad supone la existencia de al menos una de sus partes. Pero ninguna parte del *tiempo* es, aunque sea divisible, porque el instante que es (presente) no es una parte del *tiempo*, ni es divisible.

Si el *tiempo* estuviera constituido de instantes, sería una realidad puntual, y no un continuo, como lo supone Aristóteles.

Por tanto, en el plano metafísico, el *tiempo* no tiene ser, no tiene substancia. Por esto Aristóteles retrotrae su análisis al plano físico y analiza el tiempo desde el movimiento. De ahí que defina al *tiempo* como "el número del movimiento según el antes y el después".

A lo largo de su análisis sobre la relación entre el *tiempo* y el número distingue cuatro elementos: 1. Lo que es numerado, que es el movimiento 2. Lo numerable de lo que es numerado, que es el tiempo 3. Aquello con lo que se numera, que es el instante 4. Y quien numera, que es el intelecto.

El movimiento

El problema del *tiempo* se ubica en el ámbito de la física, porque el tiempo se deriva del movimiento de los entes físicos. Para él, la naturaleza es "un impulso innato al movimiento". El universo entero se mueve, atraído por el primer motor inmóvil, primer principio que mueve todo por amor y que logra en plenitud el modo de ser perfecto: la inmovilidad total.

La esfera celeste, que es la más cercana al primer motor, no reproduce a cabalidad este género de vida, pero se acerca a él lo más posible moviéndose con el movimiento físico perfecto que es el de traslación circular, movimiento que realiza sin violencia alguna.

Aristóteles sostiene a la vez la realidad, la continuidad y la razón de ser del movimiento.

El movimiento es fundamentalmente el paso de la potencia al acto, el tránsito de un estado a otro, requiere del lugar y del *tiempo*, y no existe fuera de las cosas. Presupone la forma, la privación y la materia. La privación se entiende no como un elemento más, sino como aquello que no tiene en acto y hacia lo cual tiende la cosa que cambia y que ya es en potencia.

Por tanto, "el movimiento es una especie de acto", y como el acto precede a la potencia, el movimiento es eterno, porque es la perenne tendencia del universo hacia el acto puro, el primer motor inmóvil.

Lo eterno es actual y anterior a lo precedero, por lo que nada pasa de la potencia al acto sin la acción de alguna cosa actual.

"Todo lo que se mueve es cambio desde algo y hacia algo, y estas cosas, es decir, el desde qué y el a qué del camino, difieren específicamente". Esto hace que el movimiento circular no sea un movimiento propiamente dicho, porque el desde y el hacia son un mismo punto. Por esto, no existe ningún movimiento que sea contrario al de rotación. En este sentido, equivale al reposo, a la inmovilidad del primer motor.

Niega que el *tiempo* sea el movimiento del todo o universo, o que sea la esfera misma del universo. El *tiempo* no es ni el movimiento ni el cambio, que para el caso son lo mismo. El movimiento de cada ser está sólo en la cosa que cambia o donde se encuentra, mientras que el *tiempo* está en todas partes de la misma manera, aunque el cambio sea más rápido o más lento, pues la lentitud y la rapidez son definidas por el tiempo: "el *tiempo* no es el movimiento ni existe sin el movimiento". Toda magnitud es continua. El movimiento también es continuo y gracias a la continuidad del movimiento también es continuo el *tiempo*.

La magnitud espacial es continua y constituye el continuo primordial; el movimiento es continuo porque es movimiento a través de un espacio continuo y el *tiempo* es continuo porque está ocupado por un movimiento continuo.

Por la continuidad del movimiento y la posibilidad de determinarlo según lo anterior y lo posterior llegamos al conocimiento del *tiempo*; sabemos que ha transcurrido un *tiempo* cuando captamos en el movimiento una relación de

anterioridad y posterioridad, lo cual manifiesta que tomamos la anterioridad como un término distinto de la posterioridad y que reconocemos en medio un intervalo distinto de ambos términos.

Así, cuando distinguimos dos instantes, uno anterior y otro posterior, reconocemos que hay un *tiempo*; en otras palabras, podemos reconocer un lapso cuando distinguimos un antes y un después, cuando distinguimos dos instantes y un intervalo entre ellos, porque lo que está limitado por instantes es *tiempo* y sólo cuando hacemos esta distinción reconocemos el *tiempo*. El *tiempo* está primordialmente en el mundo físico, el sujeto que lo percibe está en otro plano, y solo funciona en él si lo hace de la misma manera que en las demás cosas. El *tiempo* no es el movimiento, pero sólo existe en cuanto el movimiento implica un número; prueba de ello es que el número nos permite distinguir el más y el menos y el *tiempo* nos permite determinar el más y el menos del movimiento.

Por esto el tiempo es número, no como aquello por lo cual se numera, como número puro, sino como el aspecto numerable del movimiento, como lo contable del movimiento.

El infinito

El movimiento es un continuo, y el infinito hace su aparición primera en lo que es continuo. Aristóteles se opone a la idea de que el espacio y el *tiempo* estén constituidos de mínimos indivisibles (el instante en el caso del *tiempo*), e intenta sustentarlo en algo continuo, que es la esfera celeste móvil y eterna. Distingue el infinito como adición interminable de partes, el infinito por composición y el infinito por división, como aquello que es divisible *ad infinitum*. El número es infinito por adición, el espacio por división y el *tiempo* lo es en ambos sentidos.

En el “Del Cielo” se dedica Aristóteles a demostrar la finitud espacial y la unicidad del universo, así como la infinitud temporal o perennidad de su duración.

Aristóteles entiende el infinito en dos sentidos:

a) "Lo que no puede ser trascendido ni excedido, porque no es naturalmente apto para ser abarcado o medido", lo cual es un defecto, no una cualidad: "El todo y lo perfecto son absolutamente lo mismo, o al menos son naturalmente afines entre sí. Ahora bien, no hay nada perfecto sin un límite y el límite es un término".

"Infinito es aquello en que, tomada una determinada cantidad, siempre es posible tomar algo más fuera de ella. Por el contrario, aquello fuera de lo cual no existe nada, eso es perfecto y es un todo. En efecto, así definimos el todo: aquello a quien no le falta nada..."

Aquello que requiere siempre de algo nuevo no es autosuficiente; al considerar Aristóteles el infinito como aquello a lo cual siempre le falta algo, lo define como privación y no como completitud, como carencia y no como acabamiento. Al alejarse de la totalidad, el infinito se aleja de la perfección.

Si bien el infinito no es el todo, sí es potencialmente un todo, y esto posibilita que sea en algún sentido, y lo es, gracias a otro ser distinto de él: la cosa finita potencialmente divisible al infinito.

El infinito no se puede dar de una manera actual, sino que existe sólo como accidente.

b) Por otra parte, la negación de la existencia del infinito, provoca una serie de consecuencias inaceptables, tales como la finitud del *tiempo* y del número, la indivisibilidad de los cuerpos, y la discontinuidad del movimiento y del *tiempo*.

Un *tiempo* con principio y fin, lineal, anula la perennidad del movimiento del universo, al par que todo cuerpo debe ser en potencia divisible al infinito.

El infinito existe, entonces, en su segundo sentido, "como aquello cuya evolución no tiene término", como lo es el tiempo.

El instante

Desde que inicia el estudio del *tiempo*, Aristóteles lo vincula con el problema del instante (en griego: el "ahora"), y esto en virtud de su relación con el movimiento.

El instante no es una parte del *tiempo*, porque el instante no tiene extensión, y la parte es una medida del todo.

Se pregunta si el instante que divide el pasado del futuro es siempre el mismo o es siempre nuevo, y esta pregunta lo lleva irremediablemente a una antinomia: o bien el instante se está convirtiendo constantemente en otro diferente, o permanece siempre el mismo.

Si partimos del supuesto de que ningún intervalo del *tiempo* puede coexistir con otro y que lo que ya ha pasado debe haber sido destruido, tampoco los instantes podrán coexistir y el que precede habrá de ser destruido. Pero no puede ser destruido en sí mismo, porque entonces no existiría, y tampoco puede ser destruido en otro, porque no pueden coexistir. Por esto la sucesión de los instantes es imposible, no se pueden alinear como si fueran una sucesión de puntos.

Por otra parte, si el instante fuera el mismo, coexistirían el pasado, el presente y el futuro, y entonces no existiría el *tiempo*, ya que el *tiempo* es *tiempo* precisamente porque pasa. El *tiempo*, en su constante suceder, es siempre distinto, y tomado en conjunto, es uno y el mismo, pues cada momento (ahora) del *tiempo* es instante en su esencia, como todos los

otros momentos, pero es un instante diferente, y puede medir el *tiempo* porque el anterior es diferente del posterior, de igual manera como el punto permite conocer la anterioridad y la posterioridad del movimiento.

El instante como sujeto es una identidad aunque admite distintos atributos; mide el *tiempo* en tanto el tiempo abarca el antes y el después, y mantiene su continuidad.

El problema del instante está estrechamente relacionado con el problema de la continuidad. La magnitud contiene los caracteres de continuidad y divisibilidad, y por esto lo tienen el movimiento y el *tiempo*.

Por esto el instante es el mismo como sujeto y en cuanto a su esencia. "El *tiempo* es, en efecto, el número del movimiento de traslación, y el instante, lo mismo que el ser transportado, es como la unidad del número ... El instante es, por una parte, división en potencia del tiempo; por otra parte es el límite y el nexo de unión de las partes. Ahora bien, en cuanto al sujeto, la división y la unificación son una misma cosa, aunque no lo son por lo que respecta a la esencia".

Por ser el *tiempo* y el espacio divisibles al infinito, no existe ni un tiempo ni un límite mínimo. El *tiempo* puede ser largo o corto, mucho o poco, pero no puede ser rápido ni lento, pues él es el número que mide el movimiento, su rapidez o lentitud, y no hay ningún número que mida la velocidad del *tiempo*. Es el mismo en todas partes, pero es distinto a cada momento.

Es número como cantidad numerada o medida en la diversidad del instante anterior o posterior; en cambio, el número matemático es siempre el mismo.

Negatividad del tiempo

Para el movimiento, estar en el tiempo es ser medido por él mientras existe, mientras algo se mueve, con base en una

unidad de medida que es un lapso del mismo movimiento, es ser medido en virtud de sí mismo.

Para los demás seres, estar en el *tiempo* es ser medido en sus existencias bajo la acción del *tiempo*, es estar contenido por el tiempo, tener una existencia temporal; la existencia en el tiempo no es coexistir con el tiempo sino existir en un determinado tiempo.

El *tiempo* contiene y envuelve todo lo que en él existe y lo modifica; su acción consume y envejece, todo lo borra, es "causa de destrucción, ya que él es el número del movimiento y el movimiento deshace lo que existe".

Todo cambio es inestable, y en el *tiempo* todo se engendra y se destruye; es causa más de la destrucción que de la generación porque por sí mismo es inestable y agotador.

El *tiempo* solo existe por privación, en potencia. Por tanto, los seres que son siempre no existen en el tiempo, no están contenidos, ni medidos, ni influenciados por él.

Es imposible que el *tiempo* se agote porque el movimiento existe siempre. Tampoco es posible que el tiempo se repita periódicamente porque es igual que el movimiento y "... si el movimiento, en un *tiempo* determinado, es único e idéntico, también el *tiempo* será único e idéntico; si no lo es el movimiento, tampoco el *tiempo*". Por lo que la irrepitibilidad del *tiempo* depende de la del movimiento, y a la vez, la irrepitibilidad del movimiento depende de la del *tiempo*.

La medida del reposo

Puesto que el *tiempo* es medida del movimiento, es también medida del reposo, ya que "todo reposo está en el *tiempo*", pues el *tiempo* es número del movimiento y en el número del movimiento puede existir también lo que está en reposo, ya que solo puede estar en reposo lo que tiene posibilidad de

movimiento.

El movimiento sólo abarca las cosas que están en movimiento o reposo y sólo mide la cantidad de movimiento y de reposo de las mismas, y no la cantidad o magnitud del cuerpo en movimiento o en reposo. Así, pues, "el *tiempo* es medida del reposo y del movimiento", por lo que el acto puro no está ni en movimiento ni en reposo sino que trasciende estas categorías. Asimismo, el no-ser no estará en el *tiempo* a menos que llegue a ser.

El primer motor inmóvil

El mundo es eterno porque la sustancia eternamente lleva a cabo su capacidad de obrar; la atracción que ejerce sobre el mundo es eterna.

Ahora bien, Aristóteles demuestra la existencia del primer motor por la necesaria existencia del movimiento y del *tiempo*. Si bien piensa la finitud como positiva, argumenta la existencia de la suma perfección basándose en la necesaria infinitud del cambio y del *tiempo*.

El primer principio es el mejor, es la causa de la eterna constancia e igualdad. Gracias a él, el primer cielo es eterno, y esta eternidad consiste en su inagotable movimiento, del cual el *tiempo* es un número; por esto, *tiempo* y eternidad se confunden.

Aristóteles define la eternidad así: "... el fin del cielo entero, el límite o fin que contiene todo el *tiempo* y la infinitud, es la eternidad, nombre derivado de ser siempre; eternidad inmortal y divina. De ella depende, en unos con mayor claridad, en otros más confusamente, el ser y el vivir. Es divina, se mueve con un movimiento incesable de rotación".

Vemos aquí que la eternidad puede ser entendida en dos sentidos: como el acto puro, el primer motor inmóvil que actúa siempre del mismo modo, que se concibe como tal por la

necesidad que tiene el cosmos de él, y como la esfera de las estrellas fijas o primer cielo.

La extratemporalidad se concibe y se prueba por la temporalidad. Aristóteles excluye a la eternidad de toda limitación temporal, pero con esto no la confronta con el infinito transcurrir del *tiempo*; las cosas eternas existen "para toda la eternidad" lo cual la transforma en un infinito temporal, o sea, considera en la eternidad la infinita duración.

Aristóteles quiere mostrar el absurdo del *regressus ad infinitum*, la existencia eterna del movimiento y la necesidad de detenerse en una causa primera.

Es necesario reconocer un motor inmóvil, que es primero no cronológicamente sino ontológicamente, fin y razón de todo orden de los movimientos cósmicos.

Su esfuerzo por fundar la infinitud del *tiempo* y la eternidad del mundo sobre la eternidad divina, manifiesta que la infinitud del tiempo es superior a la limitación en la duración y la infinita rotación del cielo es superior a todo otro movimiento.

El plano psíquico

Finalmente, Aristóteles señala la importancia de las relaciones del *tiempo* con el alma. Si sólo el intelecto, en el alma, puede contar, sin alma no puede haber tiempo como lo numerable del movimiento. Pero la cuestión más embarazosa es la de saber si existiría el tiempo sin el alma o no existiría, pues si no puede existir nada que verifique la operación de contar, tampoco habrá nada susceptible de ser contado, y por consiguiente, tampoco habrá número, ya que número es, o bien lo que es susceptible de ser numerado o lo que es numerado. Pero si no existe nada que por su naturaleza pueda contar fuera del alma, y en el alma la inteligencia, no puede haber tiempo sin el alma,

excepto por lo que se refiere al sujeto del *tiempo*, como si, por ejemplo, se dijera que el movimiento puede existir sin el alma.

Sin sujeto consciente de la temporalidad, el tiempo no existiría como medida de nada.

Señala esto, pero no lo analiza más. Solo insinúa el problema, pero parece pasar de largo ante el problema que plantea, puesto que no lo desarrolla. Este problema queda apenas señalado aquí, justamente porque sólo lo indica, no lo profundiza y no saca de él todas sus consecuencias.

Lucio Anneo Séneca (Córdoba, 4 a.e.c.)

”El material del que está hecho
la vida es el *tiempo*”

Séneca

“No darle importancia a la fortuna, ni cuando se acerca ni cuando se aleja”;

“No tener deseos ni temores”;

“Feliz es aquel que vive contento de su propio estado”;

”Tenemos un solo deber: ser felices”;

”Una sola cosa entiende el filósofo por felicidad. La conformidad habitual de los pensamientos y de las acciones a las leyes de la naturaleza”;

”Cuerpo y alma son dos socios que se comandan y se obedecen permanentemente”.

”Mi conciencia, no la vuestra opinión, será mi reguladora de vida; no me olvidare que mi patria es el universo, viviré e moriré sin miedo porque habré amado la virtud y no habré mortificado ni mi libertad y la libertad del prójimo”.

Cuando el mensajero de Nerón (Anzio, 37 d.e.c.) llegó para

anunciarle el privilegio que se le había concedido, no se demoró en inútiles subterfugios: dictó a un esclavo una carta de despedida a los romanos, abrazó a su mujer, bebió la cicuta y, al mismo *tiempo*, se abrió las venas en la bañera. Tenía setenta años y la muerte no le daba miedo. Así pensaba al respecto: «Conozco a la muerte hace *tiempo*: la muerte es el no-ser. Después de mí sucederá lo que ha sido antes que yo. Si antes no hemos sufrido, quiere decir que tampoco sufriremos después. Somos como una linterna que, apagándose, no puede estar peor que cuando no la había encendido. Sólo en el breve intermedio podemos ser sensibles al mal».

Se desprende de la obra de Séneca una filosofía moral que proporciona al hombre un punto de apoyo para su espíritu, sugiriéndole vivir conforme a la naturaleza, dominar los afectos, soportar sereno el sufrimiento y tener la virtud como única fuente de felicidad.

La virtud le permitirá ser superior a la naturaleza y a la desventura. Considera que todo acontece según el plan determinado por un D'os universal y defiende la igualdad y hermandad entre los hombres.

José María Pemán deriva su obra sobre el Senequismo con un decálogo que se integra como sigue:

1. Igualdad de ánimo
2. Desprecio de menudencias
3. Sonrisa sin asombro ante las aparentes brillanteces exteriores
4. Libertad del espíritu
5. Paciencia en la adversidad
6. Vigilancia de la palabra
7. Moderación
8. Decisión lenta
9. Acción constante
10. No violencia

La doctrina estoica, junto a la aristotélica, han sido las filosofías que han tenido mayor influencia en la historia del pensamiento occidental. Muchos de los fundamentos enunciados son aún partes integrantes de doctrinas modernas y contemporáneas.

Las obras que nos quedan de Séneca se pueden dividir en cuatro apartados: los diálogos morales, las cartas, las tragedias y los epigramas.

La filosofía de Séneca se diluye en estas obras. No escribió una obra sistemática de filosofía; su pensamiento filosófico, sus ideas estoicas, se expresan a lo largo de toda su obra y llenan el comentario de todas las situaciones.

El Estoicismo nace en Grecia, su fundador Zenón de Citio (Citio, 350 a.e.c.), vivió y enseñó en Atenas. En Roma esta filosofía, adquiere características particulares en virtud de la mentalidad romana, esencialmente práctica.

Dice Barrow que los romanos "fueron estoicos por naturaleza, mucho antes de oír hablar de esta filosofía", hombres poco interesados en la coherencia de un sistema o en disquisiciones metafísicas, el estoicismo romano se redujo a ser una filosofía moral encargada de brindar pautas para el obrar humano.

Esta filosofía era atractiva porque se interesaba en los problemas relativos al obrar humano, tratando de formular un cuerpo de preceptos morales, cuyo objeto principal era alcanzar la sabiduría y responder cuál sería la actitud del sabio frente a una situación determinada.

La única guía consistía en "vivir de acuerdo con la Naturaleza" entendiendo por tal, la Fuerza, la Providencia, la Razón Universal, que ordena las cosas de un modo inexorable (determinismo fatalista). Pregonaban la unidad, la hermandad y la igualdad potencial entre los hombres.

Los estoicos se llamaban a sí mismos ciudadanos del mundo. (cosmopolitismo)

En Séneca la filosofía adquiere un valor práctico: enseña a vivir bien. Lo original de su pensamiento consiste en el carácter profundamente humano de su doctrina. Para él, el filósofo es el médico de las almas. De allí el gran número de consolaciones escritas a fin de reconfortar los espíritus.

En cuanto a la relación entre el estoicismo y el cristianismo, el primero es la filosofía predominante en el momento en que se está formando el pensamiento cristiano, por lo cual, no es raro que esté penetrado por ella.

"Solo se aprende a vivir viviendo". Con este planteamiento Séneca está proponiendo que la educación y la enseñanza tengan un fin práctico. Deben formar al futuro profesional y al futuro ciudadano. Deben preparar para la participación en la vida social. Aprender a vivir es aprender a trabajar y aprender a convivir. Pero enseñar a vivir no significa, simplemente, preparar para la vida social. Significa también enseñar a vivir bien, honestamente, conforme a la virtud. Vivir conforme a la virtud consiste en vivir conforme a la naturaleza del hombre. Eso significa vivir en conformidad con la razón, que es lo más valioso del hombre y lo que nos distingue de los animales.

Como debemos vivir sabiamente: ¿Cómo se forma el sabio? O, dicho de otro modo, ¿cómo se prepara en concreto a un joven para la vida honesta? El filósofo propone los siguientes medios:

- 1) Los buenos ejemplos: «Largo es el camino de los preceptos, pero breve y eficaz el de los ejemplos».
- 2) Reducir las necesidades del cuerpo al mínimo requerido por la naturaleza. Ello se traduce en sobriedad, templanza, austeridad de costumbres.

- 3) El orden en la propia vida «Es grave mal para el cuerpo y frecuentemente para el alma, hacer del día noche, y contra toda razón natural, convertir la noche en día».
- 4) Las buenas lecturas: «La muchedumbre de libros carga y no enseña, y así te será más seguro entregarte a pocos autores que errar siguiendo a muchos».
- 5) Las buenas amistades: «Busca a aquellos que puedan hacerte mejor y recibe también a quienes puedes tú mejorar. Esto es recíproco; los hombres aprenden cuando enseñan».
- 6) La formación del carácter por medio de la exigencia: «La educación austera robustece el ánimo y le hace capaz de grandes empresas.»

V *Tiempo Cristiano*

“El *tiempo* es algo que si nadie me lo pregunta lo se;
en cambio si alguno me lo pregunta, no lo se”.
San Agustín (Tagaste 354 d.e.c.)

Agustín de Hipona decía que con la consolidación del cristianismo, la noción de tiempo experimenta un importante cambio, ya que esta religión niega la posibilidad de un *tiempo* cíclico.

La pasión, muerte y resurrección de Jesucristo son hechos únicos, irrepetibles, y dan un sentido a la existencia humana.

La concepción cristiana del *tiempo*, en la medida en que está vinculada a la noción de la Creación y de la venida del Mesías, es fuertemente deudora de la concepción judía, pero, a su vez, en la medida en que el pensamiento cristiano se edificó sobre la filosofía griega, expresa esta tensión entre ambas concepciones del *tiempo*.

En especial, se vincula a la concepción platónica interpretada religiosamente a través del neoplatonismo, pues el *tiempo* de los hombres (el de la historia), depende de la eternidad divina.

Toda la historia de la humanidad no es más que el camino hacia la segunda venida de Cristo y está jalonada por diversas etapas o edades del mundo.

En líneas generales, puede considerarse que la concepción cristiana del tiempo es resultado de una peculiar síntesis entre la concepción judía, la platónica y la aristotélica.

En efecto, parece mantenerse la concepción de una eternidad constituyente del marco en el cual tienen cabida los acontecimientos de límites definibles en el *tiempo*, pero sin que ello impida que esa eternidad sea nuevamente apartada del mundo sensible para constituir un ámbito trascendente.

Tendremos, por tanto, el *tiempo* del mundo terreno, creado, por un lado, y el *tiempo* de D'os, la eternidad, por otro. Llegar a concebir esta eternidad es cuestión de fe.

San Agustín, por ejemplo, dirá que puede encontrar la presencia de D'os en el alma y que, por tanto, el *tiempo* infinito puede llegar a captarse por el razonamiento, aunque en última instancia es la iluminación lo que revela el mundo trascendente.

El planteamiento agustiniano se separa de la reflexión física del tiempo para centrarse en su aspecto psicológico y moral. Después de señalar que la noción de un *tiempo* «antes» de la Creación no tiene sentido, ya que sin la Creación no puede haber ningún «antes» -es decir, después de volver a insistir en que el *tiempo* sólo puede surgir junto con el cosmos-, plantea la cuestión desde una perspectiva moral.

Para él un tiempo cíclico es sinónimo de desesperación, solamente un modelo lineal y progresivo del *tiempo* puede fundamentar la esperanza, ya que tanto ésta como la fe se remiten a un futuro, y este no existiría si los *tiempos* pasados y venideros fuesen meras etapas de un ciclo.

Aborda de nuevo la aporética de un *tiempo* que es un fue que ya no es, un ahora que no es, y un será que aún no es, lo que lo pone en contacto con el planteamiento aristotélico.

Pero, según San Agustín, esta aporética desaparece cuando en lugar de querer entender el *tiempo* como algo externo, lo situamos en el alma.

Entonces el *tiempo* es una *distentio - intentio animi*. Presente, pasado y futuro están en el alma como visión o atención, memoria y expectación o espera.

El *tiempo* no es, pues, el movimiento de ningún cuerpo, sino que lo concibe estrictamente de forma psicológica. El pasado existe ahora como imagen presente de hechos ya acontecidos, y el futuro existe como anticipación de hechos por venir.

Así, solamente existe un *tiempo* presente, que es *tiempo* presente de cosas pasadas, tiempo presente del presente, y *tiempo* presente de cosas futuras. El *tiempo* mismo solamente existe como una tendencia a la nada, es decir, como algo que pasa: es la vida misma del alma.

Cabe también destacar lo que podemos identificar como un peculiar aprovechamiento que realiza el cristianismo de un tema típicamente aristotélico. Para el filósofo griego el tiempo quedaba esencialmente ligado al movimiento. A su vez, le es esencial la persecución de un fin.

Parece, pues, bastante claro que esta explicación resulta de muy fácil adaptación a lo que nunca deja de ser una concepción escatológica del tiempo por parte del cristianismo.

La concepción intimista y psicológica del tiempo de San Agustín, semejante en muchos aspectos a la de Plotino, consolida una de las dos tendencias que surgen a partir del análisis aristotélico: la del análisis psicológico del *tiempo*, relegando a un segundo plano el análisis físico.

Durante la Edad Media se repitieron las concepciones anteriores, hasta que, con la invención y difusión del reloj mecánico, especialmente en el siglo XIV, se fue extendiendo una noción cada vez más laica del *tiempo*.

Inicialmente el uso del reloj mecánico fue condenado por muchos teólogos, quienes veían en tal artilugio una máquina infernal que usurpaba un derecho divino: la medida del *tiempo*.

De esta manera se empezó a oponer un tiempo eclesiástico (marcado por las fiestas religiosas y las «horas» de los rezos), al *tiempo* de los mercaderes (jornada laboral medida por los relojes).

No obstante, la cronología generalmente aceptada seguía basándose en la Biblia, de forma que todavía en el siglo XVII el obispo Ussher (1581 d.e.c.) fijó, en base a los datos bíblicos, la fecha de la creación en el año 4004 a.e.c.

VI *El Tiempo Judío*

“El tiempo es la sustancia de la que estoy hecho”
Jorge Luis Borges

En el judaísmo existe, desde hace miles de años, una creencia fundamental en la reencarnación o *guilgul*. Esta creencia fue piedra angular de la fe judía aproximadamente hasta el año 1850 ó 1880.

En las comunidades ortodoxas y jasídicas, la fe en la reencarnación continúa hoy incólume.

La cábala, literatura judía mística que data de muchos milenios atrás, está llena de referencias en la reencarnación.

El rabino Moshé Chaim Luzzatto (1707 d.e.c.) resume así la *guilgul* en su libro: una sola alma puede reencarnarse varias veces en diferentes cuerpos, y de esta manera, rectificar el daño hecho en encarnaciones previas. De modo similar, también puede alcanzar la perfección que no alcanzó en encarnaciones previas.

La mayoría de las ideas en el judaísmo aunque no son tangibles, son accesibles ya que están conectadas al *tiempo*. Son celebradas en días específicos dentro de un ciclo anual de fiesta y ayuno, y ancladas al espacio por medio de materiales como son las matzot, las velas o las cabañas.

El judaísmo preserva los principios y eventos cataclísmicos de la historia mediante un sistema definido y estructurado de prácticas específicas.

Los antiguos pueblos empezaron a contar los años de sus calendarios con el reinado de su nuevo monarca. Cuando el cristianismo comenzó a dominar el mundo occidental, empezó a contar la historia a partir del nacimiento de su propio “rey” y después lo hizo según el calendario gregoriano.

Por lo tanto - según el cristianismo - la historia fue dividida en dos períodos: antes del nacimiento de su “rey” y después del nacimiento de su "rey".

Sin embargo, el judaísmo no estuvo de acuerdo en dividir la historia de esta forma; ni siquiera dividió la historia universal para marcar la fecha del nacimiento de Abraham o de Moshé. O sea, el calendario judío nunca estuvo orientado de esta manera. Por muchos siglos, los judíos contaron los años a partir de un evento - el evento formativo que le dio existencia como pueblo: el éxodo de Egipto.

Sin embargo, después de la destrucción del Segundo Templo en el año 70 de la cuenta común, este evento sustituyó por algún tiempo el uso del éxodo como la fecha inicial de la cuenta. Pero el sentimiento del pueblo judío - el cual se expresó sólo algunos siglos más tarde - fue que incluso un evento de tal magnitud como fue la destrucción del Templo, no era suficiente motivo como para trazar una línea a través del tiempo recomenzando a contar la historia del mundo a partir de ese momento.

Sólo un acontecimiento pudo servir para ser el principio de la historia: el principio de la historia misma. El judaísmo determinó contar los años del calendario bajo una escala universal desde la creación del universo. Pero exactamente, ¿cuántos años tiene la tierra? Inclusive los científicos con los instrumentos más avanzados y precisos sólo están seguros de una respuesta: no hay una respuesta precisa sobre esto. El único método para los sabios fue contar los años de acuerdo con la cuenta literal de la creación, escrita en la Biblia.

El judaísmo nunca pudo adaptarse a los términos que indican que la línea divisoria de la historia comenzó con el nacimiento de un Cristo (voz que deriva del griego - christós - y que literalmente significa: ungido) y es por eso que no usa los términos a.c. y d.c. para marcar las fechas, sino que dice: “antes de la era común - a.e.c.” y “después de la era común - d.e.c.”.

Los judíos celebran Rosh Hashaná (el comienzo del año), en el día en que la Torá considera que fue la creación del hombre, de acuerdo con su cálculo literal, el primer día del mes hebreo Tishrei.

Los meses los cuentan de acuerdo al ciclo de la luna, mientras que los patrones de la civilización occidental son a partir del sol. Esto presenta un dilema. La luna rota más lento que el sol - aproximadamente 48 minutos en un día, y es por eso que en un lapso de 12 ciclos lunares (cada ciclo lunar tiene una duración de 29 ½ días) el año de la luna es 11 días más corto que el año del sol (354 días). Y después de tres años la diferencia de días entre el ciclo solar y ciclo lunar es de 33 días. Esta diferencia de días provoca un problema para el calendario judío, pues la Torá ordena que debemos festejar la fiesta de Pesaj en la época de la primavera. Pero por cuanto que el calendario lunar pierde más de un mes cada tres años solares, entonces Pesaj se va desplazando y cada año caería en una diferente época, como ocurre con las fechas del calendario musulmán que solamente es lunar y sus días particulares - como el mes de ayuno llamado ramadán - caen a veces en la primavera, a veces en verano, etc.

Pero los maestros del Talmud, encontraron una solución para salvar esa diferencia de once días entre el ciclo lunar y el solar. Ellos le hicieron un ajuste al calendario añadiéndole siete meses especiales (llamados “segundo Adar”) en un ciclo de 19 años. De esta manera, crearon un calendario que puede contar los meses de acuerdo con la luna a la vez que permite festejar

las distintas fiestas en su estación correspondiente. El primer día del mes lunar, llamado Rosh Jodesh, era proclamado originalmente por la corte central de *Ierushalaim* después de que cada luna nueva era vista. Después de la destrucción de *Ierushalaim*, el Rosh Jodesh era calculado por medio de un calendario astronómico que determinaba en qué días las festividades tendrían lugar.

La Torá designa ciertos días del mes como principio de las festividades. Como la gente no puede manejar meses de 29 ½ días, algunos meses son de 29 días y algunos de 30 días. Los meses con 30 días tienen dos días de Rosh Jodesh y los de 29 un solo día. Como repetición de la tradición antigua de la proclamación de la luna nueva, el sábado antes de Rosh Jodesh se anuncia el comienzo del nuevo mes durante el servicio en la sinagoga. Los judíos celebran la venida del nuevo mes con rezos anexos al servicio normal. Además, Rosh Jodesh es un día parcialmente festivo para las mujeres, y a ellas les fueron brindados estos días por el mérito de la rectitud de las mujeres de la generación del desierto, que no quisieron entregarles a los hombres sus joyas para la realización del becerro de oro.

Las semanas las cuentan de Shabat a Shabat. El Shabat es la corona de la semana; es la corona de las fiestas judías; la corona del espíritu judío. El Shabat es la reina. Es una pequeña muestra del mundo venidero. El día del Perdón, Iom Kipur, es el único día que tiene más santidad que el Shabat.

“Más de lo que los judíos cuidan el Shabat, el Shabat los cuida a ellos” - alguna vez dijo un gran escritor. Está tan presente en los seres humanos que no importa cuantas sociedades han tratado de anularlo, no han podido. Algunos pueblos, simplemente lo movieron de día: Los cristianos al domingo y los musulmanes al viernes. El Shabat pone una marca al individuo, a la nación, a la semana. Todos los fines de semana dan lugar al Shabat. De hecho, los días no tienen nombres, sólo

números, y todos éstos anticipan la llegada del séptimo día, la llegada del Shabat. Los días de domingo a viernes son vistos psicológicamente, como pasos dirigidos hacia el Shabat, el “lugar en el *tiempo*”.

En el judaísmo el día no comienza y termina a la media noche como ocurre en el calendario secular. La media noche no es un evento astronómico significativo. En la era antes del reloj moderno, una hora específica de la noche no se podía saber con precisión, mientras que una hora del día era fácilmente determinada al ver la localización del sol. Para esto el día debía empezar con estandartes precisos, simples y universalmente reconocidos. Esto significaba que el día debía ser contado ya sea a partir del principio de la noche o del día.

En el concepto judío del tiempo, el día empieza con la puesta del sol en la noche (la aparición de las estrellas) seguido de la mañana (que técnicamente empieza con el amanecer). Esto es descrito por la Torá de la siguiente manera: “Y fue la noche y fue la mañana; el primer día”.

El hecho de que el día comienza a la noche es una metáfora de la vida misma. La vida empieza con la oscuridad del vientre materno, después se enfrenta al resplandor de la luz y eventualmente finaliza con la oscuridad de la tumba, lo que precede a un nuevo amanecer en el mundo venidero. La vida consiste en luz y oscuridad: “Y fue la noche, y fue la mañana”. Lo que hagamos con el *tiempo* es lo que cuenta.

VII

Tiempo Científico

“Antes las distancias eran mayores
porque el espacio se mide por el tiempo”
Jorge Luis Borges

Un paso importante en este campo lo dio por vez primera Galileo Galilei (Pisa 1564 d.e.c.) en el Siglo XVI, al descubrir que los trayectos recorridos por los cuerpos que caen se comportan entre sí como los respectivos cuadrados de los tiempos transcurridos durante la caída. Con ello, ya podía considerarse al tiempo como un fenómeno situado dentro del campo físico.

Más tarde Isaac Newton incorporó al tiempo las leyes de la mecánica y escribió sobre el tiempo absoluto, verdadero y matemático. Esto significaba que el tiempo poseía una exactitud propia, una magnitud unidimensional.

Sin embargo, la dimensión mecánica del tiempo no adquirió importancia hasta la aparición de los medios de comunicación modernos y los sistemas de desarrollo del trabajo. Hoy día, en nuestra época de relojes de extremada precisión y con nuestro estilo de vida totalmente influido por la técnica, nos resulta difícil imaginar que hace sólo unos pocos decenios, la mayoría de las personas no tenía una idea real sobre la determinación del tiempo. A pesar de que Newton hizo que el tiempo se convirtiera en una parte fundamental de las leyes de la mecánica, éste no llegó a considerarse como algo que también podía estar sometido a las leyes de la naturaleza.

La visión de Newton confirmaba el sentimiento tradicional de que el tiempo tenía una naturaleza universal, absoluta e invariable. Newton llegó a la conclusión de que el tiempo transcurre uniformemente, por la fuerza de su propia naturaleza, sin dependencia de ninguna otra cosa. El *tiempo* es como un río lleno de sucesos. Su corriente es muy poderosa. Apenas aparece algo es arrastrado inmediatamente hacia el pasado.

Esta es una imagen del tiempo que todos aceptamos espontáneamente. El *tiempo* pasa sin parar y convierte el futuro en pasado. El momento presente, situado en medio de ambos, es sólo un instante infinitamente corto. Toda nuestra experiencia en el mundo está basada en la suposición elemental de que el tiempo se puede dividir en pasado, presente y futuro, y que en el paso incesante del tiempo empuja hacia adelante al momento actual, eso que nosotros llamamos ahora.

Sin embargo, en los años cincuenta Albert Einstein (Ulm, 1879 d.e.c.) sentenció: "Para nosotros, físicos convencidos, el pasado, el presente y el futuro son sólo ilusiones, aunque se trate de ilusiones muy arraigadas".

"¿Ilusiones? ¿Cómo puede ser eso?" Quien desee aclarar la naturaleza del *tiempo*, se puede aproximar al tema como psicólogo, como físico o como filósofo. Cada una de estas posibilidades presenta sus propias paradojas y limitaciones.

A nivel psicológico, nuestra experiencia consciente del *tiempo*, al menos en principio, parece estar claramente delimitada. Consideramos que los acontecimientos del mundo exterior están "ocurriendo" y no únicamente que "existen". Además, estos acontecimientos ocurren con una continuidad ordenada. Un momento sigue sistemáticamente a otro momento. Nunca ocurre que nos vayamos a dormir un lunes y nos despertemos el viernes anterior. Si meditamos en esta experiencia, tendremos ante nosotros tres zonas claramente diferenciables: pasado, presente y futuro.

Según el convencimiento general, el pasado consta de sucesos que han ocurrido, pero que ya han pasado. Ya no existen. Lo único que nos queda de ellos son las imágenes que guardamos en nuestras anotaciones y recuerdos. Los sucesos pasados quedan exactamente fijados de una vez para siempre. Nadie puede modificar el pasado. Lo mismo que el pasado, también el futuro consta de sucesos que no existen: se darán realmente en un momento posterior. Pero en el instante actual son todavía desconocidos y nadie puede averiguar nada sobre ellos. Más aún, aquel que crea en la voluntad libre de las personas mantendrá firmemente su punto de vista de que el futuro está más o menos abierto, es decir, que está todavía sin decidir.

La frontera entre el pasado y el futuro es el presente. Pero no es una frontera inamovible. Según va avanzando el tiempo, el futuro se convierte en presente y luego, casi inmediatamente, en pasado. El ahora de nuestra experiencia consciente es transportado constantemente hacia el futuro a lo largo del río del tiempo. Mientras esto ocurre, los acontecimientos futuros se convierten en pasados. No podemos detener ese movimiento del presente.

Los acontecimientos actuales se distinguen de los futuros en un punto: en que son reales. La realidad del mundo exterior es la realidad del momento actual. Cuando hablamos del pasado o del futuro, sabemos que no está en nuestro poder alcanzar esas zonas. En cambio, el presente es el momento en el que podemos entrar en una acción recíproca con el mundo. Esta interacción momentánea transcurre en dos direcciones: una, desde el mundo exterior nos llegan impresiones a los sentidos y dos, frente al mundo exterior podemos realizar acciones, de acuerdo con una decisión consciente. Estos sucesos parece que siempre tienen lugar ahora, lo cual significa: en el presente.

Todo esto es tan simple, que casi se podría llamar banal. Y sin embargo, puede causar confusión en determinadas ocasiones e incluso se pueden presentar situaciones paradójicas. ¿De qué

hablamos cuando decimos que estamos viviendo conscientemente el presente? En primer lugar, cualquiera deberá reconocer que con frecuencia no está viviendo el presente, porque está ocupado con otra cosa. La forma en que nosotros percibimos el tiempo depende decisivamente de lo que pasa en ese momento por nuestras cabezas. Si estamos ocupados en algo muy interesante y variado, el *tiempo* se nos pasa volando. Muchos momentos del presente no llegamos siquiera a percibirlos. Por otra parte, quien tiene que esperar a que ocurra un suceso concreto y está plenamente concentrado en esta espera, sentirá cómo los segundos pasan con extremada lentitud. Y también cualquiera sabe que una hora en la sala de espera del dentista transcurre mucho más despacio que una hora en el cine.

La percepción psicológica del *tiempo* puede quedar también distorsionada si a una persona se le priva de las impresiones de los sentidos. Son conocidas las consecuencias del aislamiento en prisión individual. El preso queda desorientado y pierde el sentido del tiempo. De una forma mucho más dramática pueden confundir y descabalar la percepción del *tiempo* las drogas alucinógenas, como el lsd (lisérgico ácido dietilamida). Las personas que han tomado tales drogas declaran que el presente parece quedar flotando en el aire; muchos momentos cortos se prolongan de forma casi interminable e incluso se invierte el orden sucesivo de los acontecimientos.

Unas vivencias similares se producen, según dicen, en el estado que se puede lograr mediante técnicas avanzadas de meditación. Se siente uno liberado de la prisión llamada *tiempo*; incluso se cree tener la capacidad de viajar a través del *tiempo*. Desde luego, esto se debería interpretar como algo puramente simbólico.

Ser consciente del presente: estas palabras encierran un sentido mucho mayor que simplemente mirar el reloj. Debemos enlazar conscientemente nuestro estado mental de cada momento con

el estado de las agujas del reloj en el mismo instante. De nuestro estado mental también forma parte, naturalmente, la memoria. Si no hubiere memoria no tendríamos una idea del pasado ni sabríamos tampoco que los sucesos ocurren por un orden consecutivo determinado. Las ideas del pasado y del presente carecerían de importancia y, por lo tanto, también perdería toda su importancia el presente.

Pero, ¿cuánto dura el presente? El presente no marca, de ningún modo, una línea fronteriza rígida entre el pasado y el futuro. Esta línea está más bien diluida; lo que la mueve es nuestra consciencia, que reacciona lentamente. Muchos acontecimientos suceden tan de prisa, que a nosotros nos parecen repentinos. Por ejemplo, una película cinematográfica consta de una sucesión de imágenes inmóviles. Sólo porque se proyectan sucesivamente con gran rapidez, nos dan la impresión de un movimiento continuo. Incluso aunque exista una décima de segundo entre dos imágenes, éstas apenas se pueden distinguir entre sí, y si la separación es de una centésima de segundo, resulta ya totalmente imposible diferenciarlas.

Einstein relacionó el tiempo muy estrechamente con el espacio y convirtió a ambos en fenómenos físicos. Anteriormente sólo se había formado el escenario en el que se desarrollaba la física. Como consecuencia de este progreso, tuvieron que abandonarse muchas opiniones intuitivas sobre el *tiempo*. Una de las variaciones importantes en este tema fue el concepto de la simultaneidad.

Antes de Einstein, cualquier persona creía poder afirmar que dos acontecimientos habían ocurrido al mismo *tiempo* en lugares diferentes. Esto es lo que podía deducirse del concepto de presente. Si alguien hubiera dicho: "me gustaría saber lo que está ocurriendo ahora en Marte", nadie habría discutido que se puede plantear una pregunta de este tipo. Ahora era un concepto vigente en todas partes. Parecía que todo el universo

tenía el mismo presente. La teoría de la relatividad destruyó la base de estas convicciones. Einstein nos enseñó que dos acontecimientos pueden ocurrir simultáneamente para un observador, mientras que otro observador que se mueva relativamente respecto al primero, percibirá estos dos acontecimientos sucesivamente. Un tercer observador quizá los vea por un orden sucesivo inverso al del segundo observador. Naturalmente en nuestra vida diaria no existe algo parecido. Esto se debe a que en nuestro ámbito vital las distancias y las velocidades son demasiado pequeñas para poder notar nada de la relatividad. pero ésta existe y sus consecuencias son de gran alcance.

De todo ello se puede sacar una única conclusión: no existe ningún momento actual que sea válido universalmente; no existe ningún ahora que sea igual en un extremo del universo y el otro. El concepto de presente es una cuestión puramente personal y sólo tienen un significado para el marco de referencia en el que se encuentra el observador dependiendo de su estado de movimiento. Considerándolo de un modo radical, cualquiera puede variar, para sí y en relación consigo mismo, el presente en una galaxia lejana, levantándose de su silla y dando un par de pasos a su alrededor.

Ahora viene un problema sobre el que discuten acaloradamente los filósofos desde hace mucho *tiempo*: ¿existe verdaderamente el presente como algo realmente objetivo, o es sólo una invención psicológica? Entre los filósofos que defienden un presente real están Hans Reichenbach (Hamburgo, 1891 d.e.c.) y Gerald J. Whitrow (Inglaterra, 1912 d.e.c.). Entre sus oponentes, algunas de las grandes figuras de la filosofía moderna, como Alfred J. Ayer (Inglaterra, 1910 d.e.c.), John J.C. Smart y Adolf Grunbaum.

El primer grupo utiliza los conceptos de pasado, presente y futuro y la rica gama de tiempos -como el pretérito, el copretérito, etc.- de que disponemos en nuestro idioma.

El segundo grupo defiende el sistema de fechas. Los acontecimientos son señalados mediante la fecha en la que ocurrieron. De este modo, los sucesos están ordenados de una manera clara y además es el sistema que utilizan también los físicos.

Advierten todavía otra dificultad: ¿cuál es la velocidad del paso del tiempo, o la rapidez con que el presente avanza en el tiempo?

La respuesta sólo puede ser: un segundo por cada segundo, lo que no nos dice absolutamente nada. Al llegar a este punto, algún escéptico seguramente protestará, diciendo: "Los físicos y los filósofos pueden decir lo que gusten, pero lo cierto es que ocurren cosas y que hay variaciones. Por ejemplo, hoy se ha roto en mil pedazos mi taza de café. Esto ha ocurrido a las cuatro de la tarde y supone una variación a peor de lo que antes existía. Mi taza ahora está rota, pero hoy por la mañana estaba todavía entera".

Con lo anterior, lo único que se dice es que antes de las cuatro la taza estaba entera y después de las cuatro, estaba rota, lo que supone que a las cuatro hubo un momento de transición. Un encadenamiento de estados del mundo con momentos del tiempo. Que todos los estados con el signo "taza entera" pertenecen a la situación de la aguja pequeña del reloj por debajo del número cuatro, y los estados de "taza rota" a la posición de dicha aguja por encima del número cuatro.

Para la ciencia moderna, no existe pasado, presente ni futuro. Albert Einstein se encargó de dejarlo muy claro cuando escribió con rotundidad: "La diferenciación entre pasado, presente y futuro no es más que una ilusión, por muy tercamente que nos agarremos a ella". Pero el hombre común se pregunta si debe volver a confiar en sus sensaciones: estas le dicen que el *tiempo* transcurre.

Sólo el presente nos parece completamente real. El pasado contiene aquello que ya no existe. El futuro, por el contrario,

está todavía sin forma y quizá abierto. Se puede temer el futuro, pero nunca el pasado.

No obstante, el *tiempo* se diferencia en una cosa del espacio: uno se puede mover en todas direcciones. Sin embargo la sucesión cronológica de acontecimientos no puede retroceder. Un ejemplo lo constituye el fenómeno biológico de la vejez. No existe un rejuvenecimiento.

Para los científicos es tentador hacer responsable a la memoria y su crecimiento durante la vida de su sensación de que "el *tiempo* pasa volando". Está claro que el tiempo no puede moverse. ¿Podría ser que el aumento de impresiones en la memoria nos lleve a percibir una carrera, una "huída" del *tiempo*? Es evidente que se trata de un engaño. Entonces, ¿con qué velocidad corre el tiempo?, ya lo dijimos, un segundo por cada segundo.

¿Qué percibimos nosotros entonces, si no podemos sentir el tiempo? Una imagen idónea es la sensación de mareo que se produce al girar vertiginosamente sobre uno mismo. Si uno se detiene de golpe, se tiene la impresión de que el mundo da vueltas alrededor suyo. Es una ilusión, pero es claramente perceptible. Quizá el paso del *tiempo* sea una ilusión similar. Esta es una cuestión que se sale de los límites de la física. Lo que nosotros necesitamos es un conocimiento mejor sobre la relación entre nuestro pensamiento y el mundo a nuestro alrededor.

El *tiempo* y la realidad son inseparables, y cómo percibimos éste es algo que depende de nuestras observaciones. Los verdaderos físicos naturalistas nos evitan un encuentro con el fenómeno de la observación y con todo lo que en ella ocurre.

Y, sin embargo, también existe un campo de las ciencias naturales donde el observador juega un papel clave: la mecánica cuántica, que se ocupa del comportamiento de sistemas microscópicos. Las características físicas como la posición y el movimiento se hacen confusas e indefinidas. Los

movimientos de las partículas son difíciles de describir e imposibles de prever. Pero si un experimentador examina el micromundo, esto cambia. Cada observación es exacta y susceptible de una sola interpretación. De alguna forma el procedimiento del observador convierte el mundo cuántico en una realidad que puede "agarrarse". Uno de los mayores enigmas de la física es cómo el observador consciente de sí mismo y del microsistema, puede producir un cambio así. Los científicos continúan sin ponerse de acuerdo a la hora de describir este mecanismo. Así y todo, existen ya análisis matemáticos que revelan que la observación produce una asimetría de tiempo. Esto significa que después de cada observación hay más desorden en el objeto examinado, pero jamás más orden. Las observaciones en el campo cuántico no son reversibles.

VIII

Nuestro Tiempo

“La única función del tiempo
es consumirse: arde sin dejar cenizas”

Elsa Triolet

En una ocasión, en los Estados Unidos, sincronizaron con toda exactitud dos relojes atómicos. Uno fue instalado en un avión, y el otro quedó en tierra. Luego, el avión dio una vuelta al mundo. Al aterrizar, el reloj del avión marchaba con retraso respecto al reloj de tierra. Debido a la velocidad del vuelo, se había dilatado el tiempo para el reloj del avión.

Un elemento muypreciado en las novelas de ciencia-ficción es el viaje por el tiempo, pero, ¿es una idea realista? La teoría de la relatividad permite, desde luego, viajes por el tiempo.

Aprovechando sus efectos de dilatación, se podría efectivamente viajar al futuro. Más o menos según el efecto mencionado, un viaje de un año del astronauta le lleva diez años terrestres hacia adelante, o sea, le adelanta nueve años hacia el futuro. Si se llegara a alcanzar la velocidad próxima a la de la luz, se podría realizar esta excursión al futuro casi sin limitaciones, pero hay un inconveniente: nuestro viajero por el tiempo no podría regresar. Sólo son imaginables viajes hacia adelante.

La teoría de la relatividad no excluye expresamente los viajes al pasado, pero lo disparatado de semejante idea no se puede rebatir ni siquiera con las más atrevidas teorías. Prescindiendo

de los problemas técnicos, una vuelta por el pasado nos llevaría a una maraña de sucesos y situaciones paradójicas. Supongamos que un viajero por el tiempo encuentra a su propio yo más joven, y lo mata. ¿Estaría entonces muerto el viajero? ¿Cómo habría podido emprender ese viaje, si ya estaba muerto antes de comenzarlo?

Esta imposibilidad de volver hacia atrás en el tiempo nos plantea otra cuestión: ¿Tuvo un comienzo? Si el tiempo es un componente de la creación física, se podría suponer que la explosión que formó el universo fue también el comienzo y el origen del tiempo. Para averiguar esto, los cosmólogos han utilizado la teoría de la relatividad de Einstein y han descubierto que, efectivamente, con la explosión original, el Big-Bang, se produjo un comienzo repentino del tiempo. No existe ningún indicio de que hubiera podido existir el tiempo antes del Big-Bang. Simplemente, no existió ningún antes.

Si el tiempo tiene un comienzo, ¿puede entonces tener un fin? Actualmente, los científicos no se ponen de acuerdo sobre si la expansión cósmica continuará eternamente o no. Pero si hay en el espacio suficiente materia dispuesta cuya gravitación sea lo bastante fuerte, podría ocurrir que el cosmos detuviera su movimiento dentro de algunos millones de años antes de empezar a contraerse.

Este proceso de contracción se aceleraría entonces, hasta el desmoronamiento catastrófico total en el que todo quedaría comprimido hasta la singularidad. Esta compresión sería la inversión del Big-Bang, o el Big-Crunch. Con ella se terminaría el tiempo. Entonces, el Big-Bang habría sido el comienzo del tiempo y el derrumbamiento, el final del tiempo. No habría ningún después.

Causa vértigo pensar que hace solamente tres siglos el tiempo estaba fijado en una pequeña escala que podía ser abarcada por el hombre con sus sentidos y su capacidad de imaginación: en cambio, hoy día el tiempo ha demostrado poseer unas

dimensiones sobrecogedoras. Pero sigue existiendo para nosotros un gran enigma sobre el tiempo, incluso desde un punto de vista sumamente elemental: el tiempo no es sólo algo que medimos; es también algo que sentimos, como ya dijo Agustín de Hipona hace tantos años.

Todos sentimos su marcha imparable hacia el futuro. Pero ¿cuál es el motivo de todo? Y ¿por qué nos parece que este río, en realidad tan uniforme, discurre a veces lentamente y con suavidad mientras que otras veces se desata como un torrente impetuoso?

Para Kant (Konigsberg, 1724 d.e.c.) el tiempo no existe como una realidad en sí exterior a nosotros, ni como algo que tienen las cosas en movimiento, sino como una manera de percibir propia del hombre. El tiempo existe en cada uno de nosotros como una forma de ordenar nuestra experiencia interna. El tiempo no es una idea obtenida por abstracción a partir de la observación de los acontecimientos, no es un concepto empírico, sino una estructura necesaria para cualquier observación.

El tiempo es la posibilidad que hay en nosotros, en cuanto observadores, de percibir los acontecimientos. Tanto el tiempo como el espacio no son más que relaciones entre las cosas en cuanto que son percibidas. Cualquier experiencia tiene como condición el tiempo, de manera que éste es la condición general de todas las experiencias, superior incluso al espacio, no siempre necesario. Nuestra experiencia externa está sometida a las coordenadas espacio-temporales, pero la interna sólo lo está a la temporal.

Según Kant, no podemos saber si "*afuera*" las cosas se suceden, pues cuando intentamos atisbarlas ya lo hacemos desde el tiempo, que es una cualidad de la conciencia del hombre. La sensibilidad humana lleva el tiempo como una

manera de ser suya. El tiempo es una forma a priori de la sensibilidad que condiciona y hace posible toda experiencia.

En la filosofía contemporánea la meditación sobre el tiempo arraiga profundamente en las tendencias que más impulsaron el desarrollo de las ciencias humanas, tales como el historicismo, el vitalismo y el existencialismo.

Bergson (Paris, 1859 d.e.c.), uno de los filósofos que más atención ha dedicado al estudio del tiempo, distingue dos modos diferentes de durar los seres, dos distintas temporalidades: el *tiempo numerado*, que está mezclado con el espacio, y el *tiempo puro*, que es mera duración interna.

El primero es la duración exterior del mundo de las cosas, es un tiempo materializado que se desarrolla en el espacio, es la paralización del movimiento al considerar el tiempo como una yuxtaposición de quietudes en el espacio. En esta duración el tiempo es un mero espectador que no penetra en su realidad. Así, por ejemplo, si una sustancia química se hallase en debidas condiciones de conservación, no experimentaría ninguna variación con el paso del tiempo. Y si la experimentara, podríamos decir, en sentido figurado, que ha envejecido, pero, en realidad, sólo se habría operado en ella un proceso químico que podría -al menos teóricamente- revertir, es decir, someterse a un proceso inverso y retornar, sin variación alguna, a su estado primitivo. Si no hubiera un ser consciente que contemplara estos hechos del mundo material, no podría decirse que en él existiera tiempo, sino sólo coexistencia y sucesión de realidades atemporales.

Se han confundido espacio y tiempo, pues el movimiento parcelado en momentos estáticos no es otra cosa que espacio, y sólo adquiere sentido de movimiento si hay un espectador que opere la síntesis mental de lo recorrido por el móvil. Pero esta síntesis es un puro proceso psíquico. De hecho, fuera de

nosotros, únicamente existen situaciones estáticas del móvil en el espacio.

Cosa muy diferente acontece en la vida interior, en la duración que constituye la vida de cada uno, donde no es posible retornar a situaciones pasadas. El avance temporal y el paso del presente a pasado es un hecho radical e insuperable, porque el tiempo psicológico es irreversible. Soñamos, a veces, con volver a situaciones pasadas, con recomenzar la vida; pero, aunque todas las circunstancias anteriores –lugar, compañía, ocupación- convergieran para situarnos en el ambiente pasado que añorábamos, pronto comprenderíamos que ni nosotros ni los que nos rodean somos ya los mismos.

El tiempo no ha sido para nosotros espectador de unos procesos reversibles, sino que ha constituido, en cierto modo, nuestra propia esencia, la trama misma de nuestro ser.

En cada momento de nuestra vida gravita todo el pasado, de forma que el momento presente es una especie de condensación de la vida anterior, y el yo que en él actúa es un producto de la experiencia pasada.

El tiempo puro, piensa Bergson, es cualidad, interioridad, duración, devenir, intensidad. El tiempo verdadero es el puro fluir de nuestra interioridad, desprovisto de toda medida, sentido como algo cualitativo. El tiempo verdadero es un devenir indivisible, innumerable, incontable. Fuera de nosotros sólo hay espacio. En nuestro interior, en cambio, existe la verdadera duración: el proceso por el que se va penetrando y fusionando una sucesión de hechos psicológicos.

El momento propicio para analizar el sentido de la duración verdadera es el sueño, porque en él se altera la comunicación entre el yo y el mundo exterior y, en consecuencia, se evita el riesgo de confundirla con el espacio. En estas circunstancias ya no medimos la duración, sino que únicamente la sentimos; deja de ser cuantitativa para convertirse en cualitativa y desaparece toda apreciación matemática del tiempo pasado.

El tiempo bergsonian, además de indivisible, es inconmensurable. Si habitualmente medimos el tiempo, es debido a que lo proyectamos sobre el espacio. Un ser ajeno al espacio tendría una noción pura del tiempo, noción que podemos obtener si no separamos el presente de los estados anteriores, porque la duración pura no yuxtapone estados, sino que los fusiona. La medida del tiempo no es posible, porque el tiempo no es homogéneo, sino pura heterogeneidad. Medirlo, por tanto, es exteriorizarlo, espacializarlo y degenerarlo.

El tiempo para Bergson es el fundamento de toda la realidad. El fluir, que es la esencia del tiempo, embarga al hombre y a todas las cosas. El fluir, que es vida, cambio, tiempo, aunque nos es íntimamente conocido, resulta sin embargo, indefinible, porque sólo se puede conceptualizar lo material y el tiempo no es una realidad material.

Para captar la duración real hemos de utilizar la intuición en lugar del pensamiento. El tiempo de la física es un tiempo falsificado, porque al medir y mecanizar, falsea la realidad, aunque permite su utilización.

El tiempo verdadero es duración de algo que cambia y ese algo es la conciencia, la vida interior del sujeto psíquico, para quien el tiempo reviste un carácter radical, porque el hombre posee un ser de naturaleza temporal. Es el sujeto psíquico el que introduce la noción de tiempo en el universo material, donde sólo hay sucesión o coexistencia de fenómenos atemporales.

Heidegger (Masskirch 1889 d.e.c.), en su analítica existencial del Dasein, descubre al hombre como un ser incompleto e inacabado, que tiene que hacer y proyectar su propia vida, autotrascendiéndose y anticipándose a lo que va a ser, porque el futuro, entendido como posibilidad de existir, constituye una dimensión de su ser. Pero el futuro implica el pasado, puesto que nuestra posibilidad de ser se plantea desde lo ya sido. Por lo tanto, también el pasado constituye una dimensión del ser del hombre. Ahora bien, la comprensión de lo ya sido

determina la comprensión de lo que actualmente somos. El presente, pues, aparece envuelto por la relación entre futuro y pasado.

Estas tres dimensiones –pasado, presente y futuro- constituyen la unidad del ser humano y reciben el nombre de temporalidad. El hombre es esencialmente un ser temporal y esta temporalidad es, en realidad, el tiempo originario, a diferencia del tiempo cósmico. La temporalidad es la estructura concreta del Dasein y su sentido último, porque el hombre no se limita a estar en el tiempo, sino que éste constituye su propia esencia. El tiempo es la textura más profunda de la existencia humana, que se patentiza como preocupación, y la preocupación cobra sentido en el tiempo, en el futuro, pasado y presente.

Con Dilthey (Biebrich, 1833 d.e.c.) también la problemática del tiempo ocupa un lugar central en la filosofía, aunque se trate, en este caso, de concebir el tiempo como historia. Su principal ocupación es la de establecer el fundamento y el método de las por él llamadas «ciencias del espíritu» (política, derecho, historia, arte, literatura,...) pues mientras considera que las ciencias de la naturaleza tienen, en efecto, ya desde Bacon (Dublin, 1909 d.e.c.), resuelto este aspecto, la realidad histórico-social ha sido malinterpretada y «mutilada» por los positivistas al pretender adaptarla para su análisis a los métodos de las ciencias de la naturaleza.

Para Dilthey la vida es una realidad que no cabe escindir de la historia y que no puede ser interpretada desde categorías ajenas como «sustancia», «sujeto», etc. que sitúen los acontecimientos en el marco de una sucesión espacio-temporal, sino que es desde ella misma, en su fluir continuo, en su realización fáctico-histórica que debe interpretarse.

Esto es: narrar los acontecimientos desde afuera supone introducir un tiempo implicado en la narración, pues el relato

es un acto configurador que busca formas de tiempo estructuradas.

Ahora bien, si es este el modelo que puede ser válido en las ciencias de la naturaleza, no debe disponerse de él para interpretar la realidad histórica, puesto que no capta el movimiento mismo sino que sólo tiene en cuenta los hechos individualmente, a los que con posterioridad introduce, como algo añadido para su exposición, la temporalidad.

La concepción que Dilthey reclama de la vida como comprensible desde sí misma supone no sólo un alejamiento de la concepción del tiempo como marco desde el cual poder ordenar, analizar y explicar los hechos englobándolos en etapas históricas, sino que también implica postular un tiempo no dado a priori ni añadido a posteriori, un tiempo que emerge con la vida misma en su acontecer histórico, en su realización concreta.

El absurdo de una flecha que esta inmóvil durante todo el tiempo en que se mueve, nace de suponer que ella ocupa un lugar, es decir, que esta en reposo en un punto dado de su recorrido, cuando la verdad es que, en sentido estricto, nunca coincide con una posición, ni esta nunca en un punto, sino que, cuando más, podría llegar a estar en un punto y ocuparlo si se detuviera en él, pero entonces ya no tendríamos ante nosotros una flecha en movimiento sino en reposo.

Bergson piensa que la paradoja no se presentaría si pudiéramos instalarnos dentro del cambio, porque en ese caso podríamos "ver a la vez el cambio mismo y los estados sucesivos en los que él podría movilizarse".

Descartes (La Haye –Touraine-, 1596 d.e.c.), en efecto, explora las dos vías y sigue tanto la tesis del mecanicismo como la de la libertad humana.

La del mecanicismo contiene la idea de que el universo es algo que, sometido a un estricto determinismo, puede ser abarcado

por una inteligencia sobrehumana de una sola vez, en un presente instantáneo o en la eternidad, lo que implica que el universo es algo dado de una vez por todas y que, en el tiempo nada nuevo puede producirse. Si hubiera llevado hasta el extremo esta tesis, Descartes hubiera negado la libertad humana y la voluntad de D'os, pero no llega a ese punto. Explora, en cambio, la tesis del indeterminismo de las acciones humanas y por esta vía encuentra la duración, pero una duración que depende todavía de la acción continuada de un D'os que crea el mundo a cada instante.

Bergson cree que, de haber ido más lejos por este camino, Descartes se hubiera encontrado con la verdadera duración de un universo que evoluciona en su conjunto de manera continua y creadora, y cuyo futuro "no puede determinarse en función del presente"; pero se detuvo antes y dejó coexistir los dos puntos de vista opuestos en su sistema, limitándose a explorar en las dos direcciones.

Con Spinoza (Amsterdam, 1632 d.e.c.) y Leibniz (Lipsia, 1646 d.e.c.), en cambio, la metafísica moderna toma decididamente el partido del tiempo-longitud de la ciencia moderna. Aislado dentro del universo material ciertos puntos que constituyen un sistema, conociendo la posición de cada uno de ellos en un momento dado, la nueva física calculaba la posición de esos puntos para cualquier otro momento, logrando buenos resultados en sistemas que se prestan a la aplicación de esta regla.

Nada más lógico que tratara de extender hasta donde pudiese el uso de un instrumento tan eficaz, tanto más cuanto que no se podía conocer de antemano el límite de su aplicación. Pero los filósofos que se interesaron en la nueva ciencia, olvidando el carácter práctico de este procedimiento y pasando por alto el hecho de que la física estaba lejos de ser un saber ya acabado, extrapolaron a todo el mundo sensible lo que no era más que la

regla general de un método y llegaron a hacer de ella la ley fundamental del universo.

De esta manera nacía el mecanicismo universal. En esta concepción, el universo se presentaba como "un sistema de puntos cuya posición estaba rigurosamente determinada a cada instante en relación al instante precedente, y era teóricamente calculable para cualquier momento".

Con ella también se generalizaba al universo en su conjunto la idea del tiempo supuesta por la ciencia en su trato con ciertos sistemas particulares del mundo material.

No bastaba que todos los puntos del universo entre sí, ni todos sus momentos entre sí, estuvieran unidos por un lazo de "solidaridad matemática".

También era necesario que la inmensa dispersión de todo lo que en el universo se yuxtapone en el espacio y se sucede en el tiempo se contrajera en "la unidad de un principio", como en la filosofía leibniziana, en donde el universo esta todo entero en el acto de creación que predetermina, desde el comienzo y de una vez para siempre. Todo su devenir futuro, según un plan que, inscripto en la esencia de cada uno de los seres, no admite el menor desvío, contingencia, iniciativa o novedad.

Cualquier acontecimiento de este universo, por muy lejos que se situara en el futuro o en el pasado, podría ser conocido, en su causa y sin salir de sí mismo, por el Creador; o por una inteligencia suficientemente poderosa, aunque más secularizada, como la imaginada por Laplace (Beaumont-en-Auge, 1749 d.e.c.) en el siglo XIX.

Para esta última -capaz de conocer y de analizar todas las fuerzas que animan al universo en un momento dado y de encerrar en una sola fórmula todos los movimientos, "nada

sería incierto y tanto el futuro como el pasado estarían presentes a sus ojos".

Ahora bien, un universo en donde todo esta ya dado en el presente, que puede ser recorrido por igual en la dirección del tiempo y en su opuesta, de las causas a los efectos y de los efectos a las causas, debe transcurrir en un tiempo hecho de momentos perfectamente iguales, que se suceden unos a otros sin agregar nada a los precedentes. Es un universo, en suma, que supone un tiempo homogéneo y reversible.

Como dice Zubirí(San Sebastián, 1898 d.e.c.) el tiempo se nos presenta como algo que va «pasando»: un presente se va haciendo pasado y va yendo a un futuro. El tiempo es, pues, un pasar que tiene tres «partes» que pudiéramos llamar suyas: presente, pasado y futuro.

Estas tres partes se hallan dotadas de una intrínseca unidad. Esta unidad es lo que expresa el vocablo «pasar». En su pasar, el tiempo constituye una especie de línea simbólica, «la línea del tiempo», y las partes del tiempo son los «puntos» de esta línea. De estos puntos, el presente es lo que desde siempre se ha llamado el «ahora». El «ahora» no tiene magnitud temporal; es pura y simplemente «puntual». Lo aprehendemos al ir haciendo cada vez más breve el lapso de tiempo que consideramos; el término de esta división es el «ahora». El «ahora» presente va pasando a pretérito a medida que el futuro va ocupando su puesto. La línea del tiempo no es sino la línea de estos «ahoras»; son los momentos e instantes del tiempo. Los caracteres del tiempo considerado en sí mismo son los caracteres internos de esta línea, de este pasar de los horas. La tendencia natural de la inteligencia es considerar esta línea temporal como si fuera una línea de misma índole que la línea espacial. Estas líneas se corresponden, pero sin embargo, tienen entre sí una diferencia esencial, tanto por lo que

conciernen a la unidad de las partes entre sí, como por lo que se refiere a la disposición mutua de esas partes.

La disposición de las partes del tiempo, de los momentos entre sí, tiene tres tipos de caracteres. Unos se refieren a la «conexión» de los puntos del tiempo entre sí; otros, se refieren a la «dirección» que tiene esta línea; otros, finalmente, conciernen a su «medida».

Son, en definitiva, los tres tipos de caracteres que posee una línea espacial. Toda línea espacial posee una interna conexión de puntos. Tiene, además, una cierta dirección y posee una medida de la distancia entre dos puntos. Conexión, dirección y distancia son tres conceptos independientes. La línea no tiene por qué tener una dirección, y si la posee, la línea dirigida no tiene distancia definida entre sus puntos.

Tratándose de la línea del tiempo, la conexión, la dirección y la medida de los momentos son indisociables. En esto se expresa una de las diferencias esenciales entre el tiempo y el espacio. Pero ello no obsta para que los tres conceptos sean distintos entre sí. Por tanto, es necesario estudiarlos separadamente.

El tiempo es una línea temporal de momentos cuya «conexión» tiene cuatro caracteres: continuidad, apertura, aperiodicidad y ordenación. Pero el tiempo no tiene tan sólo partes en conexión; tiene también una dirección, con dos notas características: es fija y es irreversible.

Y además de conexión y de dirección, el tiempo tiene distancia temporal o intervalo, y, por tanto, propiedades métricas: es lo que en términos generales puede llamarse «crono-metría».

Ahora bien, más allá de todos estos caracteres, la línea temporal posee una radical unidad. No quiere decir esto que la línea temporal sea una realidad actual sustantiva, pero tampoco que el tiempo no tenga realidad ninguna, es decir, que sea intuición pura o concepto. La unidad real de la línea temporal

es lo que Zubirí llama «transcurrencia». Mientras que los puntos en el conjunto espacial no hacen sino estar unos junto a los otros, «están», los puntos del conjunto temporal no están, sino que «pasan», esto es la «transcurrencia».

El tiempo es conjunto transcurrencial. Cada momento está en continuidad real con los demás momentos de un modo real y transcurrente; en su virtud, los momentos de la línea del tiempo constituyen un conjunto transcurrencial.

Estructuras distintas que la línea temporal adquiere según sean las estructuras reales de los distintos procesos cósmicos. Esos procesos son de cuatro tipos: procesos físicos, procesos biológicos, procesos psíquicos y procesos biográfico-históricos. De ahí que la línea temporal tenga también cuatro posibles estructuras. La línea temporal de los procesos físicos tiene el carácter de «sucesión»; la de los procesos biológicos culmina en el carácter de «edad»; la de los procesos psíquicos es «duración», y la de la vida biográfico-histórica es «precesión». Pero el tiempo es más radical que la línea temporal. La línea de transcurso «temporal» está fundada en que las cosas mismas son «tempóreas».

Según Derrida (El-Biar, Argelia; 1930 d.e.c.): «El tiempo es divisible en partes y, sin embargo, ninguna de sus partes, ningún ahora, es en el presente». Pero nada permite derivar de la presentidad, por determinante que ella sea para la participación del tiempo en la “ousia”, es decir, para su existencia, una atribución tal al ahora, a no ser, quizás, que se intente justificar empíricamente la espacialización del ahora a partir del ente.

Una tentativa en ese sentido contradiría de nuevo su función, porque es precisamente en tanto límite que divide en pasado y futuro como posibilita la temporalidad del tiempo espacializado que, en cuanto tal, no contiene determinación alguna.

El tiempo existe porque existe el cambio. Aristóteles lo definía como la medida de lo que cambia. ¿Pero el tiempo reside en lo que transcurre -en el movimiento de la cosa que cambia- o en el sujeto que lo mide?

En cuanto a su forma de existencia, el tiempo no es una realidad independiente; está ligado, por una parte a la inteligencia, dotada de una memoria que numera las etapas de la sucesión, y por otra es inseparable de la existencia del cambio.

Kant quiso resolver esta paradoja haciendo del tiempo una forma a priori de la sensibilidad. A sus ojos, el tiempo depende por completo del espíritu, que capta las cosas, necesariamente, según el tiempo. «Se puede concebir un tiempo sin objeto, declara, pero no un objeto sin tiempo».

Hegel (Stuttgart, 1770 d.e.c) perseguirá esta integración del tiempo en el espíritu, por medio de la dialéctica.

Los tres momentos - tesis, antítesis, síntesis - constituyen toda la realidad según un proceso que es la historia del Espíritu apprehendiéndose a través de sus obras. «*Todo lo real es racional y todo lo racional es real*». Esta fórmula significa que el tiempo no se induce de lo real, sino que es lo que permite deducir, a priori, todo lo que es. El tiempo se confunde con la vida del Espíritu, que es la historia.

El tiempo no puede concebirse sin la eternidad. ¿Es esto una necesidad del pensamiento sin fundamento en la realidad o una necesidad del ser? Si sólo percibimos el ser en movimiento, ¿cómo concebirlo inmóvil?, ¿cómo hacer de la eternidad algo real y evitar la ilusión?

”En un mundo en devenir, en el que todo está condicionado, la hipótesis del incondicionamiento de la sustancia, del ser, de la cosa, etc..., no puede ser más que un error», escribe Nietzsche (Rocken, 1844 d.e.c.) en la voluntad de poder.

Si todo cambia, el ser es sólo una apariencia fugitiva, un sueño de la razón; solamente existe la vida y su necesidad imperiosa de trascenderse; la eternidad, a sus ojos, es sólo una compensación

Big Bang

Big Bang es un término que literalmente significa «gran explosión» y designa la teoría cosmológica que sustenta la existencia de una singularidad inicial del universo.

Dicha teoría cosmológica, ampliamente sustentada en la actualidad, defiende que hace aproximadamente unos 15.000 millones de años surgió toda la materia y la energía del universo en una especie de «explosión». A partir de entonces, el universo está experimentando un progresivo enfriamiento y expansión (como lo prueba el llamado desplazamiento al rojo de las galaxias lejanas, medido por la constante de Hubble (Marshfield, 1889 d.e.c.), y el descubrimiento de la llamada radiación de fondo).

Esta teoría surge a partir de la observación de dicha expansión y de los cálculos efectuados por Friedmann (San Petersburgo, 1888 d.e.c.), que señalan que, más o menos en el lapso temporal indicado (la edad del universo sigue siendo un tema muy controvertido), la distancia entre las galaxias debía de ser cero y la densidad y curvatura de la materia, infinita.

Puesto que matemáticamente no es posible realmente tratar números infinitos, esta hipótesis supone -basándose en la teoría de la relatividad- que en este momento la propia teoría relativista deja de tener validez, y a esto es a lo que se llama una singularidad.

Por tanto, en el caso de pensar qué cosa habría sucedido antes del Big Bang, la única respuesta es que no es posible saberlo, ya que todo modelo de conocimiento científico queda en suspenso debido a la existencia de la singularidad.

Por otra parte, la existencia de hipotéticos sucesos anteriores al Big Bang no tienen ninguna consecuencia para el universo actual y, por tanto, no pueden tampoco formar parte de un modelo científico cosmológico. Además, en la medida en que la «gran explosión» es el inicio del universo, es también el inicio del *tiempo*, de manera que no tiene sentido preguntar qué había «antes», ya que antes del *tiempo* no hay «antes».

A dicha hipótesis se han opuesto algunos cosmólogos, entre los que destaca Fred Hoyle (Yorkshire, 1915 d.e.c.) que sustenta la llamada teoría del estado estacionario, la cual supone la creación continua de materia.

No obstante, en la actualidad apenas es defendida ya que parece que hay una abrumadora preponderancia de pruebas a favor de la hipótesis del Big Bang.

Por otra parte, en la medida en que no está determinada la masa del universo, y se prosiguen los intentos para determinar la llamada materia oscura de éste, no está decidido en el seno de la teoría si el universo seguirá expandiéndose indefinidamente o si bien, en un momento determinado, y debido a la atracción gravitatoria, podría comenzar un proceso inverso de implosión que culminaría en un «Big Crunch».

En este caso se baraja la hipótesis de una flecha del tiempo en sentido inverso al actual.

IX

Instante de Miércoles

“El tiempo es el único capital de las personas
que no tiene más que su inteligencia por fortuna”.

Honoré de Balzac (Torus, 1799 d.e.c.)

Nuevamente nos encontramos iniciando una cena de miércoles espectacular. Señalamos a Omar el pedido de la comida, porque como es habitual para todos, uno por vez decimos lo que vamos a comer, aunque es un hecho puramente formal, dada la repetición constante de los platos que se produce de miércoles a miércoles.

La primera opinión que se escucha en la mesa es aquella del Toto diciendo: “que suerte que es miércoles, no saben lo importante que es este momento para mí” y agrega como sucede habitualmente Valner, “es que te corta la mitad de la semana y te ayuda a pasarla mejor “.

Luego, inicia Pelusa con sus palabras, con sus opiniones filosóficas diciendo: “muchachos, la vida es como un reloj de arena que al momento del nacimiento de cada uno, junto con el primer llanto, se gira involuntariamente. Así empiezan, justamente en ese mismo instante, a caer los primeros granos de arena hacia el otro sector del reloj. A partir de aquí nuestra vida emprende un camino desconocido, un camino sin retorno, todo por investigar, conocer, admirar, oler, saborear, observar...”

“La cosa mas importante es que no se puede volver a girar nunca más ese maldito reloj”, agrega con un tono de bronca Pablo, que por lo general tiene una personalidad más bien de escuchar e interpretar. “Nunca más un grano de arena pasara nuevamente al sector del reloj del cual proviene”.

Se suma también el Pollo diciendo: “este reloj tendrá el agujero de pasaje de un lado al otro de un tamaño desconocido, vale decir, que no sabemos cuanto tiempo tardara en pasar toda la arena hacia el otro sector, no sabemos cuanto tiempo demorara en vaciarse el sector superior de este reloj, lo que sí sabemos es que del momento en que se puso en marcha el pasaje de la arena, esta pasara completamente”.

“Cada ser humano, en efecto, tiene detrás de su espalda una separación originaria”, dice Pelusa, quien todo lo sabe o lo presume y relata que se recuerda cuando estaba en posición podálica, lo giraron y lo sacaron con fórceps: “sentía todavía el dolor del dado derecho, luego finalmente salí. Fue realmente una acto difícil, pero al final logre sonreír. Luego cortaron el cordón umbilical. En aquel preciso momento entendí ciertamente que esta gente no estaba bromeando”.

“Esta es una cosa que deja la huella. Todo el resto de la vida buscamos un cuerpo con el cual poder reunirnos y juntarnos, sea este el cuerpo de la madre, del amado o de la amada”.

Agrega el licenciado Valner; “la reunificación es felicidad. Cada nueva separación reabre nuevamente la herida: quien es más infeliz que el niño que en medio de un tumulto de un grande shopping pierde la propia madre y pasea por los corredores gritando, mamá!!!???. En todo caso el amor puede ayudarnos a superar el trauma de la separación”.

El Peta, que encuentra también su momento de inspiración agrega: “¿Que cosa es el Tiempo?, muchachos se dieron cuenta que esta pregunta es simultáneamente fácil y difícil de responder. Tenia razón San Agustín: “si me lo preguntan dejo de saberlo”. De todas formas intentare dar mi opinión: “aunque

pueda ser medido con absoluta precisión, el tiempo queda siempre como algo ambiguo en sí mismo. El pasado es algo que no existe más; el futuro es algo que no existe todavía; el mismo presente, que a veces nos parece demasiado concreto, esta constituido de segundos de los cuales tenemos conciencia sólo una vez que han transcurrido.

Aquello que el tiempo verdaderamente es no lo sabemos nunca. El argumento fundamental de nuestra vida, aquello que seña nuestro nacimiento y nuestra muerte, nos resta intangible e invisible”.

Aquí la charla resulta interesantísima, justo cuando Pelusa cree que inicia a delinear una solución al problema: “El tiempo no es otra cosa que la forma del sentido interno, o sea, de la intuición de nosotros mismos y de nuestro estado interno. En efecto, el tiempo puede ser una determinación de fenómenos externos: no pertenece a la figura, ni al lugar, determina al contrario, la relación de las representaciones de nuestro estado interno. Justamente debido a que esta intuición interna no tiene ninguna figura, nosotros buscamos de suplir este defecto con analogías y representamos la serie temporal con una línea que se prolonga al infinito, en la cual la multiplicidad forma una serie que tiene una única dimensión; y de las propiedades de estas líneas argumentamos todas las líneas del tiempo siempre sucesivas. De esto resulta que la representación del tiempo mismo es una intuición, debido a que todas sus relaciones pueden ser expresadas por medio de una intuición externa”.

Omar llega a la mesa y escucha atentamente, parece ser en este momento el séptimo comensal, completamente concentrado en nuestra charla. En el preciso momento que Pelusa termina de relatar su ultima idea de esta noche, se forma un pequeño instante de silencio.

Este viene interrumpido por nuestro nuevo compañero de mesa: “¿postres muchachos?”

Pelusa lo mira fijamente, casi como queriendo decir: “¿puede ser que haya participado sólo para preguntarnos los postres que nos tiene que traer?”. Además, es evidente que solamente necesita una confirmación, puesto que nuevamente el pedido de los postres se repite de semana a semana y es siempre el mismo para cada uno. El Toto pide: “panqueque de dulce de leche”, el Peta agrega: “otro para mí”. Pablo y el Pollo piden un flan con crema y dulce. Valner y Pelusa un helado de chocolate con dulce de leche, pero dulce de verdad, sin rebajar con leche. Naturalmente inicia el show de Omar, se dirige hacia la cocina y vuelve con el tacho de dulce de leche *Conaprole* que esta exactamente por la mitad, medio lleno y medio vacío: “este es el único dulce que se usa aquí”.

Alguno sonrío.

X

Tiempo Físico y Tiempo Biológico

"El tictac de los relojes parece un ratón que roe el tiempo"

Alphonse Allais

Desde el punto de vista biológico, todos los ritmos naturales que afectan la vida del hombre se hallan regulados por el tiempo.

En algunos países del mundo las agujas del reloj se adelantan o se atrasan de una hora dependiendo de la estación del año. Si es verano o si es invierno se colocan en una hora legal o una hora solar. Se utiliza esta diferencia horaria para ahorrar energía y para regalar a las personas una hora más de luz natural, todos los días desde la primavera hasta bien entrado el otoño.

El origen histórico de la hora legal viene del siglo XVIII, cuando Benjamín Franklin, escritor, licenciado y hombre político, intuyo la conveniencia.

La duración del hombre, al igual que su estatura, varía según la unidad que se utiliza para medirla, la vida del hombre se mide valiéndose de los movimientos de las agujas del reloj. Para el reloj que mide el día de un niño es igual al de sus padres, pero en realidad esas 24 horas representan una fracción muy pequeña en la futura vida del niño, y una fracción muy grande en la vida de sus padres, de esa manera el valor del tiempo físico varía según miremos el pasado o el futuro.

Al describir un tiempo físico, necesariamente debemos referirnos a un tiempo fisiológico.

Este se halla presente en todos los niveles fisiológicos del universo, ya sea en el soma de una célula o en el mismo

hombre. El tiempo fisiológico depende de las modificaciones del medio y la respuesta de los seres a esas modificaciones. Difiere del tiempo físico, por que no tiene la precisión de un reloj.

La relación que existe entre el tiempo físico y el fisiológico es comparada por Alexis Carrel (Sainte-Foy-lés-Lyon, 1873 d.e.c.) "Como un ancho río que corre por la llanura. En los albores de la vida, el hombre corre alegremente a lo largo de la orilla, va más deprisa que la corriente. Hacia el medio día su marcha disminuye, las aguas se deslizan con tanta rapidez como su paso. Al anochecer, el hombre está fatigado, la corriente continúa con su flujo. El hombre se queda atrás, luego se detiene y cae para siempre, el río sigue su curso inexorable". En realidad, el río nunca ha acelerado su marcha, sólo se tiene esa ilusión al retardo progresivo de nuestro paso. Cada uno de nosotros es el hombre que corre a lo largo de la orilla del río y ve pasar las aguas del tiempo físico.

A pesar de estar entrando en el tercer milenio, seguimos desconcertados por el misterio del paso del tiempo, de segundos a minutos, a horas, a días, semanas, meses y años.

Finalmente, transcurre toda una vida y sin embargo el tiempo continua, imperturbable, sin descanso.

Desde el Big Bang hasta el Big Crunch, ninguna vida, existencia o actividad está libre de él.

El comienzo de un nuevo siglo y un nuevo milenio es un buen momento para dedicarse al estudio de entender y analizar la naturaleza y el alcance de este misterio continuo, que es una maravilla de la creación de Allah, Moises y Jesucristo. Mucho se ha escrito y dicho sobre el tiempo, sin embargo todas las explicaciones e interpretaciones sobre su valor y naturaleza parecen estar en una etapa temprana de desarrollo, según lo señalan las nuevas vistas de conocimiento científico. Es interesante notar como el tiempo es medido y registrado de

varias maneras, hay un Tiempo Universal (UT), Tiempo Efemérides (ET) y Tiempo Atómico (AT).

El mundo está dividido en 24 zonas horarias seguido de una Línea de Cambio de Fecha. Estas zonas o husos horarios son cada una de las áreas en que se divide la Tierra y que siguen la misma definición de tiempo.

Anteriormente, la gente usaba el tiempo solar aparente, con lo que la hora se diferenciaba ligeramente de una ciudad a otra. Los husos horarios corrigieron en parte el problema al poner en hora los relojes de una región al mismo tiempo solar medio. Los husos horarios generalmente están centrados en meridianos de una longitud que es múltiplo de 15° ; sin embargo las formas de los husos horarios pueden ser bastante irregulares a causa de las fronteras políticas. Todos los husos horarios se definen en relación al Tiempo Universal Coordinado (UTC), el huso horario centrado sobre el meridiano de Greenwich, que por tanto contiene a Londres. Puesto que la Tierra gira de Oeste a Este al pasar de un huso horario a otro en dirección Este habría que sumar una hora. Por el contrario, al pasar de Este a Oeste habría que restar una hora. El meridiano de 180° , conocido como línea internacional de cambio de fecha, marca el cambio de día.

Tiempo sidereal es el tiempo mostrado por las estrellas y medido en día sidereal que es el tiempo que tarda la Tierra en girar una vez su sobre su eje con respecto a las estrellas. La esfera celeste parece girar una vez cada día sidereal. El día sidereal es casi 4 minutos más corto que el día solar. La ecuación de tiempo es la diferencia entre el tiempo solar medio y el tiempo solar aparente, iguales cuatro veces al año, el 15 de abril, 14 de junio, 1 de septiembre y el 25 de diciembre.

El tiempo ha sido descrito como una indefinida extensión durante la cual hechos, condiciones o actos ocurren, existen o

continúan, en una ininterrumpida sucesión, como lo sostuvo Cicerón, relacionándolo con la historia, que es la testigo que testifica el paso del tiempo.

En la Edad Media, los filósofos musulmanes centraron su atención en resolver el misterio del tiempo. Muhammad Ibn Zakariya Razi creía que el tiempo era eterno. Ibn Bajja “Avenpace” también creía en la divinidad del tiempo. Ibn Rushd “Averroes” (Córdoba, 1126 d.e.c.) creía que el tiempo era un eterno continuo, subordinado a un movimiento eterno, que es continuo y uno. Rumi (Balkh, 1207 d.e.c.) sostenía que el tiempo es creado y que está en la categoría de consciencia fenomenal, que ve a los sucesos en secuencias.

En los tiempos modernos, Kant sugirió al tiempo como un modo intuitivo de percepción - *Crítica a la Razón Pura*. Bergson basó su nueva concepción de existencia como el libre movimiento creativo de la vida - *Time and Free Will*. Es interesante como la teoría del Big Bang parece estar de acuerdo con las enseñanzas de la Biblia y el Corán. En 1951, la Iglesia Católica anunció oficialmente que esta teoría estaba en concordancia con la Biblia. El Corán lo anuncia claramente.

Es interesante también leer la forma en la cual Paulo Coelho escribe sobre el momento del tiempo en el libro *Once Minutos* “ la vida a veces es muy avara: la gente pasa días, semanas, meses y años sin sentir nada nuevo. Sin embargo, una vez que abre una puerta, una verdadera avalancha entra por el espacio abierto. En un momento no tienes nada, y al momento siguiente tienes mas de lo que puedes aceptar”. Y luego dice: “El ser humano puede soportar una semana de sed, dos semanas de hambre, muchos años sin techo, pero no puede soportar la soledad. Es la peor de las torturas, de todos los sufrimientos.” El sexo puede ser practicado a cualquier hora. Hay un reloj escondido en cada uno de nosotros, y para hacer el amor las agujas de ambas personas tienen que marcar la misma hora al

mismo tiempo. Eso no sucede todos los días. Aquel que ama no depende del acto sexual para sentirse bien. Dos personas que están juntas y que se quieren, tienen que sincronizar las agujas de sus relojes, con paciencia y perseverancia, con juegos y representaciones *teatrales*, hasta entender que hacer el amor es mucho más que un encuentro: es un *abrazo* de las partes genitales.

Todo tiene importancia. Una persona que vive intensamente su vida goza todo el tiempo y no echa de menos el sexo. Cuando practica el sexo, es por abundancia, porque el vaso de vino está lleno que desborda naturalmente, porque es absolutamente inevitable, porque acepta la llamada de la vida, porque en ese momento, sólo en ese momento, consigue perder el control.

Mediciones del Tiempo

Las primeras mediciones del tiempo se hicieron a partir de las observaciones astronómicas y durante mucho tiempo el cielo fue el instrumento principal de esa medición. Desde muy temprano en la historia, el ser humano se dio cuenta que podía recurrir a los fenómenos físicos que se repetían de forma periódica y aprovechar su regularidad para construir instrumentos que midieran intervalos de tiempo. El primer reloj que estuvo a la disposición del hombre fue sin duda el derivado de la alternancia del día y de la noche, es decir, el día solar. Pero a lo largo de la historia tecnológica aparecieron inventos cada vez más sofisticados que permitieron "observar" lapsos de tiempo, desde los calendarios que registran días, años y siglos, pasando por las clepsidras, velas, cuadrantes y otros instrumentos que miden periodos más cortos, como las horas, minutos y segundos.

Las clepsidras o relojes de agua datan de la antigüedad egipcia y se usaban especialmente durante la noche, cuando los relojes de sombra no servían. Los relojes de agua también se usaron en

los tribunales atenienses para señalar el tiempo asignado a los oradores y cuentan que el filósofo Platón inventó un reloj de agua muy eficiente. Más tarde fueron introducidos a los tribunales de Roma con el mismo objeto, además de usarlos en campañas militares para señalar las guardias nocturnas. El reloj de agua egipcio, más o menos modificado, siguió siendo el instrumento más eficiente para medir el tiempo durante muchos siglos.

Los relojes de arena funcionan bajo el mismo concepto físico de las clepsidras, es decir, permiten que la gravedad haga fluir una cantidad establecida de un elemento para determinar distintos lapsos de tiempo. El origen de los relojes de arena es incierto, se cree que los ejércitos romanos los utilizaban durante la noche; también se ha dicho que fueron inventados por un monje francés al final del siglo VIII.

Los romanos utilizaban "velas del tiempo" que medían el tiempo a partir de marcas con números que se alcanzaban según la vela se consumía al paso de las horas.

El término cuadrante es una alteración de la palabra *quadrant* y designa el cuarto de círculo donde se lee la altura de un astro por sobre el horizonte. En forma extensiva, esta palabra se aplica a los instrumentos que marcan la hora. Los cuadrantes solares (gnomon, en griego) son relojes de Sol en los que se lee el tiempo según la longitud de la sombra que proyecta el movimiento del astro luminoso sobre una superficie determinada, que generalmente tiene una escala numerada para señalar la hora.

Todas las civilizaciones, desde Egipto hasta China, desde México hasta el Cercano Oriente, conocieron el reloj de Sol. El ritmo de la vida europea estuvo unida por muchos siglos al ciclo de las estaciones, de la agricultura y de los ritos tradicionales gaélicos, celtas o galos. Conforme la Iglesia católica se consolidó como la institución más poderosa de Europa, el control del tiempo -además de las pesas y medidas-

cayó bajo su dominio. El año eclesiástico se dividió en cuatro periodos: de Pascuas a Pentecostés, de Pentecostés a septiembre, de septiembre a la Cuaresma y de aquí hasta Pascuas.

Sin embargo, la verdadera organización del tiempo medieval se originó en la vida monacal. Conventos y monasterios impusieron, poco a poco, su propio horario y calendario en el campo y en las ciudades. El día se dividió en siete horas canónicas. En lugar de contar las horas de una a doce, los monjes incluyeron siete momentos en la jornada: los siete momentos del oficio o siete "instantes" de Dios. Además, dividieron los meses en semanas de siete días, según la tradición hebrea. El domingo, en lugar del sábado, se convirtió en un día reservado completamente al servicio de D'os, y el tiempo destinado habitualmente al trabajo manual lo consagraron a la lectura y a la meditación. Por otra parte, para determinar las diferentes fechas del año, los monjes utilizaron más y más los nombres de los distintos santos y las fiestas de la historia de Cristo. Este sistema se difundió en el conjunto del Occidente Cristiano.

A partir de la Alta Edad Media, se dividieron las 24 horas de un día en cuatro partes, cada uno de las cuales equivalía a seis horas. La hora, por su parte, se dividió en cuatro puntos: un punto valía un cuarto de hora. El punto equivalía a diez momentos. El momento valía, por tanto, un minuto y medio, y estaba dividido en doce onzas (cada onza valía siete segundos y medio); la onza se dividía en cuarenta y siete átomos; se consideraba que el átomo era tan pequeño que no podía fraccionarse.

En un día, la transición entre cada cuadrante de seis horas se anunciaba con campanas colocadas en las iglesias. Así, las campanas tocaban un golpe a Prima, es decir, al salir el Sol; dos golpes a la Tercia, entre la salida del Sol y el mediodía; tres golpes a la Sexta, es decir a medio día, etcétera. Este tiempo

eclesiástico que se regulaba al sonar de las campanas fue determinante en el desarrollo de la vida cotidiana de la Edad Media. Las campanas marcaban las horas de los rezos y señalaban también el ritmo de trabajo. Indicaban la hora a la que había que levantarse, dirigirse al trabajo, descansar o finalizar la jornada laboral.

A finales del siglo XIII se inauguró en Westminster Hall, en Londres, el primer reloj mecánico dotado de sonidos metálicos, emulando a las campanas. De este modo, apareció por primera vez el tictac de los relojes.

En el siglo XV se inventaron los relojes de una manecilla para marcar las horas y en 1505 el herrero alemán Peter Henlein consiguió construir relojes mecánicos tan pequeños que podían llevarse en el bolsillo. Muy pronto, en los hogares acaudalados, aparecieron los primeros relojes decorativos y de antesala, considerados juguetes de gran novedad y muy caros. Poco a poco se estableció la forma convencional de los relojes, se fabricaron modelos para suspenderlos y aquellos de fantasía, que tomaban formas muy diversas: botones de flor, flores abiertas, animales, crucifijos y hasta cabezas de muerto!. La primera revolución relojera se dio en el siglo XVII, cuando el científico holandés Christiaan Huygens (La Haya, 1629 d.e.c.) inventó el reloj de péndulo, alcanzando una exactitud similar a la de los relojes de sol.

La novedad fueron los relojes de bolsa llamados "cebollas", que se perfeccionaron gracias al invento del muelle-espiral. En esta época la moda masculina indicaba el uso de un reloj unido a una cadena y luego dentro del bolsillo del chaleco. Las mujeres los llevan en la cintura con frecuencia, colgando de un listón o una cadenilla. Los relojes eran muy caros y se vendían como objetos de lujo en las joyerías y perfumerías. El tiempo pertenecía todavía a las clases ricas, granjeros y comerciantes, quienes lo seguían imponiendo a los demás por medio de las campanas.

En 1802, un relojero francés, Ferninand Berthoud (Neuchâtel,1727 d.e.c.) escribió: "Con el uso de los relojes, los hombres pueden emplear todos los momentos necesarios en los trabajos de la vida civil. El hombre arregla, mediante ellos, la hora del trabajo y la del reposo, la de su comida y de su sueño. Y, por esta afortunada distribución del tiempo, la sociedad misma camina como el reloj, y forma, cuando está bien organizada, una especie de engranaje cuyos movimientos sucesivos son los trabajos de todos los miembros que la constituyen".

En el primer reloj eléctrico, que se inventó en el siglo XIX, el péndulo no se movía gracias a la acción de la fuerza de la gravedad sobre una pesa, sino mediante un electroimán alimentado por una batería. En 1914 el norteamericano Henry Ellis Warren accionó un reloj mediante un dispositivo electromotor y gracias a esto inventó los primeros relojes eléctricos fiables. Sin embargo, los relojes más precisos creados hasta la fecha son los relojes atómicos, que desde 1948 comenzaron a utilizarse en campos como la aviación y las armas nucleares.

Se dice que el primer reloj de pulsera se creó por encargo de la reina de Nápoles, en 1812.

En el siglo XX, la Primera Guerra Mundial impulsó su uso cuando los oficiales del ejército se vieron obligados a utilizarlos. Una década más tarde, en 1929, el relojero estadounidense Warren Albin Marrison inventó el reloj de cuarzo.

En 1957 aparecieron los relojes de pulsera eléctricos. El primer reloj de pulsera eléctrico del mundo fue el Hamilton Electric. Dichos relojes se alimentan gracias al empleo de pequeñas pilas y funcionan mediante diminutos dispositivos que hacen avanzar el segundero a saltos, mientras que las manecillas correspondientes a las horas y los minutos se mueven, con mayor lentitud, accionadas por un engranaje convencional.

En el año de 1967, para evitar imprecisiones en la medida del tiempo, se eligió un nuevo patrón base a la frecuencia de vibración atómica (un fenómeno extremadamente regular y fácilmente reproducible) para la definición de la unidad de tiempo físico. Según ello, un segundo físico corresponde a 9,192,631,770 ciclos de la radiación asociada a una particular transición del átomo de cesio. La precisión alcanzada con este reloj atómico es tan elevada que admite únicamente un error de un segundo en 30,000 años. A pesar de ello, actualmente se estudian nuevos relojes basados en las características del hidrógeno que permitirán alcanzar todavía mayor precisión (del orden de un segundo en tres millones de años).

Los días de la semana

Lunes deriva del latín "lunae dies", día de la luna. Durante mucho tiempo se conto por meses lunares el curso del año, como actualmente sucede en Israel o algunos países africanos. Curiosamente en el calendario cristiano, hay un tiempo litúrgico que se rige por el calendario lunar, es la Cuaresma. Por este motivo la Semana Santa no cae siempre por las mismas fechas.

Martes deriva del latín "martis dies", día de Marte. Marte fue el dios de la guerra, llamado también Ares por los griegos. De Marte derivan palabras como "marcial", como las artes marciales. Hay también un planeta dedicado al dios referido.

Miércoles deriva del latín "mercuri dies", día de Mercurio. Era el dios del comercio y el de los viajeros, por ese motivo sus templos se edificaban a la entrada de los pueblos. Hay también un planeta dedicado a él.

Jueves deriva del latín "jovis dies", día de Júpiter. En la mitología romana es el dios asimilado a Zeus. El dios del cielo,

de la luz del día, del tiempo atmosférico. También tiene un planeta bajo su nombre.

Viernes deriva del latín "veneris dies", día de Venus. Antes de la fundación de Roma, Venus era venerada como la diosa protectora de los huertos, pero a partir del siglo II antes de la era común fue asimilada a la diosa griega Afrodita, diosa del amor. Tiene un planeta (Venus) dedicado a ella.

Sábado deriva del hebreo "sabbath" que significa descanso. Para los hebreos y la gente que vive en Israel es el último día de la semana.

Domingo deriva del latín "dominicus dies", día del Señor. Para los cristianos es tradicionalmente el séptimo día de la semana, aunque en realidad es el primero porque se consagra una nueva semana a Jesucristo que resucitó después del "sabbath".

Calendario

Así se llaman los sistemas para computar el tiempo. La palabra viene del latín "calendas", que entre los romanos era el primer día del mes.

El calendario Juliano (llamado así porque lo aplicó Julio César 46 años antes de la era común), dispuso que el año comenzaría a contarse desde el 1º de enero (hasta entonces se contaba desde el 1º de marzo), y que se le computaría una duración de 365 días. Pero como la Tierra tarda algunas horas más en dar una vuelta completa alrededor del Sol, entonces, cada cuatro años se computaban 366 días. Desde entonces a los años que tienen un día más, se les llama año bisiesto.

El calendario Gregoriano (llamado así porque lo ordenó el papa Gregorio XIII en 1582), es el que actualmente nos rige. Según él, el año se divide en 12 meses:

Enero deriva del latín "ieruarius" o "ianuarius", mes que los romanos consagraban a su dios Jano (Janus), que representaban

con dos rostros opuestos como las caras de una puerta (ianua), para mirar el pasado y el futuro. Tiene 31 días.

Febrero deriva del latín "februarius", palabra derivada de "febuare" (purificar), que se refiere a fiestas en las que los sacerdotes golpeaban a la gente con varas (februum) para purificarla. Tiene 28 ó 29 días. El año en que este mes tiene 29 días se lo denomina bisiesto.

Marzo deriva del latín "martius" en honor a Marte, dios de la guerra, a quien los romanos consagraban este mes, que era el primero de su calendario. Este mes tiene 31 días.

Abril deriva del latín "aprilis", palabra derivada de abrir, porque en esta época, en Roma es primavera y comienza a desarrollarse la vegetación. Este mes tiene 30 días.

Mayo deriva del latín "maius", nombre que tal vez derivara del de una diosa romana llamada Maya. El primer día se plantaba un árbol llamado "mayo", símbolo de la primavera. Este mes tiene 31 días.

Junio deriva del latín "iunius" porque los romanos dedicaron este mes a su diosa Juno, protectora de la mujer. Este mes tiene 30 días.

Julio deriva del latín "iulius", en honor a Julio César. Antes de que éste modificara el calendario romano, este mes se llamaba "quintilis", por ser el quinto, empezando desde marzo. Este mes tiene 31 días.

Agosto deriva del latín "augustus", en honor al emperador Augusto. En el antiguo calendario romano este mes se llamaba "sextilis", porque era el sexto a partir de marzo.

Septiembre deriva del latín "september", por ser el séptimo mes del antiguo calendario romano que empezaba en marzo. Este mes tiene 30 días.

Octubre deriva del latín "october", por ser el octavo mes del antiguo calendario romano. Este mes tiene 31 días.

Noviembre deriva del latín "november", por ser el noveno mes del antiguo calendario romano. Este mes tiene 30 días.

Diciembre deriva del latín "december", por ser el décimo mes del antiguo calendario romano. Este mes tiene 31 días.

XI

Tiempo de Luciano De Crescenzo

“Basta no pensar para sentir el ruido del tiempo que pasa”

Luciano De Crescenzo

A Luciano De Crescenzo (Nápoli, 1928 d.e.c.) lo conocí *virtualmente* en Italia, cuando hablaba a través de un programa de televisión que va en onda todas las noches, los días de semana, entre la 1 y las 2 de la mañana, y se llama “*Sottovoce*” dirigido por Gigi Marzullo (“*Buona notte, buona notte*”).

Una noche por casualidad prendo este bendito objeto casi cuadrado, del cual todos estamos tan acostumbrados y prácticamente no notamos su presencia (nunca antes había visto este programa y nunca después lo vi) y me encuentro una nota con Luciano, en vivo y en directo.

Cada palabra que expresaba mi querido ingeniero – filósofo – escritor era como si su pensamiento y el mío fuesen conectados.

Luciano escribe en la premisa de su libro *El tiempo y la felicidad*: (creo que lo haya interpretado de San Agustín) que “el pasado, el presente y el futuro no existen. El *tiempo* es el presente, o sea, aquel breve instante que separa el pasado del futuro. Pero si el pasado ya no existe más y el futuro no ha llegado aún, el *tiempo*, en cuanto separación entre dos entidades que no existen, como hace para existir?”

Lo mismo se puede decir de la felicidad. Ser felices quiere decir contentos del presente”.

Todos, al menos de palabra, están convencidos de haber sido felices en el pasado y también todos esperan ser felices en el

futuro, pero cuando se trata de reconocer que se es feliz justamente en el momento en el cual se nos propone la pregunta, digamos la verdad, no todos logran el objetivo.

No existe el pasado, existe sólo el presente del pasado, que luego se lo llama *memoria*. No existe el futuro, existe sólo el presente del futuro, que luego se lo llama *esperanza*. El único a advertir cualquier posibilidad de existir podría ser el presente, o mejor dicho, el presente del presente, que luego, en ultima instancia, seria la *intuición*.

Cierto es que aquí no se hace en tiempo de pensar una cosa que esta sucediendo que esa cosa ha ya sucedido. Poder darse cuenta de esto es ya algo importante.

“Entender el *tiempo* equivale a entender la vida, y de consecuencia también la felicidad”.

Luego de *conocer* a Luciano De Crescenzo inicio una *relación* cada vez mas estrecha con el ingeniero (siempre y por ahora unilateral y platónica), aunque a él todavía no se lo comente.

Me conecte inmediatamente con una librería virtual en internet y solicité un envío veloz de algunos de sus libros editados por la *Mondadori*.

Inicio leyendo *Ordine e Disordine*, publicado en el año 1996; luego continuo con *Il tempo e la felicità*, publicado en el año 1998; *Tale e Quale*, publicado en el año 2001; *La Distrazione*, publicado en el año 2000; *Il dubbio*, publicado en el año 1992, *Oi dialoghi*, publicado en el año 1985.

Un día entro en la realidad que he terminado los libros que tenía para leer de Luciano y comienzo a buscar una librería para poder comprar otros temas. Encuentro una cercana a mi casa, en Frascati y compro solamente *Zio Cardellino*, publicado en el año 1981, puesto que los demás libros que tenia esta librería ya los había leído.

Afortunadamente inauguran un nuevo centro comercial relativamente cerca de casa, Aprilia 2, donde existe una librería

muy interesante y completa, con divisiones temáticas y por editoriales. Compró otros siete libros de Luciano. Su Biografía *Vita di Luciano De Crescenzo scritta da lui medesimo*, publicado en el año 1989; *Croce e delizia*, publicado en el año 1993; *Storia della filosofia medioevale*, publicado en el año 2002; *Sócrates*, publicado en el año 1993; *Panta rei*, publicado en el año 1994; *Le donne sono diverse*, publicado en el año 1999 y *Così parlò Bellavista*, publicado en el año 1977, este último fue su primer libro.

Luciano responde a la pregunta sobre el significado de la filosofía en modo inteligente, porque mal o bien, todos desde que tenemos uso de razón, sabemos que esta sería la forma ideal de trascurrir nuestros días, y decimos que habría que tomarse la vida con “filosofía”.

De modo que responde: “La filosofía es la capacidad de medir las cosas de la vida con el metro de la muerte. Significa que si yo en este momento salgo de casa y me encuentro con que me robaron el auto, naturalmente que me va a fastidiar, pero si automáticamente mido este insuceso de la vida con el metro de la muerte digo, muy bien, esto es una ridiculez.”

La filosofía nos ayuda a vivir. Hay alguien que dijo que en cierta medida somos todos filósofos, porque ya el haber hecho una elección de vida quiere decir hacer filosofía.

Uno que dice que en la vida su mayor ambición es hacer la mayor cantidad de dinero posible, tener una empresa prospera y piensa permanentemente en el dinero, aún así también es un filósofo, porque ha hecho una elección de vida.

Cierto, también se puede decir que es mas filosofo aquel que le da la justa medida a las cosas.

Están también las cosas que atraen mucho, por ejemplo para Freud (Freiberg, 1856 d.e.c.) la cosa mas atrayente era el eros; para Adler (Viena, 1870 d.e.c.) es el poder la cosa que atrae más; para Hegel (Stuttgart, 1770 d.e.c.) es la prueba de vivir, es

como si cada uno de nosotros tuviera la duda de vivir, y en el momento en que se obtiene una cosa es una demostración de existencia, y es sentimiento y sensación de decir: ah! entonces existo; esa es la cosa mas atrayente. Cada uno vive para obtener un objetivo.

Que espectacular es encontrarnos con una persona capaz de desarrollar una mente *dudosa*, una persona que duda con racionalidad, con mucho sentido común y con una gotita de sabiduría y elegancia.

Luciano dice que “*la filosofía es la elección de la duda*”. Entonces, “*la teología es la elección de la no duda*”. No pueden coexistir, si uno prefiere la teología, quiere decir que se ha un poco alejado de la filosofía.

“La duda es una actividad mejor que la fe. Porque respecto a uno que tiene la fe en D’os, yo que en cambio tengo la duda, estoy mucho más cerca a D’os que el que tiene la fe. El se ha puesto la pregunta en algún momento de su vida, probablemente cuando era joven y luego no se la ha propuesto nunca más, vive con fe. Pero vive casi alejado de D’os. Yo en cambio, vivo constantemente con la duda y permanentemente me pregunto si existe o si no existe, porque tengo miedo.”

Y la respuesta más difícil de encarar es sin duda la de *cómo imaginarse el después*, o el *inicio de la muerte*, a lo cual Luciano comenta: “¿Como me lo imagino este después?. Eh! Difícil, pero pruebo a pensarlo. Se necesita entender qué cosa es el tiempo. Si nosotros estamos hablando por un periodo de diez minutos, entonces estamos en cuatro dimensiones, tres dimensiones que es el espacio más una cuarta dimensión que son los diez minutos. Pero en el mas allá, ¿quien dijo que hay cuatro dimensiones? En el más allá podrían haber dieciocho dimensiones, veintisiete dimensiones, y no tener el *tiempo*.”

Entonces no es una cosa que viene después y dura para la eternidad. Basta estudiar a Einstein para saber que el *tiempo* pasa en modo diverso. Pasa de un lugar al otro del universo.

Entonces, cual es el *tiempo* verdadero, aquel que nosotros vivimos en la tierra o aquel que viven los extraterrestres en la galaxia de Andrómeda donde el tiempo pasa tres veces más lento que en la superficie de la tierra? No hay un *tiempo* fijo para todos. El *tiempo* depende de la velocidad con la cual nosotros nos trasladamos en el universo.”

El Tiempo y la muerte (así chiquito, a propósito)

Escribe Luciano.

Si hay una cosa segura en este mundo es que debemos morir todos, del primero al último, no sabemos cómo y no sabemos cuando, pero debemos morir. Yo no tengo miedo de la muerte... al limite me fastidia. Tengo miedo, en cambio, como todos me imagino, del dolor. Mientras que el extremo saludo sea como un apagarse de la luz, me cae todavía bastante bien: que venga cuando quiera. Si hay algo seguro con la muerte es que no hace mal.

He visto tantas personas morir y no he visto jamás ninguna gritar de dolor. Cada vez que he tenido esta desdicha me pareció que el muriente se fuera solamente adormentado. Cuando se nace, en cambio, es toda otra historia: el neonato llora hasta hasta el agotamiento, y no se puede hacer otra cosa que preguntarse el porque de tanta desesperación. Parece casi que supiera con anticipación todo aquello que le debería suceder en la vida. En suma, nos guste o no nos guste, es así que están las cosas.

La perspectiva de transformarse en una ruina humana me aterroriza todavía mucho más que la idea de la muerte. Del mas allá, después de todo, no se sabe nada. Habrá o no habrá una vida eterna ha sido siempre un misterio. La única certeza que tenemos es que nos espera un agujero, además también estrecho, y algunos millones de gusanos che nos devoraran...

Las cartas, el deporte, los crucigramas, la música, y todas las correspondientes variantes non por casualidad vienen llamadas “pasatiempos”. Sirven justamente a hacer pasar el tiempo, en lugar donde, al contrario, deberíamos hacer de todo para pararlo.

La vida, decía Oscar Wilde (Dublín, 1854 d.e.c.), “es todo aquello que sucede mientras nosotros hablamos de otras cosas”. Ella, en tanto, la señora muerte, también en este momento nos esta observando. “Si, si” dice, “mis lindos muchachitos, hablen, hablen, distraiganse también, total esta el *tiempo* que trabaja para mi”. Y aquí aparece entonces el *tiempo*.

Lo importante es sentirse ocupados en modo de no tener el *tiempo* de pensar. Para no pensar al destino que nos espera, mi alma debe estar ocupada de un gran deseo, debe tener un pensamiento dominante cada vez que se va a dormir y un pensamiento dominante cada vez que se despierta.

Los tres maestros en materia del Tiempo

Escribe Luciano.

En materia de *tiempo* he tenido tres grandes maestros, son precisamente:

Albert Einstein, Henri Bergson y Attilio Caputo. Este ultimo custodie di Vía Orazio, 14 y nacido en Napoli en la primera mitad del novecientos y todavía viviente.

Para Einstein las agujas de un reloj van más o menos veloces a según como el propietario del reloj se traslada en el universo: cuanto más este viaja velozmente más velozmente su reloj tiende a enlentecerse. Una vez lograda la velocidad de la luz, el reloj se para del todo.

Henri Bergson afirma que el *tiempo* pasa más o menos veloz a según de los estados de ánimo que estamos viviendo. Esta así

convencido de esto último, que al final, en lugar de llamarlo *tiempo*, lo llama *duración*.

Atilio Caputo, de profesión portero de edificio, un día comenta en una reunión de condominio que se estaba desarrollando en el hall del edificio donde desde hace poco tiempo se encuentran las oficinas de la IBM, y que trataba el tema de las quejas de los empleados porque una oficina de esta categoría no puede compartir la estructura física con un edificio de viviendas, ya que las esperas del único ascensor existente se hacen muy largas y la empresa pierde rentabilidad, mientras se trata el tema de la construcción de un segundo ascensor externo al edificio y que transporte a los empleados directamente a los pisos donde se desarrollan las actividades de la empresa: “Ingeniero, yo tendría una idea! En lugar de gastar todos estos miles de dolares para construir un segundo ascensor, Uds. con 500 dolares, o al máximo 600, solucionarían totalmente todos los problemas. Se compran dos hermosos espejos, uno me lo colocan en la planta baja y uno al quinto piso. De esta manera vuestros empleados se miran, se acomodan el cabello, el tiempo pasa, se vuelven a peinar otro poquito, se acomodan el nudo de la corbata y llega el ascensor. Así seguramente ninguno protesta”.

El sueño de la habitación del tiempo paralizado

Escribe Luciano.

Veamos que sucede si existiera una habitación oculta, extraña a todos, una habitación donde se accede a través de una puerta que esta oculta por un armario que no se mueve hace muchísimos años, una habitación desconocida. Un día alguien se ocupa de mover este armario, casi por obra y gracia de la casualidad y ¿Qué encuentra? Encuentra una puerta. Entra tímidamente a esta enigmática habitación equipada solamente con una silla muy cómoda, que se encuentra al centro de la

sala. Una vez adentro, se da cuenta que es un espacio, único en el mundo, donde el tiempo no pasa.

Pero, ¿qué se puede hacer en un espacio donde el tiempo no pasa? Y la respuesta no fue para nada feliz. La primera cosa que me viene a la mente, dice Luciano, fue aquella de encerrarme por mil años, hasta el 3004, de modo de descubrir todo aquello que hubiera sido inventado en el tercer milenio.

La otra opción, sería aquella de vivir eternamente sin salir nunca jamás, ni siquiera una sola vez. Imagínense que aburrimiento!

Al final redimensione toda la situación y pensé en no salir sólo por un año.

Pero, ¿qué sentido tendría permanecer encerrado aquí dentro un año sabiendo que después también en el exterior el tiempo no hubiera pasado? De todas formas quise probar igualmente y me decidí por un alejamiento de breve duración.

Si es verdad que el tiempo pasa más o menos veloz a según de los estados de ánimo, como decía Bergson, es de todas formas verdad que los estados de ánimo se transforman en más o menos importantes a según del tiempo que han durado.

Entre estas dos afirmaciones: “*soy así como soy gracias al tiempo que ha pasado*” y “*el tiempo pasa porque he hecho de todo para hacerlo pasar*” prefiero largamente la primera. No hay nada al mundo, en efecto, más precioso del tiempo.

El tiempo modifica nuestros intereses

Escribimos Luciano y yo.

Veamos ahora como el tiempo modifica nuestros intereses y comenzamos con la relación hombre – mujer. Cuatro son los aspectos a tomar en consideración y precisamente: el enamoramiento, el erotismo, la convivencia y el quererse bien

(quererse bien es la traducción exacta – palabra por palabra – del idioma italiano, donde el significado en idioma castellano es quererse mucho, pero la acepción “*quererse bien*” tiene una gran diferencia con el “*quererse mucho*” puesto que mucho esta relacionado con la cantidad y bien esta relacionado con la calidad). Esta explicación se la debo a mi amigo Angelo de Velletri (Roma).

El enamoramiento viene también llamado “*golpe fulminante*”. El problema es que se desvanece sólo en uno de los dos integrantes de la pareja, dejando al otro en la tristeza más absoluta. En los tiempos de César, en cambio, desde el momento que la vida duraba veinticuatro años como promedio, no era para nada difícil decirle a una novia: “*Te amare para toda la vida!*”.

El erotismo entonces, es inútil precisarlo, dura todavía menos. *Eros* quiere decir entrar en un lugar misterioso y descubrir poco a poco las propias emociones y también las del otro. Atención, a no confundir el sexo con el erotismo: el primero se practica con la propia consorte, el segundo con la amante ocasional; y es siempre el tiempo, con el metro de la monotonía, a distinguir uno del otro.

La convivencia, también llamada la tumba del amor, es aquella que menos de todas soporta la continuidad. Una vez terminado el periodo del enamoramiento, se transforma en una especie de prisión.

Gracias a D’os existe el quererse bien, el único sentimiento humano que se beneficia con el pasar del tiempo. Cuanto más pasan los años más crece el afecto entre dos seres humanos, lentamente quizás, pero crece.

Agotado el tema de la relación hombre – mujer, pasamos al arte y vemos como el tiempo lo condiciona. Desde el punto de vista de quien lo produce no se necesita un tiempo muy largo:

nace da la inspiración que en la mayor parte de los casos es casi una dote instantánea. Vista en cambio de la parte del consumidor, necesita un poco de tiempo para hacerse apreciar.

Pensándolo bien, en efecto, nuestra vida es demasiado corta para poder ver todo lo que hay para ver y para poder leer todo lo que hay para leer.

El tiempo y la velocidad

Cuando uno es joven parece que el tiempo no pasara nunca. Ahora, en cambio, cuando uno supera una cierta edad (depende de cada uno cuál es esta cierta edad), no alcanza el tiempo para decir Feliz Navidad que ya se debe decir Felices Pascuas. A este punto, me viene una duda: “Será solo una impresión mía o el tiempo pasa verdaderamente más rápido?”

Todo depende de la relación existente entre tiempo y velocidad visiva. Es nuestra velocidad visiva quien mide el pasar del tiempo.

Por ejemplo, el mundo visto desde una mosca es completamente dimensionado con otra velocidad visiva: O sea, yo soy una mosca y me encuentro ubicada sobre el muro de casa cuando veo un grandullón que me quiere aplastar con un periódico.

Esta situación no es que me espaventa tanto porque, yo que soy una mosca y poseo una velocidad visiva tan alta, muchísimo más alta que aquella que puede poseer una persona, veo todo en cámara lenta.

Tengo, entonces, todo el tiempo que quiero para escapar, y quizás, también para avisarle a una colega distraída que tengo cerca. Así, más o menos, es como sería el dialogo:

“Cuidado que esta llegando un periódico!”, le digo a la otra mosca.

“Un periódico! ¿Qué periódico?”, pregunta ella, para nada impresionada.

“Creo que es La Republica”.

“Uy no!, La Republica no!”, exclama mi colega.

“Yo, para decirte la verdad, prefiero mil veces El País, lo encuentro menos politizado”.

“Sí, de acuerdo” insisto yo, “pero ahora no podemos ponernos a perder tiempo: vayámonos un poco más alto”.

“No, mas alto no, hemos estado ayer. Probemos más bien a ir al muro de enfrente. Me dicen que ahí se pasa muy bien”.

Y volamos hacia el muro de enfrente.

Una mosca vive sólo treinta días, pero desde el momento que ve todo a través de la cámara lenta, tendrá la impresión de vivir muchísimo.

El ruido del tiempo que pasa

Escribe Luciano.

El, quiero decir el *tiempo*, es así: esta habituado a caminar en puntitas de pie justamente para no ser escuchado ni visto. Y bien, si sólo pudiera hablarle le pediría que se detuviera, es más, le pediría de ir hacia atrás. Le diría “*tiempo* mío querido, ya van cinco mil millones de años, minuto más, minuto menos, que vas para adelante siempre, en la misma dirección. ¿Por qué no te detienes? ¿Por qué no te sentás? Quizás solamente para descansar un ratito. Y si hay un episodio de nuestro pasado que te ha gustado de modo particular. ¿Por qué no volvemos a revivirlo juntos?”

El tiempo esta estrechamente vinculado al pensamiento: cuando menos se piensa más pasa en silencio.

Las preguntas fundamentales de la vida son dos: dónde estaba “*antes*” y dónde iré “*después*”. Las comillas están puestas para

indicar que estas dos palabritas, “antes” y “después”, tienen algo que ver con el tiempo. Entenderlas quiere decir entender qué cosa es la vida. Entender si también en el más allá estará el *tiempo* es un hecho fundamental. En el caso que así no fuera, sería un verdadero problema!!!

La posibilidad de revivir un período a elección de nuestra propia vida, eso si que sería “*El Paraíso!*”

“Elija el año que quiera me diría San Pedro, y nosotros haremos de todo para hacérselo revivir. Pero piénselo bien antes de pronunciarse, porque no se puede cambiar”.

Panta rei - Heraclito

La armonía que proviene desde un extremo se comunica con el otro extremo, y así sucede en la vida cuando, entre un nacimiento y una muerte, se generan armonías.

Días y años no hacen diferencia si se los confronta con milenios. Todos debemos morir.

Sin el agudo y el grave no existiría la armonía!

Sin el masculino y el femenino no existirían los hombres, así como no existirían los animales!

No es posible transcurrir días agradables si no se viven también aquellos tristes, así como no es posible apreciar la felicidad sin tener idea, al menos aproximada, de la infelicidad. Lo mismo sirve para el placer en relación al dolor, y para la risa en relación al llanto.

La palabra cosa no es solamente anagrama de caos, sino también de caso (casualidad), puesto que es el caso a hacer que el caos se transforme en cosa, para después volver nuevamente a ser caos.

La naturaleza no esta quieta un segundo: fluye continuamente bajo el empuje de los contrastes. También aquellas cosas que a

primera vista parecen inmóviles, haciendo un exámen más exhausto se revelan en movimiento: una campana de hierro se oxida, un muelle se corroe, un árbol crece, un cuerpo envejece...”panta rei”, todo transcurre:

”En los mismos ríos entramos y no entramos, estamos y no estamos”.

”Yo mismo cambio en el instante en el cual digo que las cosas cambian”.

”De mortal vivo mi muerte, y de inmortal asisto a la muerte del mortal”.

”Las cosas frías se calientan, aquellas calientes se enfrían, aquellas secas se transforman en húmedas y aquellas húmedas se secan”, decía Lao-Tse en *scolii sull’esegesi dell’Illiada*; y yo agregaría: ”con el tiempo también lo lindo se transforma en menos lindo y lo feo en menos feo. Belleza y fealdad, en efecto, son características de los primeros encuentros”. Como decir que todo se degenera, quizás de la nada, de una célula solamente, pero degenera. Símbolo del devenir es el fuego que esta a la base de cada cambio.

Algunas máximas de Lao-Tse y de Heráclito parecieran nacer de la misma mente, y sin embargo es para excluir que ellos se hayan conocido.

Lao-Tse: “En tanto podemos decir que una cosa es linda, en cuanto tenemos la idea de que cosa sea una cosa fea, y lo mismo se diga del bien y el mal”.

Heráclito: “¿No es quizás la enfermedad que hace buena la salud? ¿No es quizás el hambre que gratifica la saciedad? ¿No es quizás el trabajo que hace deseable el reposo?”

Lao-Tse: “Aquello que esta tortuoso se hace recto, aquello que esta vacío se llena, aquello que esta consumado se hace nuevo”.

Heráclito: “El camino hacia arriba y hacia abajo es uno sólo, y es siempre el mismo”.

Cosmos quiere decir orden, y caos quiere decir desorden. Cada uno tiene origen en el otro y viceversa. La vida del Universo es aquel breve lapso de tiempo que pasa entre dos caos consecutivos.

Seguramente Heráclito concebía el *logos* como un árbitro de fútbol, capaz de regular la lucha entre los opuestos.

¿Sabio se nace o se hace? ”A cada persona le viene dada la oportunidad de vivir con sabiduría, porque para todos es posible pensar; pero no todos son inteligentes para aprovechar. Algunos, por ejemplo caminando, se olvidan hacia donde los lleva el camino”.

Heráclito ve el disco del sol salir del agua, bello e invencible, ni siquiera mojado. “Es el símbolo” dice, “del absoluto predominio del fuego”. ¿Existe D’os? ”Si existe, es como el fuego, es más, es el Fuego”. ¿Y aquello que sucede es debido a su voluntad o a la casualidad? ”D’os y la casualidad son la misma persona. Rezar es absolutamente inútil: aquello que debe venir ya vino, y fue establecido una vez para siempre por el fuego.”

Esto lo entiendo, pero los destinos: ¿D’os los ha establecido o los ha sorteado? ”Primero los ha establecido, y luego, en un segundo momento, sorteado”.

Me recuerda una frase de Anatole France (Paris, 1944 d.e.c.): “La casualidad es el seudónimo elegido por D’os cuando no quiere firmar en persona”.

”No hay que olvidarse que la guerra es común a todas las cosas, que la justicia viene luego de la lucha, que todo sucede según disputa y necesidad”. *Orígenes, Contro Celso, 6, 42.*

El común de los mortales si no se agitan no se divierten. Para ellos, la guerra, entendida como lucha para alcanzar un objetivo, es la razón de la vida.

Los seres superiores, en cambio, se diferencian por la capacidad de saber vivir el *ocio* quedándose inmóviles. Los Griegos y los Romanos había asimilado este concepto, al punto de adjudicar el *otium* como una de las manifestaciones del alma humana.

Si no hay suspenso el espectador se aburre.

”Inmortales, mortales, mortales inmortales, vivientes la muerte de aquellos, murientes la vida de estos”. *Hipólito, Confutaciones, 9, 10, 6*

Aunque siendo mortales, gracias a la cultura, tenemos la posibilidad de conocer, y entonces de revivir las vidas de aquellos que nos han precedido, así como podremos continuar en aquellos que nos seguirán.

”En el circulo se concadenan el principio y el final”. *Porfirio, Cuastiones Omericas, IIáda.*

Todos nos hemos preguntado, al menos una vez en la vida, como esta hecho el universo: ¿Es finito o infinito? Y bien, al decir de los científicos, este mundo nuestro sería finito y curvo; se parecería a una pelota a cuatro dimensiones transitable infinitas veces. Einstein, para agregar un toque de espectacularidad, precisaba que un hombre con buena vista, mirando por encima de sí mismo, y enfocando la vista, podría verse su propia nuca.

Entonces, si el Universo es finito: ¿Qué encontramos mas allá de las fronteras? La eternidad.

¿Y de qué esta hecha la eternidad? Es una especie de grande salón sin dimensiones y sin tiempo.

¿Y qué se hace en la eternidad para pasar el tiempo? No se hace absolutamente nada.

¿Y no es muy aburrido? No, porque no se tiene nunca tiempo.

”El camino que sube es el mismo que el camino que baja”.
Hipólito, Confutaciones, 9, 10, 4.

Para el que viaja entre las galaxias, en efecto, no sólo no existe un arriba y un abajo, sino que ni siquiera una duración de tiempo sobre el cual referirse. Un año vivido sobre la Tierra, por ejemplo, no coincide con un año de vacaciones transcurrido en las constelaciones de Andrómeda. Es difícil admitirlo, pero nuestro Universo no posee un Polo Norte y un Polo Sur, y sobretodo no tiene un centro donde poderse dar una cita.

“En los mismos ríos entramos y no entramos, somos y no somos”. *Heráclito, Cuestiones Omericas, 24.*

”A aquellos que entran en los ríos, continúan a correrle aguas diferentes”. *Ario Didimo, Preparación Evangélica, 15, 20, 2.*

En los tiempos de Heráclito eran los ríos a representar el devenir, hoy es la televisión. Todo aquello que pasa por la televisión no deja huella. Treinta años atrás los artistas de la televisión eran famosos, hoy los jóvenes no los conocen. A diferencia del cine y de la literatura, la televisión no tiene posteridad, es un libro que viene escrito, día a día, sobre la arena.

Sócrates

Luciano afirma en el prólogo de su libro “salúdame a Sócrates”, no! Perdón: Sócrates solamente. Sócrates no es sólo un filósofo griego que vivió hace dos mil cuatrocientos años, sino que es un modo de entender la vida (socrático). En él no existen las tensiones del hombre común, motivadas por la búsqueda del poder, del dinero y del suceso. En Sócrates predominan las ganas de saber, de colocar siempre en discusión

aquello que ya conoce, de entender donde es que se esconde el bien. El conocimiento, en síntesis, elevado a razón de vida.

Si los hombres descubrieran el placer de conocerse hasta consigo mismo, todo el mundo se modificaría inmediatamente. Sócrates era de buen animo, tenaz, inteligente, irónico, tolerante y al mismo tiempo, inflexible. De vez en cuando, sobre la tierra, nacen hombres de este calibre, hombres sin los cuales todos nosotros seríamos diferente: pienso a *Jesús*, a *Gandhi*, a *Buddha*, a *Lao Tse* y a *San Francisco*. Aunque, hay algo que distingue a Sócrates de todos los otros, y es su normalidad de hombre.

El alma del hombre tiene necesidad de nutrirse de esperanza, así como el estomago tiene necesidad de comida. La vida, en cambio, muchas veces es amarga y no concede fugas a los deseos de los mortales.

Algunas verdades no tienen alternativas: todos debemos morir, el que es feo no podrá nunca ser bello, quien es viejo no podrá jamás transformarse en joven y quien vive una vida opaca y sin entusiasmos sabe que muy difícilmente lograra cambiarla. ¿Y entonces qué se puede hacer? No queda otra alternativa que refugiarse en el misterio, evadirse en lo trascendental.

Y florecen así de todas partes las fábulas, los mitos, los extraterrestres, los horóscopos, las drogas y los extremistas políticos. Apenas nace la demanda sobre el mercado, inmediatamente aparece la oferta: aparecen como hongos los aprovechadores de las angustias ajenas, los adivinos, los vendedores de drogas y los vendedores de billetes de lotería.

Un día Sócrates dijo: “Todo aquello que debía ser inventado lo hemos ya inventado” y esto lo afirmo en el siglo IV antes de Cristo:

”¿Y la televisión, y el teléfono, y el automóvil, y el avión, y la computadora, quien los ha inventado? Nosotros, si me permitís: nosotros los hombres del siglo XX!” contestaría yo.

Pero él respondería: “¿Y que creés de haber inventado? Has inventado las prolongaciones, las extensiones! Y sí, porque la televisión es una prolongación de la vista, el teléfono una prolongación de los oídos, el automóvil una prolongación de las piernas. Pero el hombre...el hombre con sus misterios de la vida y de la muerte, aquello era y aquello se mantiene! Y sobre el hombre todo aquello que había para decir lo hemos dicho nosotros los griegos, la belleza de veinticuatro siglos atrás!”

Copiando Luciano

Me siento muy identificado con Luciano cuando dice que pretende ser como las escaleritas de tres peldaños que están siempre en las bibliotecas y sirven para alcanzar los libros que están en las estanterías más altas, o sea, una herramienta para acceder a ellos de la manera más fácil posible.

Panta Rei, todo transcurre, y con este todo también la vida: son las voces e imágenes que vienen del pasado, se mezclan, se confunden.

Con un poco de paciencia, una a la vez y lograran aparecer:

Hola Lela!... El abuelo José. Las historias del abuelo Nito. Las historias de la abuela María. Mamá que llora, Mamá que ríe. Papá que viaja. Estudiantes de la Plata. El Jardín de infantes. El abuelo esta mal. El funeral del abuelo. Feliz cumpleaños: que los cumplas feliz...que los cumplas feliz... Escuela Normal Nacional N° 2 Dardo Rocha La Plata. Carlitos Balà (¿qué gusto tiene la sal? Salado). El Itaipark. Los domingos de Buenos Aires. Feliz cumpleaños: que los cumplas feliz...que los cumplas feliz...Los compañeros de escuela: Bellini, Chama, Chamorro, Figueroa, Haboba, Pablo S., Silva, el gordo Germán. Feliz cumpleaños: que los cumplas feliz...que los

cumplas feliz...Yo que crecí con Videla!!! El depto de diagonal 78. El depto de 48 y 8. Veinticinco millones de argentinos jugaremos el mundial; mundiallll la justa deportiva sin igual. Argentina Campeón del Mundo ('78). Pasarella, Fillol, Olguín (alegre), Pernía (triste). La quinta de City Bell. Las salidas a correr con Papá hasta el club hípico. El loco Olmedo. El gordo Porcel. Operación ja ja. El depto de 56. Siempre la Lela!!! Te quiero Lela.. El sacrificio de Mamá. Te quiero Mamá. Feliz cumpleaños: que los cumplas feliz...que los cumplas feliz...Madrid. El metro, la línea 5. Uninsa. Casa de campo. Felipe el mendocino. Carabanchel, calle la laguna 85. Feliz cumpleaños: que los cumplas feliz...que los cumplas feliz.... Panamá. El depto de la Av Argentina. El agua. El timbal de arroz. El aire acondicionado. El Buick. Feliz cumpleaños: que los cumplas feliz...que los cumplas feliz....San José de Costa Rica. Liceo Weisman. Los compañeros de liceo: Saul, Sydney, Luis S. La combi. Barrio México. Feliz cumpleaños: que los cumplas feliz...que los cumplas feliz....Liceo de la Salle tan querido. Los compañeros del otro liceo: Manolo, Marcelo, Vanessa, Beverly, Adriana. El jeep amarillo. Escazu, el Yaohan. El primer amor! ¿Cómo te llamas? Ana Cristina. Te quiero mucho. No me engañes. Feliz cumpleaños: que los cumplas feliz...que los cumplas feliz.....Montevideo. Hotel Balfer. Peñarol. El estadio Centenario. La rambla. Barreiro y 26. El liceo Iudep. Argentina campeón del mundo ('86). Maradona. Bilardo. El doctor Alfredo. Los amigos de verdad. El tenis. El Lawn club. Feliz cumpleaños: que los cumplas feliz...que los cumplas feliz..... Mi primer gran amor! ¿Cómo te llamas? Gabriela. ¿Dónde vivís? En la Rambla y Buxareo. Estoy en auto, ¿Querés que te lleve? No gracias, yo también estoy en auto. Te quiero mucho. No me engañes. El opel rekord. El fitito compartido. La rambla Republica del Perú. La facultad de Arquitectura. Los croquis al aire libre. Siempre la rambla!

Feliz cumpleaños: que los cumplas feliz...que los cumplas feliz..... Los miercolinos. Historia del arte. Gaby. Punta del Este. El amor con alegría. El chevette diesel. Los viajes dentro del Uruguay. Los viajes a Brasil. Los viajes a Argentina. Las obras. Los edificios. El ing. Alejandro L. El peugeot 309. El título de Arquitecto. Feliz cumpleaños: que los cumplas feliz...que los cumplas feliz.....Cesar y Laura. Feliz cumpleaños: que los cumplas feliz...que los cumplas feliz.. El grupo de viaje. Santo remedio. No me gustan más las uñas. La Florida, Costa Rica, Yucatan, México, El este, Chicago, El Oeste, Europa, Rusia, India, Israel, Canadá. Feliz cumpleaños: que los cumplas feliz...que los cumplas feliz.....Mas amigos: Alvaro S., Kiko. ¿Querés vivir juntos? Nos casamos. Lorenzo Pérez. El estudio de Paraguay y la rambla, que panorama!!! El corsa. El crucero por el Caribe, navidad en New York. Como poder olvidarme! Cuando el doctor dijo señor: lo felicito es un varón! Arrorro mi niño arrorro mi sol! Gastón!. Feliz cumpleaños: que los cumplas feliz...que los cumplas feliz...Arboleda de Carrasco.. Appcu. Los negocios. Las obras. Los clientes. El fiat uno. El estudio de Podesta y Bolivia. Nuevamente el lawn. Grupo Panasur. Decatalogo. El ford escort diesel. Me parece en un 80% que es una nena, el pito no lo veo! Arrorro mi niña arrorro mi sol! Carolina Sarah! Parque Miramar. El estudio de Rostand, atrás del Hotel Carrasco. House Up. Feliz cumpleaños: que los cumplas feliz...que los cumplas feliz...Italia. Roma. Velletri. Castelli Romani. Lago de Castelgandolfo. La selvotta. Vía di Paganico,14. El opel vectra sw diesel. La inmobiliaria La Torre. El fiat punto. El proyecto de la Meccano Aeronautica, ex Good Year. La Construcción. La dependencia. Torino. Savigliano. Alba y la casa blu. Albano laziale. Estudio Técnico Inmobiliaria Panasur. Luciano De Crescenzo. La filosofía. El doctor Angelo. Ariccia, Largo Savelli. Emprendimientos en Italia. La vida. Se cae el primer diente de Gastón. La lectura.

La escritura. Mis treinta y cinco. El tiempo... ¿Qué es el tiempo? ¿Existe? Si, estoy convencido. ¿Existe D'os? Si, estoy convencido...La lela que se me duerme...la vida que sigue...

El tiempo me quita las células, me roba una neurona, me esclerotiza una vena, me blanquea un pelo. Segundo tras segundo mi cuerpo cambia. En suma, todo transcurre. Panta rei.

XII

Es-Cena de miércoles

“Si el tiempo es lo más caro,
la pérdida de tiempo es el mayor de los derroches”

Benjamín Franklin (Boston, 1706 d.e.c.)

“Grande muchachos!!! Hoy si que los quiero hablando solamente del tiempo”, dice Omar con un cierto tono de burla, con una sonrisita particular en el rostro.

”¿Por qué?” Pregunta Pablo haciéndose el serio. “Hace ya como un mes que no podemos hablar de otra cosa. Estamos completamente absorbidos en este tema”.

”Sumergidos”, dice el Toto.

”Bueno, quien empieza”, dicen al unísono Valner y el Pollo. Cuando inmediatamente todos los ojos se clavan en Pelusa, quien dice: “¿Con qué quieren empezar la reflexión de la noche?”

Mientras toma un pedacito de choricito cortado en rodajas, le saca toda la miga al trozo de pan (sólo le gusta la cascara), mastica y traga, se genera un verdadero clima de misticismo, de intriga.

“El ser humano en la antigüedad medía el tiempo basándose sobre el tiempo de los dioses, por ejemplo, mirando las estrellas. El eterno, en la historia del pensamiento filosófico, es la eternidad de un patrón, de un señor que domina el devenir temporal del mundo, o sea, el tiempo.

El cristianismo hereda esta forma de entender el cuadro general de la existencia. Abajo esta el dominado, nuestro mundo que va y viene, nosotros, los afectos; arriba se coloca el eterno. Nuestro mundo, por lo tanto, es siervo de D'os. El D'os es la figura esencial del eterno, de la historia del pensamiento occidental. Hay un D'os que domina, y una región dominada”, termina así su introducción Pelusa.

“Ahora si que prendió la vacuna!” dice el Pollo.

Valner toma fuerzas de su inspiración y dice: “La experiencia de todas las cosas equivale a las cosas que nos aparecen. La experiencia, aunque si nos muestra los horrores de la agonía y de aquello que definimos muerte, no nos dice nada en cuanto al ser, que muriendo, propio por que se piensa que se aniquila, sale de la experiencia y no es más visible. La suerte del ser, del punto de vista de la observabilidad de las cosas, resta una incógnita. La misma cosa se puede decir del sol, cuando tramonta y sale de la visibilidad. La muerte no es una objeción contra el absurdo de la eternidad del ser, sino una propia interpretación. Resta por ver que es de aquello que va a la nada. En propósito no es más la experiencia a ser llamada en causa, en cuanto la experiencia cesa.”

“¿Si nos referimos a un ser que es eterno, se puede hablar de su pasado, de su presente y de su futuro?”, pregunta entusiasmado el Peta.

“El morir del hombre y de las cosas es también un salir de la experiencia”, contesta Pelusa. “Estamos en un terreno especulativo que ve en la muerte el aniquilamiento y en el tiempo el pasar de las cosas. El hombre cree de ver aquello que en cambio no se deja ver. La afirmación de la eternidad del ser es entonces la negación del aniquilamiento. Se niega sobre todo diciendo que eso es algo que no aparece”.

”¿En lugar de aniquilamiento se podría hablar de cambio, entre el pasado, presente y futuro?”, continúa preguntando el Peta. ”El cambio es siempre la adquisición de una forma nueva que antes era nada”, responde Pelusa. “Si la forma nueva, adquirida en el cambio, hubiera existido antes, no sería ningún cambio. El aniquilamiento, presente en la muerte y en todas las formas del devenir, es también un cambio”.

”No se debe abandonar el aparecer de las cosas. Esta tesis es sin embargo, ensombrecida por la Teoría de la Relatividad”, dice Valner.

”¿A dónde va el instante que ha ya pasado?” pregunta el Toto.

”Porque todo es eterno, aquello que es olvidado, no aparente, es”

”La nada es sólo nada, o sea, este instante es un no nada. Como es imposible un tiempo en el cual un círculo sea un cuadrado, así también es imposible un tiempo en el cual el ser sea nada” responde Pelusa. “Además, afirmar que con la muerte se va en la nada, significa pensar un tiempo en el cual el no nada es nada. Según la Teoría de la Relatividad, los tiempos futuros y pasados son reales como el tiempo presente. El futuro es un no todavía, el pasado es un no más”.

”¿Puedo participar desde otro punto de vista?”, pregunta el Pollo.

“Claro, porque no, al fin y al cabo vos siempre escuchas y nunca hablas”. Dale, te damos permiso.

“Pienso que la historia es el progresivo aparecer de los eternos. Primero estaba el eterno, constituido por esta sala sin nosotros. Después se hizo el eterno con alguno de nosotros.

Seguidamente apareció el eterno constituido por nuestro primer encuentro. O sea, estuvo este preciso instante y seguidamente estarán todos los instantes que seguirán. Los instantes del

mundo existen. Cada uno de ellos es y es imposible que no sean. La historia es el progresivo manifestarse de aquello que es, o sea, del eterno, de los eternos”.

“A la flauta!”, dicen casi al unísono los comensales miercolinos. “Que barbaridad! Como se compenetró el Pollo con esta charla, y pensar que lo creíamos dormido”.

“No! Les digo más: el individuo interpreta la conciencia de los demás sólo a través de su propia experiencia. Nosotros interpretamos hasta la propia vida, cuando el prójimo esta vivo”.

”¿Y qué me dicen de Popper?”, acota el Toto, como queriendo no quedarse atrás en la charla. Esperando que alguno se decida a responder.

Inicia entonces Pelusa diciendo: ”Karl Raimund Popper (Himmelhof, 1902 d.e.c.) nombra a Parménides como el padre de la física teórica contemporánea, en cuanto ha introducido el concepto de demostración. Parménides es el primer filósofo a pensar el ser, pero el ser en cuanto el *ser como vacío*.”

”El ser que no es habitación, cuerpo, sentimientos, sensaciones, historia, el ser que deja afuera de sí todas las determinaciones. Este ser es la nada”. Incluso, sigue Pelusa su discurso, Parménides en su poema sobre la naturaleza escribe: “Las cosas del mundo son nada” y al mismo tiempo escribe: “El eterno no es la pura luz sin colores, sino es la luz de los colores”.

Yo ahora quiero decir la mía, dice Pablito, casi sin titubeos: “Cuántas veces quisiéramos detener el tiempo en el cual nos sentimos felices y satisfechos, pero este vuela como un pajarito. Y cuántas veces, cuando el presente o la espera del futuro nos parecen insostenibles, quisieramos ver el tiempo correr rápidamente, y en cambio, este se enlentece y no transcurre nunca. En estos casos – como en el caso en el cual, mirando

nuestro pasado, todo nos parece transcurrido demasiado rápido – nos damos cuenta de la discrepancia existente entre el tiempo matemáticamente mensurable y el tiempo de la mente. El tiempo de la mente es una ilusión?”, se pregunta.

“Quizás. Queda de todos modos el hecho que sólo mediante los sentimientos y las emociones vividas las personas logran experimentar el sentido más auténtico del tiempo”.

“Oh, me ilumine!” dice el Toto. “Hay instantes que valen una vida y vidas que pasan en un instante, sin dejar ninguna huella detrás”.

“Exacto!”, se entusiasma nuevamente Pablito: ”La intensidad del momento vivido no se puede medir con un reloj. La máquina en el fondo nos da la idea de una regularidad y de una eternidad tranquilizante. El tiempo de la mente, aquel del cual se tiene máxima experiencia en el arte, es un tiempo para nosotros auténtico – pero también perturbante – que se refiere a la contingencia y a la mortalidad de las cosas humanas”.

¿No es justamente esta última dimensión de la temporalidad aquella con la cual tenemos una mayor costumbre, también cuando buscamos de remover las huellas?”, pregunta el Peta sin dirigirse a ninguno en particular.

”El tiempo mecánico aparece bastante extraño a la experiencia subjetiva del tiempo. El tiempo vivido, en efecto, representa algo que depende de nuestro modo de sentir. Existen elementos de carácter personal y contextual que transforman la dirección de la experiencia temporal. En algunas enfermedades mentales, por ejemplo, el tiempo puede bloquearse, o también sufrir una extraordinaria aceleración, advertida más que nada por el observador que por el interesado. Pero en general, hay circunstancias de la vida en las cuales las personas están orientadas obstinadamente hacia el pasado. Todo es reducible a una cuestión experimental”, dice el Pollo.

“Ahora muchachos me toca el turno nuevamente a mí”, dice Pelusa.

“Pero como! Si sos el único que se pasa el tiempo filosofando”.

“Opinando”, dice Pelusa, “sólo opinando”.

“Bueno dale, seguí opinando”, le dicen sus compañeros de charla.

”El hombre querría que la experiencia agradable durara para siempre, mientras una característica del placer es justamente aquella de ser limitada en el tiempo. No se puede probar un placer ilimitado: se trata de una experiencia que posee un ápice suyo y que luego se agota. Sin embargo el hombre desea ardientemente que los momentos agradables duren para siempre y que tal ápice tenga una extensión ilimitada: eso no es posible, porque el placer sigue un ciclo suyo y no puede suceder de otro modo. Viceversa, el tiempo del aburrimiento semeja no pasar nunca porque resulta privo de estímulos. Este aspecto es particularmente visible en el niño, que quiere ser cuidado constantemente y estimulado y que solicita una presencia continua. Si esto no ocurre el niño se aburre, se encierra en él mismo y cae en una condición tendencialmente depresiva”.

El tiempo y las motivaciones que el mundo nos ofrece son dos factores estrechamente conexos: si en nuestra vida logramos encontrar estímulos e intereses el tiempo sigue un curso suyo, si tales elementos no son localizados el tiempo queda inmóvil, a pesar que el reloj sigue recalándolo con implacable sistematicidad.

Generalmente el tiempo del reloj es considerado real, mientras que el tiempo psicológico tiene un valor subjetivo y por esto viene minimizado. Haría falta también que los médicos - los especialistas del sector - empezaran a dar un peso efectivo y

una realidad psicológica consistente a las experiencias subjetivas”.

“Pelusa, me gusta mucho cuando te iluminás con pensamientos interesantes”, dice el Pollo.

”Bueno, entonces hace silencio y dejame que siga reflexionando”, contesta Pelusa.

”Con la muerte acaban muchas cosas, aunque los vivos la conciban de manera harta vivaracha. Si pienso en el momento en que habré muerto, me veo como una persona que conserva una forma de vitalidad *sui generis*. Tal operación de abstracción, en cambio, puede ser sólo cumplida por quien está todavía en vida. El sentido de la experiencia temporal, en efecto, sólo es válido para el viviente, porque el muerto padece la suerte de las cosas: en el momento en que se muere desaparece la subjetividad, y con ella el tiempo y la experiencia subjetiva.

Hacia una experiencia pasada cargada de dolor se pueden tener actitudes diferentes: hay quien se obstina en revivirla - en la tentativa de superarla o por otras razones - y hay quien no quiere ni siquiera hablar de ello. Dirigirse al pasado con una actitud exasperadamente nostálgica puede comportar una orientación fuertemente depresiva.

Tal actitud, en efecto, lleva a ampararse en la experiencia pasada impidiendo cualquier desarrollo, sobre todo si el individuo está viviendo una grave dificultad en el presente. Nostalgia y temporalidad son dos experiencias estrechamente conexas”.

Les digo más: “La conciencia de la muerte es patrimonio de cualquier individuo que tenga un mínimo de conciencia de sí y del curso de la vida humana. Tal conciencia, en cambio, nos provoca efectos considerables sobre el comportamiento general de los hombres. Generalmente los individuos no pensamos en la muerte: de costumbre nos escondemos tras una ilusión de inmortalidad y como punto crucial la muerte no se presenta en

la organización de los espacios y los tiempos de la vida. Cuando la idea del fin se pone apremiante, entonces el hombre ya no puede negar esta evidencia y ya no puede esconderse tras la inconsciencia”.

Por otra parte, “la cognición de tener poco tiempo delante de sí no puede no tener también repercusiones en la organización de la vida y la experiencia. Esto no significa que el pensamiento de la muerte tiende a no presentarse constantemente en el hombre”.

”Pelusa, se me ocurrió una idea”, dice el Toto.

”¿Cuál idea?”, contesta Pelusa, pensando en su interior en todo lo anteriormente expuesto.

”¿Qué te parece si hacemos un ping pong”.

”¿O sea?”

”Preguntas y respuestas. Cada uno de nosotros te pregunta y vos nos contestas”.

”¿Y por qué? ¿Por qué querés hacer la charla así, de esa forma?”

”Porque sino se me convierte en algo muy lento y aburrido, en cambio si te esfuerzas en darnos respuestas más concretas y cortas, la charla pienso que será más amena. ¿No te parece?”

”Bueno. ¿Quién empieza?”, dice Pelusa.

”Inicio yo”, dice Valner, todo interesado en este mecanismo de hacer preguntas.

”¿No pensás que el no saber cuándo moriremos puede tener repercusiones sobre nuestra vida?”

”Te lo acabo de decir. El hecho que las personas no conozcamos cuando nos tocara la fecha exacta, no significa que no deba percibir cada segundo que pasa como eterno: se necesita saber vivir la propia experiencia momento por momento. Creo que la seguridad de tener que morir altera profundamente el sistema”.

Ahora pregunta Pablo. “No te parece que el tiempo social tenga también su lado subjetivo. ¿En qué modo y en qué medida logra condicionar la vida de un individuo?”

”Un espectáculo, una función religiosa o una lección de facultad, obedecen a regulaciones sociales del tiempo. Tales reglas son pactadas generalmente bastante rígidas y severas, tanto que no es posible continuar un evento más allá del límite establecido. La regulación del tiempo es un objeto decisivo de contrato social que a veces puede abrir un contencioso. Todos los posibles conflictos relativos al mundo del trabajo, por ejemplo, giran entorno al tiempo y a las formas con la cual estos vienen empleados”.

Toto pregunta: “¿De qué manera esta regulación puede condicionar la vida de un hombre? ¿Hasta qué punto es lícito este condicionamiento? ¿Debería depender la existencia de un individuo del tiempo fijado por las leyes de la sociedad?”

”Se pensó una vez que la sociedad tenía que garantizar más que nada el tiempo lúdico, de modo que este último lograra también englobar el tiempo laboral. El trabajo, en efecto, de ocupación servil debía transformarse en ocupación libremente aceptada, de poder iniciar e interrumpir a gusto. No es esta la situación del tiempo en las sociedades complejas: el trabajador advierte la necesidad de sentirse regulado por el tiempo que otros le imponen. Por ejemplo, en el cuadro de Salvador Dalí (Figueras, 1904 d.e.c.) titulado *Persistencia de la memoria*, atinente a la regulación del tiempo, reconocemos una victoria del tiempo subjetivo sobre el tiempo objetivo”.

Entonces, pregunta siempre el Toto: “¿Cuál es tu opinión acerca de esto último?”

”El delirio deformante y a veces macabro de Dalí ha sido capaz de transformar el reloj en algo que justamente no es, aunque mantenga una cierta temporalidad. El Surrealismo se proponía como objetivo el de revolucionar la interioridad misma del hombre. El hecho que el tiempo del hombre vence con la

muerte y la inexorabilidad del tiempo en sí misma, ha vuelto este último antipático a muchas personas.

Es el tiempo mismo, en su propio transcurrir, a poner al hombre frente al envejecimiento, a la enfermedad y a la muerte: en la idea de temporalidad está presente también aquella de negatividad. El tiempo determina el cambio y la metamorfosis.

El tiempo nos recuerda la organización de nuestras necesidades - el hambre, la sed, el sueño, los acontecimientos cíclicos del organismo - y la existencia de nuestras limitaciones. Quien odia las propias necesidades también odia el tiempo.

Justo por tal razón, si se quiere vivir hace falta abrirse a la experiencia temporal, porque sólo esta última nos permite comunicarnos con el otro y con el mundo, permitiéndonos así entretener relaciones con nuestros similares”.

”¿A vos te parece que un artista, en su obra, necesite hacer eterno el instante, o pensás que desee paralizarlo porque cree que no se podrá jamás repetir?”, siempre es el Toto a preguntar y Pelusa a responder. (al final de cuentas el Toto con su juego buscaba disimuladamente generar un dialogo con Pelusa)

”Los procesos expresivos del hombre referentes a la temporalidad pueden hacer eterno un instante, pero también destruirlo. Algunos artistas tiran sus obras después de haberlas completado. En todo caso, generalmente, el arte proclama una soberanía sobre el tiempo: se opone a la muerte tratando de crear algo duradero. Nosotros hemos conservado muchos productos artísticos, algunos incluso son de la humanidad más arcaica, y queremos custodiarlos justo porque constituyen un desafío respecto al disolverse de las cosas en el tiempo. También es verdad que, algunos artistas psicopatológicamente alterados tienden a destruir la misma obra, a arruinarla y estropearla. Se trata del doble fenómeno de la conservación y la destrucción de lo lindo: evidentemente la belleza suscita en el hombre no sólo instintos protectores, sino también el

opuesto”.

”¿Y sobre la medida del tiempo, qué nos puedes decir?”

”El tiempo mide la evolución del universo, la evolución del hombre, la evolución de la tierra, la evolución de la especie; es, en otras palabras, la medida de una transformación continua de procesos que se suceden y que tienen una flecha, un verso, una dirección”.

”¿Si el tiempo es un tamaño que conecta el espacio a la velocidad, antes del principio del universo, no habiendo movimiento, no hubo tiempo? ¿Qué opinas?”, pregunta ahora Valner.

”No había tampoco espacio. Si no había espacio, no había movimiento, no había tiempo, entonces, no había universo. Más que al astrofísico haría falta dirigirse al poeta. Los *Cosmicómicos* de Italo Calvino no son otros que un informe narrativo, muy divertido, de la falta de espacio y la falta de tiempo. El antes y el después *de* son dos conceptos inutilizables sino al momento en que el hombre quiere ver la evolución del proceso. Se asoma por consiguiente el problema de una medición objetiva del tiempo.

Por una parte hay un fluir tiempo objetivo. Por otra parte hay un fluir tiempo subjetivo. Unir estas dos referencias es una tarea para nada fácil. Nuestro tiempo depende de la colocación temporal que tenemos de la una y de la otra parte”.

”He leído en un libro”, dice el Pollo, “una reciente hipótesis de la astronomía concerniente a la existencia de los *agujeros negros*. Decía que acercándose a estos puntos el tiempo se enlentece y que, en proximidad del "agujero negro", el tiempo se para totalmente. ¿Cómo explicas esta hipótesis?”

”Mirá”, inicia diciendo Pelusa. “No quiero contradecir a tu libro, pero creo que ocurre justo el contrario. Acercándose al *agujero negro* se va a una velocidad espantosa. La enorme densidad del "agujero negro" genera en su alrededor un campo

tan elevado que nada puede salir, ni siquiera la luz. La atracción que se emana en su interior es tal para que los fotones, que son los portadores de luz, no sean capaces de salir. Por esta razón se habla de *agujeros negros*”.

”He leído de partículas, de los taquiones, en los que el tiempo transcurre al revés. ¿Son estas partículas más veloces que la luz? ¿El tiempo al revés no es unilateral?”, sigue entusiasmado el Pollo.

”El tiempo tiene una flecha y siempre va en la misma dirección. Sólo las estructuras matemáticas pueden explicar algunos fenómenos que permiten alcanzar velocidades más elevadas que la de la luz. La llamada *velocidad de fase*, por ejemplo, llega a tener valores superiores a la velocidad de la luz. Estamos tratando un problema de descripción del fenómeno, no un problema real. Los taquiones como tantas otras partículas, son únicamente necesarios para aclarar las leyes de conservación. Parece que en presencia de estas partículas el tiempo pase al revés, pero el tiempo siempre va en la misma dirección”.

”Con base en el segundo principio de la termodinámica cada fenómeno de transformación aumenta la entropía o bien el desorden dentro del universo. ¿Es posible que este continuo incremento de entropía sea máximo, llegando a dar lugar a un big crash, por lo tanto a la destrucción y a la anulación del actual universo?”, pregunta con cara de tristeza el Toto.

”Me resulta difícil pensar en la nada que contenga el máximo del desorden. En otras palabras, no es explicable y me parece francamente difícil que un máximo de desorden cause la nada. Diría más bien que un máximo del desorden conlleve a una situación tan caótica como para solicitar una renovación, un nuevo inicio. Puedo pensar que la idea de la aniquilación global sea el orden perfecto. No hay nada que poner en orden. Éste es el punto. Hoy es posible teorizar el nacimiento del universo dentro de específicos modelos físico - matemáticos.

No sé cuánto sea posible, al menos racionalmente, pensar en un fin del universo. Podemos, efectivamente, pensar en un big crash, a un encogimiento de todo el universo en un único punto. ¿Y luego qué podría suceder? ¿Reiniciará todo?

El big crash es algo espantoso. A mi modo de ver, es difícil que una cosa que viaja hacia el desorden llegue a una cosa ordenadísima, en la cual la materia es condensada nuevamente como era antes”.

”Sabemos que la luz de una estrella que nosotros vemos actualmente, en realidad, ha sido emitida hace mucho tiempo, en algunos casos cuando sobre la Tierra estaban todavía los dinosaurios. Entonces, ¿se deduciría que no sabemos qué está ocurriendo ahora en el universo?”, pregunta el Pollo.

”La estrella más cercana a nosotros es Próxima *Centauros* ,o bien, la estrella Alpha de la Constelación del Centauro, que esta a 4,6 años luz. Eso significa que la luz de aquella estrella emplea 4,6 años para llegar sobre la Tierra. Cuando divisamos un rayo de luz provenir de aquella estrella, significa que ha partido hace 4,6 años. La galaxia a nosotros más próxima se encuentra a dos millones de años luz. Es la nebulosa de Andrómeda, la melliza de la Vía Láctea. Observar el cielo con los instrumentos adaptos es como tener contemporáneamente una imágen de la evolución de los objetos al interno del sistema solar. Creo que este sea un aspecto muy importante, en cuánto permite entender los procesos que han llevado a la evolución en el sistema mismo. Igualmente le sucede a quien estudia los planetas”.

”El ser humano desde siempre ha ido en búsqueda de un tiempo absoluto. La búsqueda de un tiempo absoluto es la búsqueda de lo perfecto. ¿Se podría argumentar que el tiempo absoluto, no siendo percible por la experiencia, no existe, o bien no hace parte de las leyes de la naturaleza?”, pregunta el Peta.

”El tiempo es un tamaño físico. En cuanto tamaño físico, hace falta medirlo. Los llamados relojes atómicos o moleculares son claramente más precisos y pueden acercarse a la mejor medición de este tamaño físico. El tiempo es una superestructura necesaria para medir la evolución y la variación presentes en cada proceso. Existen fenómenos que son necesariamente vinculados a esta evolución. Desde un principio los fenómenos más simples de observar fueron el día y la noche. El hombre ha empezado a medir el tiempo contando cuántas veces se hacía de día y cuántas veces de noche. Luego, el hombre ha necesitado algo más preciso, un tiempo que fuera más largo, algo que le permitiera medir no una unidad día – noche sino “n” unidades día-noche. Cuando el hombre ha advertido la necesidad de una mayor precisión, se ha dirigido a fenómenos capaces de desarrollarse con un cronometricidad y una constancia extrema.

La física contemporánea emplea de una única geometría para describir el *espacio - tiempo*, con el tiempo entendido como una cuarta dimensión. Este punto de vista *geométrico* deja fuera las cuestiones que más nos molestan.

Desde el punto de vista filosófico, el tiempo es muy diferente del espacio. Ante todo, tiene una dirección: siempre se mueve del pasado al futuro, nunca del futuro al pasado. San Agustín decía: no es el tiempo a tener una dirección, sino las cosas en el tiempo”.

Además, continúa entusiasmado Pelusa, “no es posible moverse a través del tiempo, tal como se puede hacer a través del espacio.

En el tiempo cada cosa ocupa la entera duración del tiempo en la cual existe. No podemos hablar tampoco de una posición en el tiempo, como podemos decir de una posición en el espacio. El tiempo experimentado es aquél observado, el tiempo que pasa la puerta del *ahora* y que llega en la tumba de la memoria. No es el tiempo a pasar a través del *ahora*, sino que son los

acontecimientos. El problema del tiempo, en último análisis, es el problema de nuestro ser en el tiempo”.

”Bueno muchachos, creo que es tiempo de terminar la *serata*. Que les parece si la seguimos en la próxima cena”, dice Pelusa.

“Se levanta la cesión”, dice Valner.

“Vamo’ arriba”, repite Pelusa.

Se levantan los 6, se intercambian besos y cada cual a dormir... pensando...

XIII

Palabras del corazón y de la razón

“Más vale una palabra a tiempo que cien a destiempo”

Miguel de Cervantes Saavedra
(Alcalá de Henares, 1547 d.e.c.)

Por una parte, todo el mundo en su saber «popular» se encuentra con muchas ideas en apariencia sabidas e incontrovertibles acerca del tiempo.

Así se nos dice, por ejemplo, «para verdades, el tiempo»; se nos habla de que el tiempo «va pasando» inexorablemente sobre todas las cosas, que nos «arrastra» consigo, que lo va «devorando» todo.

Afirmaciones todas ellas que cobran la figura de saberes de gran transcendencia, enunciadas en general en fórmulas llenas de solemnidad.

En el fondo late la idea de que el tiempo es una magna realidad sustantiva. Ciertamente, aparte algunas representaciones mitológicas, no se piensa en el tiempo como algo separable de las realidades del mundo. Pero se concibe que hay en ellas una especie de oscura, inflexible y suprema ley intrínseca que las constituye, las mueve y las corrompe.

Todo estaría sometido a su misterioso poder. Falta saber si el tiempo, en lugar de ser aquella magna realidad de que se habla, no sería, por el contrario, algo que tiene mínima realidad; tan mínima, que empieza por carecer de sustantividad.

En tal caso, la parquedad de la filosofía se fundaría en la pobreza de la realidad del tiempo. La transcendencia y la solemnidad de los conceptos consisten pura y simplemente en su verdad.

Y precisamente por esto los conceptos que expresan con verdad una mínima realidad tienen forzosamente una constitutiva pobreza. Entonces la ignorancia de San Agustín no es un azorante estado de penuria intelectual suya, sino la expresión de la realidad mínima del tiempo. La incomodidad en que nos hallamos no es sino la expresión del más radical problema que el tiempo nos plantea, el problema de la «realidad» del tiempo. ¿Cuál es esta «realidad»? y ¿por qué es mínima?

Saber vivir es una “forma de arte”, he leído esta frase en una publicidad sobre sillones... luego continuaba diciendo: “el arte es una emoción”. Entonces, yo deduzco: “saber vivir es una emoción”.

Que emoción tan grande es recibir opiniones diferentes sobre el significado del tiempo. Esta tarea de escribir sobre el tiempo hace movilizar, por un momento, el interior de cada uno de nosotros y genera también sensaciones interesantes. Me encantó la idea de movilizar a mis seres queridos y cercanos.

Esteban Kilstein (La Plata - Argentina, 1978 d.e.c.)

El tiempo es el correr de todas las cuestiones inherentes a la vida sin vuelta atrás. Es decir, es el paso de momentos, situaciones y circunstancias a una vertiginosa velocidad en la cual muchas veces no se alcanza a determinar ni definir qué es lo que realmente está sucediendo en cada instante.

Otra acepción: es el único recurso que se pierde y no se recupera ya que el tiempo perdido no vuelve atrás, podremos

pasar por situaciones parecidas, similares, pero el momento ya no es el mismo porque “ya pasó” y eso hace que el espacio tampoco sea el mismo.

Graciela Haboba (La Plata - Argentina, 1953 d.e.c.)

Puedo asociar Tiempo es vida, pasado, presente, futuro, devenir, muerte.....

Me vienen a la mente más que nada vivencias, no definiciones ni conceptos.

Julio Tregerman (La Plata - Argentina, 1952 d.e.c.)

Siento que el tiempo me lo marca un otro, es decir, lo que pensaba me lo marcan mis hijos, mis canas, mis experiencias; lo que no tengo más, el pasado y mis deseos, expectativas, el tiempo futuro y el placer, las alegrías, broncas, el presente.

El tiempo es cómo se consume algo que no se adquiere, no se regala, no lo vemos, lo imaginamos. Porque el reloj o el calendario, se hicieron para hacerte pensar eso, fijate que si no hubiesen horas, días.....la diferencia que veríamos sería sólo aquella que existe entre luz y oscuridad.

Y el tiempo lo veríamos en nosotros, en un árbol, en lo que cambia biológicamente, pero sin medirlo como lo hacemos ahora.

Por eso lo que nos marca el tiempo es lo acontecido, es mirar para atrás, que muchas veces no es malo.

Gabriel Peterburg (Montevideo - Uruguay, 1964 d.e.c.)

Desde sus orígenes, el hombre se cuestionó acerca del tiempo. ¿Qué es el tiempo? ¿Qué forma tiene? ¿Es constante? ¿Es cambiante? ¿Es eterno? ¿Es efímero? Y muchas son las preguntas que nos podemos hacer sin encontrarles respuestas absolutas.

Lo que sí sabemos es que el pasar del tiempo es inexorable e irreversible y que sólo podemos "detenerlo" en nuestra memoria asociándolo con determinados acontecimientos ya que el tiempo no es nada en sí mismo.

Lo medimos arbitrariamente y lo relacionamos con nuestras propias experiencias: el hoy, el ahora o el presente que es lo que nos pasa en este momento; el ayer, el antes o el pasado que es lo que ya fue y nunca volverá a ser y el mañana, el después o el futuro que es lo que vendrá y que nunca antes había sido.

Mónica Damboriano (Montevideo - Uruguay, 1969 d.e.c.)

El tiempo para mí no existe... y si existe...

No existe en la medida que es una construcción humana, tal y como nosotros podemos verlo y medirlo. Para ello el hombre desde tiempos inmemoriales, observando la naturaleza y los cambios que en ella se producían pudo realizar calendarios para guiarse a través del paso del tiempo.

Siempre tuvimos el concepto dual en nuestras mentes del antes y del después -en este sentido, sí existe, ya que es la única manera, nuestra única forma tangible de medirlo-, pero esto es como lo podemos ver y concebir.

No creo que ciertamente el tiempo sea esto... un antes y un después, sino que todo sucede al mismo "*tiempo*", y quizás para cuando este concepto nos llegue ya no se llame "*tiempo*".

El concepto de evolución, hace que todo tenga un antes y un después..., "el hombre ha evolucionado", y para ello hizo falta el paso del tiempo, pero es una verdad desde el concepto cronológico creado por nosotros mismos, por lo que nuestros sentidos pueden ver.

No estamos contemplando factores "ocultos" a nuestras capacidades y por eso mismo, como no los vemos no los contemplamos, no los podemos experimentar, pero eso no quiere decir que no existan.

Desde que participé a un curso de terapia regresiva y experimente las regresiones, pienso que el tiempo lineal no existe, existen muchas realidades paralelas.

Hemos ido a vidas pasadas y mi teoría es que eso es posible, porque está ocurriendo en este mismo momento, no aquí ni ahora, sino que en distintas dimensiones que no son antes, sino simultáneas.

También muy ligado con el tema del tiempo, está el tema distancia..., y también creo que esta es una construcción. No tenemos los medios para recorrer y medir distancias en menos tiempo, por eso no entendemos del todo lo que quiere transmitir este concepto, pero el hecho de que aún no podamos medir o recorrer grandes distancias sin que ello lleve mucho tiempo, no quiere decir que eso sea imposible.

Tenemos que desligarnos de nuestra mente dual. Tenemos que tridimensionar nuestros pensamientos para incluir, por ejemplo, lo que no podemos ver, ni tocar, ni medir, como variables influyentes en estos temas.

Por ejemplo, la energía no se maneja en conceptos de tiempo, ni distancia. Llega al instante. Los viajes utilizando la energía van a existir. Primero tenemos que evolucionar, cosa que ya está ocurriendo.

Todos somos energía, es lo que hace que nuestros cuerpos se formen dentro del útero de nuestra madre, el hecho biológico y físico de que nuestros padres se hubiesen unido no era suficiente para que un feto se formara..., (lo decían Anne y Daniel Meurois en el libro "los nueve peldaños"). El hecho de que nuestros sentidos no puedan ver ni tocar el aura (campo energético que nos rodea) no quiere decir que no exista, de hecho ya hay aparatos que la pueden medir y fotografiar (cámara Kirlian) y esto hace que muchas teorías científicas sobre el cuerpo estén cambiando.

Hoy se empieza a trabajar más en función de la emoción desequilibrada que hace que el cuerpo se enferme y también

sobre el desequilibrio o bloqueo energético que provoca el desequilibrio emocional, que luego termina por enfermar el cuerpo físico.

Las terapias alternativas están creciendo mucho, porque la medicina esta encontrando sus limites y también se están empezando a abrir a estos nuevos conceptos. En realidad viejísimos conceptos, pero no occidentales, sino orientales.

En relación al tiempo y la distancia, no tenemos aún los medios para conceptualizarlo de otra manera y eso nos limita.

Leonardo García Dovat (Montevideo - Uruguay, 1968 d.e.c.)

El tiempo es el único recurso no renovable; es decir, si uno pierde tiempo, pierde muchísimo porque nunca más lo puede recuperar.

El dinero u otras cosas se pueden perder o ganar, pero el tiempo pasa y se gasta.

Moraleja: hay que disfrutar de la vida y no perder tiempo.

Helena Nebel (Montevideo - Uruguay, 1961 d.e.c.)

¿El tiempo? La posibilidad de elegir qué hacer con él. La posibilidad de disfrutar intensamente o arruinar absolutamente un segundo de vida.

Dino Di Silvio (Velletri - Italia, 1957 d.e.c.)

En mi opinión, estamos viviendo en un tiempo en el cual el tiempo es la cosa que absorbe siempre más nuestro tiempo, no dejándonos tiempo para las cosas más importantes, que son las que no tienen tiempo...

*Aníbal "Chapo" Duran
(Hamilton – Nueva Zelanda, 1955 d.e.c.)*

Tiempo: es un material "perecedero"; va pasando y lo que ya fue, no lo volveremos a vivir.

Creo que hay que darle al tiempo, su verdadera dimensión. Esa que hace que tengamos que vivir minuto a minuto, no como espectadores de la vida, sino como protagonistas de la misma. Vivir como si tuvieras una semana más de vida; entonces harías tantas cosas que uno no hace, porque cree (creemos) que precisamente tenemos tiempo. Por ejemplo: no le voy a decir a mi vieja que la quiero, porque total tengo tiempo. Todavía no me reconciliaré con aquel amigo, porque el tiempo (gentil hombre) va decantando...y todo volverá a su cauce normalmente.

Pospongo la charla con mi hijo, hasta una nueva oportunidad.... Pensamos que tenemos el tiempo comprado *per se*....y no es así.

No pospongamos las cosas en aras del tiempo por venir; hagamos, ejecutemos, digamos ahora a nuestra madre que la queremos, reconciliémosnos con nuestro amigo, abracemos a nuestros hijos.

En fin; el tiempo es un don divino y muchas veces no lo valoramos en sus justos términos.

Hoy llegá a tu casa y decile a tu mujer e hijos que los querés mucho..... Chapito

Alejandro Malek (Bahía Blanca, 1960 d.e.c)

Podemos decir que es algo que nunca nos sobra y cuando lo estamos pasando muy bien vuela y si es lo contrario se hace eterno.

Creo que es la cosa más relativa del mundo y que generalmente lo valoramos cuando no lo tenemos.

Alvaro Sánchez (Montevideo - Uruguay, 1964 d.e.c.)

El tiempo es implacable, pienso que enriquece y empobrece, enseña muchas cosas fundamentalmente.

Creo que al principio nadie le da importancia y nos creemos infinitos y poco a poco la gente lo va valorando y en algún momento todos nos vamos damos cuenta de que hay que apreciarlo bien y hacemos la contabilidad del uso que le dimos y lo que nos dejó.

Es importante decir que el tiempo no se puede comprar ni vender. ¿Qué cosa no?

Gabriela Nebel (Montevideo - Uruguay, 1968 d.e.c.)

El tiempo es el periodo en el cual estamos en la vida, esta que conozco; si habrá otra después de la muerte no lo se, aunque lo creo...pero ese será otro tiempo.

Este tiempo “en el cual vivimos” es una sumatoria de acciones, procesos, vivencias y tienen la particularidad de ser todas diferentes.

Por ejemplo: tiempo de nacer, de crecer, de aprender, de depender, de madurar, de independizarse, de dar vida, de asumir responsabilidades, de amar, de ser amado, de sufrir, de gozar, de compartir, de dar, de recibir, de escuchar, de pronunciarse..., de enfermar, de sanar, de morir.....

Cada tiempo pasa, deja lugar a un tiempo nuevo, pero deja también una experiencia de vida y sin ese tiempo pasado con sus vivencias no se llega al momento presente y cuanto menos al tiempo futuro.....

Así como el tiempo no se detiene, la vida tampoco y por lo tanto si pensamos en este planteo deberíamos ser capaces de vivir cada momento como único e irreplicable haciendo más de aquello que en tiempos pasados nos hizo reír y menos de aquello que nos hizo llorar, siempre y cuando de nosotros

dependa.....

Gabriel Chammah (La Plata - Argentina, 1969 d.e.c.)

El tiempo en hebreo se llama Zman que viene del verbo Leazmin y quiere decir invitar, o sea, que el tiempo es lo que tardás para estar preparado para lo que D'os te presentara.

Es tiempo que te da D'os para que te prepares para algo. No hay tiempo en D'os, sólo presente, pero para nosotros se desglosa ese presente.

Viviana Miranda (Montevideo - Uruguay, 1969 d.e.c.)

Que fardo!!! Cuando me lo pediste, me pareció la cosa más fácil del mundo y dije: “un minuto, como soy de habladora lo liquido”.

Te cuento que la cosa me llevó dos semanas: primero porque pensé definir el tiempo y enseguida las definiciones las asociaba a tiempo de “qué” o “para qué”... y esto me llevo a la conclusión de que estoy segura que el tiempo general tiene subcarpetas. Tiempo de crecer, de amar, de disfrutar, de trabajar, de llorar, en fin tiempo “de”.

Luego me complique con el hecho de que pensaba en el tiempo y sólo veía imágenes de sucesos que han acontecido en mi vida. Traté de pensarlo fuera de mi persona y lo mismo sucedía, siempre lo relacionaba con los sucesos.

Pensé en cómo sería un tiempo sin referencias y no logre convencerme si podría existir. ¿Por qué? ¿Para qué? Para qué medir algo que no cambia, que no empieza, que no termina? No se justifica, directamente no se registra.

Pensé en los enfermos sin conciencia, los cuales cuando se recuperan, piensan: “¿Tanto tiempo estuve así?”. No tenían sucesos, no tenían registro de tiempo, comienzan a tener

conciencia de los sucesos, comienzan a valorizar: mucho, poco, mejor, peor.

Otra cosa algo tan poca cosa que ni siquiera se puede definir por sí solo, pero tan rico o no en cuanto a valoración, tan importante a su vez que llena el día a día y en los años la vida entera.

Luego cerré los ojos para visualizar “mi tiempo”, y recorrí mi jardinera, mi colegio, mi Quico a los 15, mi casamiento, mis hijos, mis amigos...

Llegué a la conclusión de que el tiempo es nada más una forma de medir o de ubicar en un contexto los sucesos acontecidos. Por sí solo es una coordenada, no se llega al lugar con la coordenada sino por la ruta, el atajo perfecto, el camino más disfrutable y ahí es donde empiezan a tallar el valor de cómo es el tiempo, que para mí debería ser el valor de los sucesos: buenos, malos, necesarios, disfrutables, etc.

Gracias por el ejercicio. No era tan fácil! Subestime el trabajo...

Leandro Maffei (La Plata - Argentina, 1981 d.e.c.)

La verdad que el significado de la palabra tiempo no lo sé. Tendría que decir que el tiempo es una cosa muy valiosa que creo que uno nunca lo valora. Creo también que, excepto raras excepciones, el tiempo se pasa muy rápido, tan rápido que hay veces que uno pierde un poco de noción del tiempo que pasó y de las cosas que vivió y que vive día a día.

Alicia Ruiz (La Plata – Argentina, 1948 d.e.c.)

Nunca me había dado cuenta que el significado del tiempo podía llegar a ser un tema tan amplio.

Los tiempos cronológicos, emocional y mental me llevarían muchísimas páginas de escritura.

En los años 90', tuve la suerte de encontrar un método de aprendizaje sobre el presente, gracias a D'os encontré la llave para ver que desde el espíritu todo esta bien. No existe ni pasado ni futuro, sólo el presente; y cuando practico este pensamiento me siento feliz y hago feliz a los que me rodean. No es fácil, pero tampoco es imposible desarrollar esta línea de pensamiento en continuación. Con la meditación constante se logra armonía con el aquí y el *ahora*.

Gustavo Tendler (Montevideo – Uruguay, 1968 d.e.c.)

El tiempo es inversamente proporcional al amigazo, más pasa el tiempo menos funciona el amigazo.

Pablo Regen (Montevideo – Uruguay, 1968 d.e.c.)

1) ¿El tiempo es relativo?

Hace años se me dio por entender la física a un nivel más profundo que el común de la gente. Leí libros de Einstein y otros físicos importantes, aunque me costo mucho entenderlos en su totalidad. La cosa cierta que entendí es que todo es relativo, depende del punto de vista del observador, depende de las circunstancias, etc.

El tiempo también es relativo...

2) Tiempo: ¿La cuarta dimensión, o una dimensión más?

Algunos hablan de tiempo como la cuarta dimensión. Por ejemplo, en Arquitectura se entiende como que el recorrido de un espacio a través del tiempo permite percibir este espacio en su totalidad y no en forma estática, como si fuera visto este espacio desde un punto de vista fijo.

En Pintura, el cubismo tenia también algo de esta teoría. Trata de representar una figura vista desde distintos puntos de vista, siempre en una sólo imágen.

Según leí en “Cosmos” de Carl Sagan (Nueva York, 1934 d.e.c.), vivimos en un espacio tridimensional, o mas bien, lo percibimos. Si un individuo percibiera hipotéticamente una sólo dimensión no sabría que existe la *derecha* y la *izquierda*, sólo conocería *adelante* y *atrás*. Otro individuo que percibiría sólo dos dimensiones tendría un mundo mucho mas amplio que el primero ya que vive en un plano y no en una recta, pero tampoco sabría que existe arriba y abajo. Nosotros, que tenemos una ventaja enorme con respecto a estos individuos porque percibimos el espacio en forma tridimensional. ¿Somos unos privilegiados? ¿O somos unos pobres especimenes de prueba para otra *especie superior*, capaz de percibir cuatro, cinco, veintisiete, treinta y seis, o infinitas dimensiones que nosotros no podemos ni siquiera imaginar? ¿Estas especies viven entre nosotros sin que podamos percibirlas, como capaz un gusano no nos percibe a nosotros?

Por ahora nos contentamos con decir que el tiempo es la cuarta dimensión.

Pobre de nosotros, simples criaturas tridimensionales!

Conuerdo con que el tiempo es una dimensión más, pero distinta al espacio tridimensional, que nos permite percibir el espacio en forma dinámica.

Deben existir infinitas dimensiones espaciales.

3) Cambio de percepción a través del tiempo!

Este tema esta en parte relacionado con el anterior, pero pretende ir mas allá.

Con el paso del tiempo, la percepción no sólo de los espacios, sino también la de los objetos, y lo más importante, de las ideas; van cambiando. Esto es debido a la adquisición de nuevas experiencias.

Nuestra forma de ver el mundo, de ver la gente, y también nuestros pensamientos, evolucionan. En algunos casos es una evolución positiva, en otros, en cambio, una evolución

negativa.

4) Percepción del Tiempo!

El tiempo parece pasar más rápido o más lento según la actividad que estamos desarrollando o el pensamiento en el cual estamos inmersos.

¿Es el tiempo relativo (punto 1) o el tiempo fijo?

5) Unidad internacional de Tiempo!

Horas, minutos y segundos están claramente definidos como unidad de medida del tiempo.

Sirven básicamente para el comercio mundial y para poner orden a nuestra vida diaria.

Lo necesitamos para poner orden a nuestras actividades en relación con el mundo que nos rodea.

Por ejemplo: hoy es domingo 28 de marzo de 2004 a las 2,15 a.m. ¿Qué corno estoy haciendo a esta hora escribiendo sobre el tiempo?

David, ha sido un placer reflexionar sobre el significado del tiempo a pedido tuyo.

Esther Pastor de Ruiz – Lela (Bavio, 1918 d.e.c.)

El tiempo nos pasa a según de lo que uno es capaz de hacer. El tiempo rinde o no rinde según lo que hagamos con él.

Si una persona esta en permanente actividad, entonces el tiempo pasa “volando”; en cambio si una persona no tiene ninguna actividad para desarrollar el tiempo “no pasa nunca”.

Hay momentos en que el tiempo no alcanza para nada y otros en que el tiempo “sobra”.

En fin, el tiempo es algo “psicológico”.

Darío Maffei (La Plata, 1971 d.e.c.)

Tengo dos apreciaciones ambas parecidas, pero con distinto significado (muy distinto).

1) El tiempo es el limite tendiendo al infinito de la imposibilidad de hacer todo lo que uno piensa y las oportunidades que nos damos a nosotros mismos de hacerlas.

Formula:

Limite = Imposibilidad de hacer todo / Oportunidades que nos damos

2) El tiempo es la relación de la posibilidad de hacer todo lo que uno piensa y las oportunidades que nos damos a nosotros mismos de hacerlas.

Formula = Posibilidad de hacer todo / Oportunidades que nos damos

¿Cuál de los dos es mas optimista?

Jorge Pepe (lista de Uruguayosenitalia.com)

Como ha dicho Jorge Luis Borges: el tiempo es de uno y de todos, somos como piezas de ajedrez que D'os mueve a su antojo, y finalmente el tiempo que nos queda es vida por vivir.

Juan L. Moschetti (lista de Uruguayosenitalia.com)

En mi humilde opinión el "Tiempo" es un dictador implacable, al que todos, sin excepción estamos sometidos. Su significado siempre será distinto según la edad de quién pretenda definirlo. Para todos tiene un valor diferente, a mi entender, inconmensurable.

Muchos cometemos el simple error de medirlo en dinero, pero siendo algo tan efímero, su valoración es imponderable.

Tal vez para muchos la solvencia económica les haga más llevable su vida, pero los vuelve miserables de espíritu cuando se dan cuenta que jamás podrán adquirir este preciado tesoro. Si bien es cierto que la necesidad puede hacer que otros compren nuestro tiempo al valor que se les permita, volviéndonos de cierta forma en esclavos, jamás seremos

buenos administradores del tiempo, porque de cualquier forma, inevitablemente se nos termina.

Felices o tristes, amados o no, ricos o pobres, inteligentes o no, nadie se escapa al transcurso del tiempo.

Daniel Gallo (lista de Uruguayosenitalia.com)

Pienso que si relacionáramos el concepto del tiempo con algún otro como por ejemplo: "el equilibrio", estaríamos circunscribiendo bastante los límites de las opiniones.

La vida tiene diferentes tiempos y cualquiera de ellos es hermoso cuando con equilibrio logramos transcurrirlos y pasar al siguiente. Supongo que por este motivo es que las personas dicen: es un niño equilibrado, es un joven equilibrado o es un veterano/a equilibrada. Pero estoy seguro que el transcurso de "el tiempo" no es garantía de lograr el tan ansiado "equilibrio" o ni siquiera pasar de un tiempo a otro, por eso es que muchos, a pesar de que el tiempo pasa, se quedan en una niñez eterna u otros que ostentan muchas canas siguen queriendo hacer cosas de jóvenes...tal como los jóvenes las hacen...

Por eso creo que sería imposible evitar el fatal paso del tiempo, creo que la idea más equilibrada que se me ocurre es la de vivir la vida disfrutando plenamente de cada uno de los tiempos y adecuando naturalmente y con equilibrio nuestras conductas y proceder al tiempo de turno.

Es tiempo de terminar...

Atai Tregerman (Kfar Saba, 1979 d.e.c.)

Con respecto al tiempo, la verdad es que mi punto de vista es un punto de vista bastante objetivo- Lo veo como una transición que sufren las cosas y personas al pasar de un estado o situación a otra. La frase "nada es eterno" es una verdadera explicación. Sin ese concepto, el tiempo no existiría sino que

todo se desarrollaría como una sucesión de hechos cuyo momento final carecería de importancia.

Este paradigma que todas las personas consideran, necesariamente por su situación de seres humanos, creo que es el que ayuda a plantearse objetivos que así impulsan la evolución de la humanidad. En conclusión, yo asocio el tiempo con el cambio.

Betina Chammah (La PLata, 1970 d.e.c.)

Lo primero que hice fue ir al diccionario y leer todas las definiciones del tiempo. La que más me gusto es esta: “cualquiera de los actos en que se divide la ejecución de alguna cosa”.

Relacionándola con la vida en general y analizando lo que has logrado o realizado en tu vida te dan la señal de todo el tiempo que ha pasado.

Pero mi idea en general del tiempo es algo abstracto, que no lo ves ni lo sentís, pero sí sabes que transcurre. En lo personal (y no se porque) yo siempre juego una carrera en contra del tiempo, soy consciente de que el tiempo transcurre y le quiero ganar haciendo cosas, o por lo menos tratando de tener logros, que me indiquen que todo ese lapso transcurrido no fue en vano.

Por ejemplo, luego de un embarazo te das cuenta que pasaron 9 meses y que además creciste y desarrollaste un montón de sensaciones nuevas. También en cada fin de año se marca que has vivido un determinado tiempo.

Natalio Marcos Haboba (La Plata, 1945 d.e.c.)

Me preguntaste que cosa era el tiempo para mí... Y te digo en forma sucinta que el tiempo es pasado... porque este mismo pedacito de tiempo ya fue, ya no se me repite en toda mi vida. El futuro no es tiempo...el presente no es tiempo, para mí tiempo es sólo pasado. Me surge esta conclusión siempre que pienso en la palabra tiempo...

Donatella Starace (Reggio Calabria, 1971 d.e.c.)

El tiempo es aquello que permite a nuestra existencia realizarse. Es como un collar de perlas en cuyas extremidades encontramos el inicio y el final de la vida de cada uno de nosotros. Caminamos a través del collar, al inicio con el paso titubeante e inseguro de la primera infancia, luego con el paso seguro de la edad adulta hacemos caer las perlas del collar, siempre con la misma velocidad. Nunca es posible volver hacia atrás para poder rever los momentos en los cuales pensamos que la vida es verdaderamente bella. Todo esta en manos de los recuerdos y segundo tras segundo, volviéndonos hacia atrás, vemos que del collar las perlas han caído en el mar de la eternidad.

Marisa Haboba (La Plata, 1971 d.e.c.)

El tiempo es para la vida lo que el cuerpo es para el alma.

Sergio Andreozzi (Roma, 1965 d.e.c.)

El tiempo es vida!

Tres segundos de placer, nueve meses de goce, siete horas de sufrimiento, pocos segundos para salir, setenta años de sufrimiento, un segundo para morir.

Antes o despues se esta fuera del tiempo!

XIV
Miércoles etimológico y popular

“Si lo que vas a decir no es más bello que el silencio: no lo
digas”
Proverbio árabe

“Hoy tengo ganas de hacer la charla más tranquila”, dice el Toto luego de los correspondientes saludos de besos y abrazos entre todos los miercolinos.

“¿Qué significa más tranquila?”, pregunta Pelusa. “¿Vos tenés idea lo que significa la tranquilidad?”

“Ahí esta! Digo de hacer la charla más tranquila y me venís de entrada con semejante pregunta. De todos modos, no te creas que me asustás. Te la respondo inmediatamente: “la tranquilidad es un estado que se alcanza después de la muerte”.

“Bueh, cambiemos de tema. Me gustaría saber qué significado simple le pueden dar ustedes a la palabra tiempo. ¿Qué les parece? ¿Empezamos en ronda, uno a la vez?”, dice el Toto.

“Dale, empezamos”, contestan los muchachos.

“Para mí es la duración de las cosas sujetas a cambio o de los seres que tienen una existencia finita: los relojes sirven para medir el tiempo”.

”Para mí es un periodo tal como se especifica”.

”Vamos a evitar decir para mí, o decir según yo, vamos directamente a la definición”, agrega medio impaciente el Peta.

”Época durante la cual vive alguna persona o sucede alguna cosa”.

“Estación del año: suele hacer frío durante este tiempo del año.”

“Edad, especialmente para referirse a los bebés o cría de animales: ¿Cuánto tiempo tiene este ternero?”

“Edad de las cosas desde que empezaron a existir: el televisor tiene mucho tiempo, no es raro que no se vea bien”.

“Ocasión o coyuntura de hacer algo: tiempo de reposo.”

“Gramaticalmente es cada una de las divisiones de la conjugación correspondiente a la época relativa en que se ejecuta o sucede la acción del verbo: tiempos pretérito, presente y futuro.”

“También es un tiempo compuesto. Una forma verbal construida por el auxiliar haber y el participio pasado del verbo del que se trate: *he venido* es un tiempo compuesto”.

“Cada uno de los actos sucesivos en que se divide la ejecución de una cosa: el arquero hizo una parada en dos tiempos”.

“Deportivamente es cada una de las partes en que se dividen los partidos de ciertos deportes, como el fútbol o el baloncesto: el equipo local remontó el resultado adverso en el segundo tiempo”.

“También para el automovilismo es la fase de un motor: motor de cuatro tiempos”.

“En música es cada una de las partes de igual duración en que se divide el compás. También cada una de las partes en que se divide una composición: esta obra musical consta de cuatro tiempos”.

“Estado atmosférico: en esta época del año el tiempo es lluvioso”.

“Religiosamente es un tiempo litúrgico. Cada una de las partes en que la Iglesia Católica divide el año litúrgico”.

“Volviendo a los deportes es un tiempo muerto. En baloncesto y otros deportes, espacio de tiempo durante el que se interrumpe el partido, a petición de uno de los entrenadores,

para poder reunirse con los jugadores: el entrenador solicitó un tiempo muerto para recomponer las líneas de su equipo”.

”Entonces, volviendo a la gramática es un tiempo simple. El constituido por una sola forma verbal. También es un adverbio, se puede decir: a tiempo. En el momento oportuno o puntualmente: llegó a tiempo a la fiesta”.

”También: a tiempo completo. Se dice del contrato de trabajo que comprende toda la jornada laboral y que excluye otros posibles trabajos. O sino: a tiempo parcial. Se dice del contrato de trabajo que ocupa solo una parte de la jornada laboral y que puede compatibilizarse con otros: trabajo a tiempo parcial en la universidad”.

”A un tiempo. Simultáneamente: tenemos que levantar el mueble los dos a un tiempo”.

”Con tiempo. Anticipadamente: llegamos a la estación con tiempo suficiente para tomar el tren”.

”Dar tiempo. Conceder a alguien el tiempo necesario para hacer algo: dame un poco de tiempo para pensar lo que vamos a pedir, por favor”.

”Dar tiempo al tiempo. Esperar el momento oportuno para hacer algo: hay que dar tiempo al tiempo y dejar que se cure el embutido antes de empezar a comérselo”.

”Del tiempo. De la temporada: fruta del tiempo”.

”A temperatura ambiente: leche del tiempo”.

”Faltar tiempo a alguien para hacer algo. Hacer algo inmediatamente: en cuanto se enteró del nuevo cotilleo, le faltó tiempo para contárselo a todos sus compañeros”.

”Hacer tiempo. Entretenerse hasta que llegue el momento oportuno para hacer algo: estuve haciendo tiempo hasta que llegó la hora de salir de casa”.

”Duración de las cosas sujetas a mudanza”.

”Magnitud física que permite ordenar la secuencia de los sucesos, estableciendo un pasado, un presente y un futuro. Su unidad en el Sistema Internacional es el segundo”.

“Época durante la cual vive alguien o sucede algo. En tiempo de Trajano. En tiempo del descubrimiento de América”.

“Estación del año” .

“En esgrima se le dice al golpe que a pie firme ejecuta el tirador para llegar a tocar al adversario”.

“Tiempo crudo, tomar algo a tiempo crudo”.

“Nuevamente en liturgia, tiempo de pasión. El que comenzaba en las vísperas del domingo de Pasión y acababa con la nona del Sábado Santo”.

“Tiempo de reverberación. En un auditorio, tiempo que ha de transcurrir para que el sonido se reduzca en una proporción determinada”.

“En geología es el transcurrido en las diversas eras geológicas, que se mide en millones de años”.

“Tiempo inmemorial. Tiempo antiguo no fijado por documentos fehacientes, ni por los testigos más ancianos”.

“Tiempo medio, el que se mide por el movimiento uniforme de un astro ficticio que recorre el Ecuador celeste en el mismo tiempo que el sol verdadero la eclíptica”.

“Lapso que transcurre entre un estímulo y su respuesta”.

“Tiempo perdido, el que transcurre sin hacer nada provechoso o sin obtener ningún adelanto en la cosa de que se trata”

“Tiempo sidéreo es el que se mide por el movimiento aparente de las estrellas y más especialmente del primer punto de Aries”.

“Tiempos heroicos, son aquellos en que se supone haber vivido los héroes del paganismo”.

“Acomodarse al tiempo, conformarse con lo que sucede o con lo que permiten la ocasión o las circunstancias”.

“Ajustar los tiempos, investigar o fijar la cronología de los sucesos.”

“A largo tiempo, después de mucho tiempo; cuando haya pasado mucho tiempo”.

“Al mejor tiempo, quizá, tal vez”.

“Al mismo tiempo, simultáneamente”.

“Alzarse el tiempo; serenarse, o dejar de llover”.

“Engañar el tiempo, matar el tiempo”.

“En tiempos de Mariacastaña, en tiempos muy antiguos”.

“Fuera de tiempo, intempestivamente”.

“Ganar tiempo, darse prisa, no perder tiempo. Hacer de modo que el tiempo que transcurra aproveche al intento de acelerar o retardar algún suceso o la ejecución de algo”.

“Gastar el tiempo, perder el tiempo”.

“No tener tiempo material. No disponer del que estrictamente se necesita para algo. No tuve tiempo material para escribirte”.

“Y sino, al tiempo. Expresión usada para manifestar el convencimiento de que los sucesos futuros demostrarán la verdad de lo que se afirma, relata o anuncia”.

“Bomba de tiempo”.

“Bueno, basta! Podemos pasarnos toda la noche dándonos ideas acerca del tiempo”, dice ya inquieto Valner.

“Pruebo a decir algunos sinónimos” dice todavía Pelusa:

“Período, intervalo, temporada, ocasión, etapa, oportunidad, coyuntura, vida, circunstancia, lapso, espacio, años, estación, momento, edad, clima, meteorología, ciclo, fase, duración, temperatura, época, era, existencia”.

En cambio, si hacemos el mismo ejercicio con la palabra “eternidad”, que sucede:

“Perpetuidad, espacio que no tiene principio ni tendrá fin: el amor permanecerá durante toda la eternidad”.

”Vida perdurable del alma de la persona después de la muerte: no cree en la eternidad, pero le gustaría que existiera”.

”Cualquier espacio de tiempo muy largo: has tardado una eternidad en venir”.

”Duración dilatada de siglos y edades”.

“Posesión simultánea y perfecta de una vida interminable, considerada atributo de D’os”.

“Vida perdurable de la persona después de la muerte”.

“¿Y cómo sinónimos?, sigue Pelusa:

“Perpetuación, perpetuidad, infinitud, inmortalidad”.

“Probamos ahora con la palabra “memoria”, dice el Toto, entusiasmado con el juego.

“Según San Agustín es el presente del pasado!”

“Según los diccionarios:

- Facultad psíquica por medio de la cual se retiene y recuerda el pasado.
- En la filosofía escolástica, una de las potencias del alma.
- Recuerdo que se hace o aviso que se da de algo pasado.
- Exposición de hechos, datos o motivos referentes a determinado asunto.
- Estudio, o disertación escrita, sobre alguna materia.
- Relación de gastos hechos en una dependencia o negociado, como una especie de inventario sin formalidad.
- Monumento para recuerdo o gloria de algo.
- Obra pía o aniversario que instituye o funda alguien y en que se conserva su memoria.
- Dispositivo físico, generalmente electrónico, en el que se almacenan datos e instrucciones para recuperarlos y utilizarlos posteriormente.
- Libro o relación escrita en que el autor narra su propia vida o acontecimientos de ella.
- Relación de algunos acontecimientos particulares que se escriben para ilustrar la historia.
- Libro, cuaderno o papel en que se apunta algo para tenerlo presente.
- Saludo o recado cortés o afectuoso a un ausente, por escrito o por medio de tercera persona”.

“¿Puedo cantar?”, dice el Toto.

“Visto que la charla se transformo en un popurrí mas que variado, por que no? dice Pelusa.

“¿Y qué te viene en mente?” pregunta Valner.

“*Todo cambia*, la canción de Mercedes Sosa (San Miguel de Tucumán, 1935 d.e.c.), con texto de Julio Numhauser”.

”Dale, te escuchamos, pero por favor, cantalo en voz bien baja, así nadie se entera más que nosotros, que como te queremos, te perdonamos.”

Cambia lo superficial, cambia también lo profundo, cambia el modo de pensar, cambia todo en este mundo.

Cambia el clima con los años, cambia el pastor su rebaño. Y así como todo cambia, que yo cambie no es extraño.

Cambia el sol en su carrera, cuando la noche subsiste, cambia la planta y se viste, de verde la primavera.

Cambia el pelaje la fiera. Cambia el cabello el anciano.

Pero no cambia mi amor. Por más lejos que me encuentre.

Ni el recuerdo, ni el dolor. De mi pueblo y de mi gente.

Y lo que cambió ayer. Tendrá que cambiar mañana.

Así como cambio yo. En esta tierra lejana.

“Bueno, ahora me entusiasme también yo”, dice el Pollo.

“Les canto una hermosa canción, también de la gorda Sosa, se llama *Honrar la vida* y es escrita por Eladia Blazquez (Buenos Aires, 1931 d.e.c.)”

Permanecer y transcurrir no es es perdurar, no es existir, ni honrar la vida!

Hay tantas maneras de no ser, tanta conciencia sin saber, adormecida...

Merecer la vida, no es callar y consentir tantas injusticias repetidas...

Es una virtud, es dignidad y es la actitud de identidad más definida!

Eso de durar y transcurrir no nos da derecho a presumir, porque no es lo mismo que vivir, honrar la vida!

Permanecer y transcurrir no siempre quiere sugerir honrar la vida!

Hay tanta pequeña vanidad en nuestra tonta humanidad engegucida.

Merecer la vida es erguirse vertical más allá del mal, de las caídas...

Es igual que darle a la verdad y a nuestra propia libertad la bienvenida!

“Dale que va...” sigue el Peta, aunque sabe muy bien de desentonar. Pero igualmente prueba con otra canción de Mercedes, escrita por Pablo Milanes (Bayamo, 1943 d.e.c.) y que se llama : *Años*.

El tiempo pasa. Nos vamos poniendo viejos.

Yo el amor. No lo reflejo como ayer.

En cada conversación, cada beso, cada abrazo.

Se impone siempre un pedazo.

De razón vamos viviendo. Viendo las horas. Que van pasando.

Las viejas discusiones. Se van perdiendo. Entre las razones.

Porque años atrás. Tomar tú mano, robarte un beso, sin forzar el momento.

A nada digo que no. Para poder construir.

Esta tremenda armonía. Que pone viejo los corazones.

Porque el tiempo pasa. Nos vamos poniendo viejos.

“La última de Mercedes Sosa la canto yo”, dice el Toto, visto que fuí el de la idea de esta guitarreada me merezco terminarla yo. Les dedico una, pero una canción escrita por David Lebón (Buenos Aires, 1952 d.e.c.)

El tiempo es veloz, la vida es esencial. El cuerpo en mis manos me ayudan a no estar contigo. Quizás nadie entienda, vos me

tratás como si fuera algo más que un ser. ¿Te acuerdas de ayer? Era tan normal. La vida era vida y el amor no era paz. Que extraño. Ahora me siento diferente, pienso que todavía quedan tantas cosas para dar. No vez que todo va todo creciendo hacia arriba. Y el sol siempre saldrá mientras que a alguien le queden ganas de amar. Perdona mi amor por tanto hablar, es que quiero ayudar al mundo cambiar, ¡qué loco!... Si realmente se pudiera y todo el mundo se pusiera en una vez a realizar.

“Pelusa! ¿No tenes alguna reflexión como para cerrar la noche?”

“Y! La verdad que alguna cosa se me tendría que ocurrir. A ver... dejame pensar un poquito...Ah! Sí, se me ocurre una reflexión que me encontré el otro día navegando por internet, dice así:

*Toma tiempo para pensar...Este es el origen del poder.
Toma tiempo para jugar...Este es el secreto de la eterna juventud.*

*Toma tiempo para leer...Esta es la fuente de la sabiduría.
Toma tiempo para orar...Este es el mayor poder sobre la tierra.*

Toma tiempo para amar y ser amado...Este es un privilegio dado por D'os.

*Toma tiempo para la amistad...Este es camino de la felicidad.
Toma tiempo para reir...Esta es la musica del alma.
Toma tiempo para dar...Esto llena de alegría el alma.
Toma tiempo para trabajar...Este es el precio del éxito.
Toma tiempo para hacer caridad...Esta es la llave del cielo”.*

”Muy buena”, dice Valner. “Sólo que ahora quiero terminar yo, haciendo un cuentito corto:

Imagínense que existe un banco que cada mañana acredita en tu cuenta la suma de € 86.400. Este es un banco muy especial,

ya que no arrastra tu saldo día a día, sino que cada noche borra el saldo que no utilizaste ese día. ¿Qué harían?, pregunta Valner, contestándose a sí mismo, Retirar hasta el último centavo cada día! Por supuesto!

Entonces, la historia es que cada uno de nosotros tiene una cuenta en ese banco. Su nombre es *Banco Tiempo*. Cada mañana este banco te acredita 86.400 segundos, cada noche este banco borra y da como pérdida la cantidad que no utilizaste ese día, la cantidad que no haz invertido en un buen propósito. Este banco no arrastra saldos ni permite sobregiros. Cada día te hace un nuevo depósito. Cada noche elimina los saldos del día. No existen los giros de cuenta al depósito del mañana, debes vivir en el presente con los depósitos del hoy.

El gerente del *Banco Tiempo* te da un consejo: invierte de tal manera que consigas lo mejor en salud, felicidad y éxito. El reloj sigue su marcha, consigue lo máximo de cada día”.

Para entender el valor de un año, pregúntale a un estudiante que perdió el año de estudios.

Para entender el valor de un mes, pregúntale a una madre que alumbró un bebé prematuro.

Para entender el valor de una semana, pregúntale al editor de un semanario.

Para entender el valor de una hora, pregúntale a los amantes que esperan para encontrarse.

Para entender el valor de un minuto, pregúntale a una persona que perdió el tren.

Para entender el valor de un segundo, pregúntale a la persona que con las justas evitó un accidente.

Para entender el valor de una millonésima de segundo, pregúntale a una persona que ganó la medalla de plata en las olimpiadas.

“Bueno, ahora sí que nos vamos a dormir”, dice con voz de mando Pelusa.

Inician los acostumbrados saludos. “Hasta el miércoles que viene”.

XV

La física en busca de D'os

“El amor hace pasar el tiempo; el tiempo hace pasar el amor”

Proverbio italiano

Se comienza a intuir que la teoría cuántica nos presenta una interpretación aparentemente increíble, pero atendible de la naturaleza de la mente y de la realidad. Sobretudo, es imposible ignorar la revolución cuántica en la búsqueda de D'os y del significado de la existencia.

Le debemos a la teoría cuántica el láser, el microscopio electrónico, el transistor, los superconductores, la energía nuclear. Esta teoría explica la estructura del átomo, los vínculos químicos, la conducción de la electricidad, las propiedades mecánicas y las técnicas de los sólidos, los mecanismos del colapso estelar, etc.

¿Puede ser que la naturaleza sea caprichosa y casual y en cuanto tal hace que los electrones y otras partículas aparezcan de casualidad de la nada?

Muchos científicos siguieron la opinión del físico Niels Bohr (Copenhague, 1885 d.e.c.), arribando a que la incerteza del comportamiento atómico es una ley de la naturaleza: las leyes perfectas que gobiernan el movimiento de los objetos del universo se aplican a estrellas y galaxias, pero cuando se trata de átomos, las leyes son aquellas de la ruleta, o más bien del caos!

Einstein no acepta esta conclusión de Bohr, declarando con la celebre frase: “D’os no juega a los dados!”. Pero se equivocaba. Esta probado que en el mundo subatómico reina la ley del caos y de los efectos sin causa.

El argumento de la cuántica es materia muy técnica y difícil. Pero lo expuesto basta para demostrar que la concepción ordinaria del mundo, aquella según la cual los objetos de la llamada realidad externa existen prescindiendo de nuestra observación, se demuestra absurda completamente delante del factor cuántico. Muchos aspectos que nos dejan perplejos se aclaran si se tiene presente el dualismo onda- crepúsculo que recuerda el dualismo mente y cuerpo, objeto de argumentos filosóficos. El universo entonces, según el pensamiento del físico cuántico Eugene Wigner (Budapest, 1902 d.e.c.), debería encontrarse en el estado de limbo cuántico. Sin una mente que lo integre, el universo no puede mas que vagar en una incierta condición de irrealidad.

Hay una audaz teoría que afronta directamente este vertiginoso problema: la teoría de los Universos Paralelos. La teoría afirma que todos los mundos cuánticos alternativos y posibles son reales y co-existen en modo paralelo uno de los otros. Cada vez que determinamos una medida cualquiera, por ejemplo, si una persona esta viva o muerta, el Universo se divide en dos Universos: en uno la persona esta viva y en otro la persona esta muerta. Ambos Universos son reales y en ambos hay observadores humanos, pero que perciben solo el Universo en el cual se encuentran. Cierto, puede ser que el «sentido común» se revela a la idea que el Universo se divide en dos a según del capricho de un único electrón: la teoría, en cambio, se sustenta gracias a un análisis mas profundo. Cuando el Universo se divide, se divide también nuestra mente en dos mentes distintas, cada una de las cuales va a vivir en su Universo. Cada una de las mentes, naturalmente, esta convencida de ser única e

indivisible.

Los mundos paralelos, una vez aislados, resultan físicamente separados y entonces inalcanzables e inaccesibles. Para reunirlos se necesitaría invertir el proceso de la medida, el que necesitaría una inversión temporal: es como querer reconstruir un huevo que se ha roto, átomo tras átomo.

Según los cristianos, D'os es eterno. Este adjetivo, en cambio, tiene dos acepciones diferentes: “que dura para siempre” y “sin tiempo”.

La primera es más simple: eterno es todo aquello que existe sin principio ni final por un periodo de tiempo infinito. Una semejante eterna divinidad comporta serias objeciones. Un D'os en el tiempo es sobrepuesto a los cambios: ¿Qué cosa provoca el cambio? Si D'os es la causa de todo aquello que existe (como se deduce del argumento cosmológico) es razonable afirmar que la causa última cambia también a sí misma? El tiempo no goza de una existencia en sí misma, pero forma parte del universo físico.

Es claro que D'os no puede ser omnipotente si es sobrepuesto a la física del tiempo, ni se lo puede retener creador del Universo si no ha creado también el tiempo.

En efecto, teniendo en cuenta que el tiempo y el espacio son inseparables, un D'os que no crea el tiempo, no crea tampoco el espacio. Entonces, se podría concluir que el concepto de un D'os creador es superfluo, excepto que para crear el tiempo (o más rigurosamente el espacio-tiempo).

Falta la otra acepción de eterno: “sin tiempo”. El concepto de un D'os más allá del tiempo viene de épocas antiguas, al menos del medioevo, de San Agustín, el cual sostenía que D'os a creado el tiempo. También mucho teólogos cristianos sostenían esta posición. San Anselmo, por ejemplo, escribía: “Tú (D'os)

existís no ayer, hoy o mañana, existís del todo más allá del tiempo”.

Un D'os sin tiempo no presenta los problemas expuestos anteriormente, pero esta sobrepuesto a limitaciones. No puede ser un D'os personal que piensa, dialoga, siente, desea, etc. porque se trata de actividad temporal. Es difícil establecer cómo un D'os semejante pueda mandar sobre el mundo! Un D'os sin tiempo no puede, entonces, ser considerado persona o individuo en el sentido que atribuimos a este termino.

La física del tiempo comporta algunas interesantes implicaciones filosóficas y lógicas que se aplican a la omniconciencia divina.

Si D'os es sin tiempo, no puede pensar, porque el pensamiento es una actividad que aviene en el tiempo. Además, ¿Cómo puede conocer un ser sin tiempo? El conocer es imprescindible del tiempo. Si D'os, por ejemplo, conoce la posición de cada átomo hoy, es evidente que mañana este conocimiento será cambiado. Para que este conozca en modo atemporal es necesario, entonces, un conocimiento de todos los eventos del tiempo.

Se hace así muy difícil conciliar los diferentes y tradicionales atributos de la divinidad. La física moderna, habiendo descubierto y por consiguiente establecido el cambio del tiempo, divide la omnipotencia divina de la existencia de su personalidad. No es fácil, entonces, demostrar que D'os posee ambas cualidades.

XVI

Momentos del Tiempo

“El tiempo no es sino el espacio entre nuestros recuerdos”

Henry F. Amiel(Suiza, 1821 d.e.c.)

Los momentos del tiempo están dispuestos, ante todo, en *continuidad* ¿Qué significa esto? Desde un punto de vista meramente intuitivo y cualitativo, la continuidad suele describirse desde la antigüedad diciendo que dos magnitudes constituyen un continuo cuando el extremo final de la una es idéntica al extremo inicial de la otra.

En nuestro caso, el tiempo sería continuo porque el mismo «ahora» es el último de la línea del pasado y el primero de la línea del futuro. Pero esto no es suficiente.

Como dice Zubirí, para lograr un concepto más riguroso y preciso de la continuidad hay que partir de que la línea del tiempo es un conjunto de “ahoras”.

Ciertamente el tiempo no es un conjunto de “ahoras” si por conjunto se entiende un conjunto finito. Pero los conjuntos pueden ser infinitos, pueden contener una infinitud actual de elementos como es usual en la matemática, iniciando desde Cantor (San Petersburgo, 1845 d.e.c.). Esta infinitud puede ser de distinto *tipo*. Cantor diría que puede tener distinta *potencia*.

Sin entrar en precisiones ulteriores, contentémonos con decir que uno de estos tipos de infinitud es justo la continuidad. Por ejemplo, considerados «todos» los puntos de un segmento lineal como «actualmente» existentes en él constituyen un «conjunto» de puntos infinito «continuo». Si dos conjuntos se

corresponden biunívocamente en sus elementos se dice que tienen el mismo tipo de infinitud.

Pues bien, la línea del tiempo es, siguiendo siempre el pensamiento de Zubiri, un conjunto infinito de “ahoras” que se corresponde biunívocamente con los puntos de una línea o segmentos lineales. Por esto la línea del tiempo es un conjunto continuo de “ahoras”. Por tanto, si queremos conceptualizar adecuadamente la continuidad de los ahora o momentos del tiempo nos bastará con conceptualizar la continuidad de un conjunto de puntos.

Para ello, la matemática actual toma un punto cualquiera del conjunto. Este punto divide al conjunto en dos subconjuntos, uno a derecha y otro a izquierda del punto elegido, es decir, construye una *cortadura* en aquél.

Y esta división tiene la propiedad de que el punto dividente pertenece al conjunto total, y de que en el subconjunto de la izquierda no hay ningún punto que sea el *último* ni en el de la derecha ninguno que sea el *primero*. En esto consiste estricta y rigurosamente la continuidad. Como el punto dividente pertenece al conjunto total, puede ser libremente computado al subconjunto de la derecha o al de la izquierda.

En el primer caso el subconjunto de derecha tiene un primer elemento, el punto dividente; pero el de la izquierda no tiene ninguno que sea el último.

En el segundo caso acontece lo contrario. De ahí que en un conjunto continuo cada punto es el límite común de una sucesión monótona decreciente y de otra creciente de puntos, un límite perteneciente al conjunto mismo. Si el punto no perteneciera al conjunto, éste, a pesar de su infinitud, tendría un *hueco* o laguna. Un conjunto de puntos en el que se ha definido una continuidad se dice que constituye un espacio topológico.

Ahora bien, como la línea del tiempo es un conjunto infinito de “ahoras” que se corresponde biunívocamente con el conjunto de puntos de una línea espacial, resulta que la línea del tiempo constituye un conjunto continuo; esto es, dado un *ahora* no hay en el pasado ningún momento que sea el último anterior, ni hay en el futuro ninguno que sea el primero posterior. He aquí el concepto riguroso de la continuidad del tiempo. Cada «ahora» es un *momento-límite*, en el sentido definido, y además (al igual que en el segmento lineal) es un límite accesible: es un *ahora* que llega.

Para Heisenberg (Wurzburgo, 1901 d.e.c.), hay en el universo físico una duración mínima. Pero claro, esto no pasa de ser una semejanza, por lo demás externa, con el atomismo temporal. Una cosa es que haya una duración mínima de la que está integralmente compuesta la duración total macroscópica, otra que esta composición sea *aditiva*. Tiempo mínimo significa pura y simplemente que el concepto de duración no tiene sentido para la física por abajo de cierto límite. La psicología actual parecía haber llegado también a un mínimo de duración, pero se trata más bien de un mínimo para que haya conciencia de la duración.

Como quiera que sea, tomado en su primigenia inmediatez, el tiempo se nos presenta como una línea continua de ahoras, cada uno de los cuales carece de duración.

Esta línea continua se nos presenta como indefinida, es decir, el continuo temporal se presenta como abierto hacia la derecha y hacia la izquierda. Si no gozara de esta propiedad, el tiempo sería continuo, pero constituiría un conjunto acotado. ¿Es el tiempo una línea acotada?

Es infinito, porque no tiene ni comienzo ni fin. Pero dentro de él se inscribe un tiempo perfectamente acotado, el tiempo cósmico de doce mil años de duración, *el tiempo de larga denominación*. Esta idea de un tiempo cósmico ha inspirado a

muchas mitologías. Aparece en el mundo griego con el Kronos que devora a sus hijos, etc. Es la idea de que el tiempo va engendrando todas las cosas y devorándolas después.

En definitiva, si se toma en su inmediatez, por lo menos usual, el tiempo no es un conjunto acotado. En rigor, el tiempo como fenómeno no es ni abierto ni acotado, sino que hace posibles ambas interpretaciones, precisamente porque *ambas* son interpretaciones, al igual que el espacio intuitivo no es euclidiano, sino que deja abierta la interpretación euclidiana o no euclidiana de su estructura. La geometría euclidiana no es ni más ni menos creación conceptual de todas las geometrías no euclidianas. El *tiempo abierto* es un tiempo conceptualizado, al igual que lo es el *tiempo acotado*. Pero goza, como la geometría euclidiana, de una cierta *naturalidad*.

La línea temporal es, como acabamos de ver, indefinida; los momentos del tiempo no constituyen un conjunto acotado. Pero la apertura puede ser de distinto tipo. La apertura de una línea que nunca vuelve sobre sí misma es la línea que se prolonga indefinidamente hacia derecha e izquierda, sin cortarse a sí misma. Como correspondiente a este tipo de apertura infinita concebimos el tiempo como algo *irrepetible*, tanto si miramos hacia el pasado como si miramos hacia el futuro. Es el tiempo que pudiéramos llamar *rectilíneo*.

No siempre se ha pensado lo mismo. Tanto en Oriente como en Grecia, se ha interpretado muchas veces el tiempo indefinido como una línea de carácter cíclico. El tiempo sería infinito en el sentido de que no comienza ni termina, pero tendría una especie de configuración geométrica, porque de una manera más o menos regular el tiempo, dicho en términos vulgares, vuelve a dar una vuelta sobre sí mismo. Ciertamente, por el hecho de que estas *vuelatas* o ciclos se suceden, el tiempo es irrepetible. Pero como cada ciclo es equivalente al anterior, puede en cierto modo decirse que el tiempo cíclico es repetible;

es, si se quiere, periódicamente repetible. Esta concepción del tiempo cíclico es la que se expresa en la idea del *eterno retorno*. El mundo estaría cíclicamente sometido a un retorno eterno, y el tiempo, envuelto en este proceso cósmico, sería un tiempo cíclico.

Otros pueblos y otras mentalidades, como Israel y el Cristianismo, conciben el tiempo como una línea indefinida, por lo menos hacia el futuro, sin periodicidad configuracional ninguna.

En el Antiguo Testamento se llama al tiempo de varias maneras. Una de ellas, *'eth*, significa más bien el tiempo propio de una cosa o de un acontecimiento. Otro nombre es *dor*, que significa la larga duración de la vida de un hombre, y sobre todo un largo período histórico. Hay un tercer termino que es *'olam* y que significa la duración indefinida que desde la *noche de los tiempos* del pasado avanza hacia el insondable porvenir del futuro. Abarca no sólo los fenómenos naturales, sino también, y sobre todo (en el deutero-Isaías), el curso de la historia. Y precisamente por esto ha servido para designar a D'os como ser que no tiene ni principio ni fin. El tiempo indefinido ha sido la manera de concebir y designar la eternidad de D'os.

La concepción aperiódica no es menos «interpretativa» que la concepción cíclica, pero hay que reconocer que en este punto la aperiodicidad del tiempo goza también de cierta *naturalidad*. Las partes del continuo temporal están ordenadas. *Orden* significa que dados dos elementos cualesquiera de un conjunto (en nuestro caso dos momentos cualesquiera del tiempo) hay siempre un criterio unívoco para discernir cuál es *anterior* y cuál es *posterior*. Es menester no confundir esta propiedad con otra, según la cual dado un elemento cualquiera del conjunto, está siempre unívocamente determinado cuál es el elemento siguiente. Cuando esto ocurre el conjunto no sólo está

ordenado, sino que está, además, *bien ordenado*. Pues bien, siempre ha sido un caballo de batalla en la teoría de los conjuntos saber si el continuo es o no un conjunto bien ordenado. A primera vista esto es imposible: dado un punto cualquiera de una recta, parece que no tiene sentido decir cuál es el punto inmediatamente siguiente.

Zermelo (1871 d.e.c.) pretendió que mediante un sistema transfinito de operaciones puede ordenarse bien el continuo. Sea cualquiera la solución a este problema, a nosotros nos basta con admitir que el continuo temporal está ordenado. En su virtud, dado un punto de origen, un momento cualquiera es siempre tal que acontece, o bien *antes*, o bien *después* que el punto origen, o coincide con él. El concepto de *antes* y de *después* es la versión temporal del concepto de *anterior* y de *posterior*. Estos dos pares de conceptos no se identifican sin más porque todo lo que está *antes* o *después* es *anterior* o *posterior*, pero la recíproca no es cierta: *anterior* y *posterior* no significa forzosamente que son temporalmente *antes* o *después*.

Entonces, el tiempo es una línea temporal de momentos, de “ahoras”, cuya conexión es de carácter continuo, abierto, aperiódico y ordenado. Pero el tiempo no tiene tan sólo partes con conexión; tiene, también, una dirección.

El tiempo como línea está compuesto por elementos o partes que son sus momentos, cuya unidad de continuidad es transcurrente. De aquí la diferencia esencial entre el tiempo y el espacio, tanto por lo que se refiere a la índole de sus elementos como por lo que se refiere a su unidad.

Por lo que se refiere a sus elementos, la continuidad espacial no implica ni dirección ni distancia; en cambio, la continuidad de los momentos del tiempo tiene, por sí misma, una dirección y es también por sí misma metrizable.

Por lo que se refiere a la unidad, la unidad de los puntos del espacio, es la unidad del mero «*estar-entre*», mientras que la unidad de los momentos del tiempo es unidad de «transcurrencia»

Pero ambos continuos, el espacial y el temporal, se corresponden biunívocamente en tanto que conjuntos. Esta línea del tiempo es la línea del transcurso de las cosas.

XVII

El Tiempo y las Cosas

“Cuando llega el tiempo en que se podría, ha pasado en el que se pudo”

Marie Von Ebner-Eschenbach

El *tiempo* tiene otros caracteres que no le competen por lo que es en sí mismo, sino tan sólo por razón de las cosas que acontecen en él.

Desde este punto de vista aparece el tiempo como unidad respectiva de las cosas que transcurren temporalmente. Esta unidad puede estudiarse, a su vez, desde dos puntos de vista. Uno es el punto de vista de las cosas mismas. Su respectividad al tiempo es lo que llamamos *cuándo*; toda cosa tiene un *cuándo* de su ser. Pero puede considerarse el tiempo respecto de las cosas desde el tiempo mismo; esto es, como una especie, digámoslo así, de *envolvente universal* de las cosas. ¿Cuándo ocurre una cosa? Tomado en toda su generalidad, este *cuando* significa la *colocación*, por así decirlo, de algo en el tiempo.

¿Qué es esta colocación, este *cuándo*? A primera vista el *cuándo* consistiría, pura y simplemente en el punto temporal en que algo acontece. Sería la respectividad de una cosa a la línea del tiempo. Sin embargo, esto es imposible. *Cuándo* es ciertamente un carácter temporal de las cosas, pero no es la respectividad de cada cosa a la línea del tiempo, sino la respectividad temporal *mutua* de las cosas *entre sí*. No es el punto de la línea temporal de una cosa, sino que es siempre y sólo el momento temporal de una cosa respecto del momento

temporal de otra: sucederá A cuando suceda o haya sucedido B, etc.

El *cuándo*, entonces, es un carácter temporal de las cosas, pero en su respectividad mutua. Y como esta respectividad depende esencialmente del sistema de las cosas mismas, resulta que cada sistema tiene su tiempo propio, es decir, su determinación del *cuándo*, su tiempo local. Aquí *propio* no significa que cada transcurso tiene «su» tiempo, el tiempo de ese transcurso, sino que cada sistema respectivo de las cosas o de los transcurros, cada tiempo propio, en el sentido anterior, tiene un *cuando propio* al sistema y dependiente de éste.

Ante todo, estamos habituados a ver en el *cuándo* una *fecha* (tanto del calendario como del reloj): tal hecho, decimos, ocurrió a la hora tantos del día tantos del año tantos, etc. Aquí el *cuándo* es una colocación en el tiempo métricamente numerado. Esta colocación es un número respecto de otras cosas que en el tiempo transcurren. Porque decir que tal cosa sucede a tal hora consiste en decir que esa cosa acontece justo en el momento en que otra cosa, un reloj de la índole que fuere, marque el número correspondiente a esa hora. Lo cual significa que cada suceso está localizado en el tiempo respecto de un reloj, esto es, respecto de una cosa temporal.

El *cuándo métrico* es entonces, una determinación numérica temporal de una cosa, pero sólo respecto de otra, y consiste formalmente en su *simultaneidad* con esta última, numéricamente medida; es decir, en que las dos cosas ocurran en un idéntico *ahora numérico*.

No todo *cuándo* es de simultaneidad, pero sólo partiendo de este *cuándo de simultaneidad* puede establecerse un *cuándo* que no sea de simultaneidad.

Para establecer un sistema de simultaneidades universalmente válido, es decir, para fijar la posibilidad numérica del *cuándo*

de cualquier suceso, es menester sincronizar numerosos relojes en el cosmos. Y esto, como es sabido, plantea a la física un grave problema que sólo Einstein resolvió satisfactoriamente. Porque para esa sincronización de los relojes hay que contar con la constancia, cuando menos en primera aproximación, de la velocidad de la luz. Mientras los relojes se consideren en reposo respecto a un sistema de referencia, la cosa parece no ofrecer mayor dificultad. La dificultad comienza a verse cuando se consideran relojes y sistemas de referencia en movimiento los unos respecto de los otros.

Entonces, si desde un sistema A medimos el tiempo que media entre dos sucesos que en él transcurren, constatamos, por ejemplo, que son simultáneos. Pero si hacemos esta misma medida desde un sistema B en movimiento respecto del sistema A, entonces los dos sucesos no son simultáneos en B. La *hora* resulta ser distinta en ambos casos. El concepto de simultaneidad, y por tanto el *cuándo*, son relativos o respectivos al estado de movimiento de los relojes y sistemas de referencia y no independientes de él, como se creyó hasta Einstein.

La relatividad no es sino la respectividad del *cuándo*. La medibilidad del tiempo no consiste primariamente en esa métrica numérica. Es decir, el *cuándo* tiene originariamente un sentido distinto del de una *fecha*; significa la posición de una cosa respecto de otra en la serie de modulaciones cualitativas de la onda temporal. Hay una modulación cualitativa del tiempo, que es más que mera ordenación de momentos, pero menos que una medida numérica.

A la pregunta «¿*cuándo nos veremos?*» se puede responder: «*a las siete*»; pero también «*al anochecer*», «*cuando refresque*», etc. Es una cuandocación que no es numérica, sino una respectividad temporal, pero cualitativa, de las cosas entre sí.

Es un concepto usual, por ejemplo, en la Biblia. El tiempo se designa con el vocablo 'et, que no significa un número, sino este *cuándo*, por así decirlo, cualitativo: hay «*tiempo de penitencia*», «*tiempo de misericordia*»; hay el «*día de la ira de Yahweh*», se habla de la «*plenitud de los tiempos*», etc.

Todos tenemos la impresión de que muchas cosas ocurren a «*su*» tiempo.

Ya los griegos hablaron del *cairÕj*, la oportunidad, el momento oportuno para que algo acontezca o se realice.

En Roma la *opportunitas* tuvo rango de divinidad. Evidentemente, nada de esto es una fecha. Es un *cuándo* meramente cualitativo. Antes de una *crono-metría* hay una *crono-logía* anterior a toda medida. En nuestros usos se entiende por cronología tan sólo la cronometría, pero esta identificación es falsa. Más aún, la medida numérica del tiempo, la cronometría, está fundada sobre una cronología: la medida ha venido a precisar numéricamente el *cuándo cualitativo*. Para esto hacía falta encontrar una medida que fuera bien constatable y estuviera al alcance de la mano.

Se ha recurrido al mundo físico, y dentro de él, a los fenómenos periódicos más manejables, como el movimiento periódico de los astros. Así fueron naciendo, lentamente, el reloj y el calendario (este último entreverado con motivos religiosos).

¿Qué es esta mismidad?

A primera vista podría pensarse que es la simultaneidad con que acontecen dos fases de distintos transcurros. Esto es verdad, pero no es la verdad total! Porque en la mismidad del *cuándo* no se trata, de que las fases de los procesos ocurran a la vez, sino de que los tiempos propios de cada uno de los transcurros marchen a la vez *en cuanto tiempos*. No es una *simultaneidad* de eventos en un mismo tiempo, sino una

sincronía de todos los tiempos. Claro está, el lenguaje identifica más o menos simultaneidad y sincronía; pero como conceptos son perfectamente distintos. La llamada sincronía, por ejemplo, de las épocas prehistóricas de las islas griegas y del continente en realidad no es sincronía, sino simultaneidad, paralelismo de las cosas que acontecen en esas regiones en un mismo cuándo. En cambio, la sincronía concierne a los tiempos mismos.

El tiempo no es algo independiente de las cosas. Si lo fuera, el tiempo de cada cosa sería algo así como el punto de aplicación de «*el*» *tiempo* a «*las*» cosas. Pero esto es imposible, porque para ello lo menos que podría pedirse al *tiempo* es justamente que tuviera unidad intrínseca y formal. Y el *tiempo* carece de unicidad. Su universalidad es puramente sincrónica y, por tanto, es algo meramente resultativo. «*El*» *tiempo* es, por así decirlo, resultado de «*los*» *tiempos* propios de cada transcurso. El tiempo no es una envolvente del cosmos y de las cosas que hay en él.

Entonces, el problema de la realidad del tiempo queda reducido al problema de en qué consiste el tiempo propio de cada transcurso. Para verlo, observemos que todo transcurso es un proceso. Las realidades cósmicas todas, sin excepción, tienen un carácter procesual. Y todo proceso transcurre en «fases» diversas. Ahora bien, estas fases pueden considerarse desde dos puntos de vista. Ante todo, cada fase tiene su *índole* propia. Desde este punto de vista las fases son primariamente momentos de un transcurso *físico* (en el sentido de *real*) de determinada naturaleza. Cada fase es algo que está en respectividad con la índole del proceso entero y, por tanto, con la índole de las demás fases. Así, por ejemplo, se habla de las fases de la conducción del calor, etc. Pero pueden considerarse las fases desde otro punto de vista. Puedo considerarlas en su *mera multiplicidad* dentro del proceso mismo. Entonces cada

fase continúa siendo respectiva a las demás en virtud del carácter procesual del transcurso. Pero esta respectividad no se refiere a la índole de la fase, sino a su simple multiplicidad procesual; esto es, cada fase ocupa una *posición* determinada entre las demás, en tanto que constituyen una multiplicidad procesualmente articulada. Pues bien, la mera *posición física* de cada una de las fases respecto de las demás del proceso es justo el tiempo como línea. El tiempo como línea es la mera respectividad posicional física. El fundamento de esta respectividad es el carácter procesual de la realidad cósmica, y la respectividad misma de mera posición física en el proceso es aquello en que formalmente consiste el tiempo como transcurso lineal.

En su virtud, el tiempo absoluto como algo independiente de las cosas no tiene existencia. Su realidad es formalmente respectiva. Empleando la terminología que aparece en Newton, diremos que no existe el tiempo absoluto, sino tan sólo el tiempo relativo, esto es, el tiempo como respectividad. El tiempo relativo no es, como pretendía Newton, un tiempo ilusorio frente a un tiempo absoluto que sería el verdadero, sino que el tiempo relativo o respectivo es el único tiempo verdadero y real. Las cosas no transcurren *en el tiempo*, sino que transcurren *temporalmente*.

Son las cosas las que por ser procesualmente transcurrentes dan lugar a la línea del tiempo. La única necesidad interna de las cosas es la que viene determinada por la índole intrínseca de su procesualidad.

Y esta índole es la que se plasma en la posición de cada una de las fases; esto es, en tiempo. Por tanto, son las cosas las que devoran el tiempo, y no el tiempo quien devora las cosas. El tiempo es siempre, y sólo, «*tiempo-de*» algo, de algo procesual.

El tiempo no es una envolvente universal de las cosas, no es algo absoluto en ningún sentido; carece de toda realidad

sustantiva. No es sino mera respectividad posicional fásica de todo proceso transcurrente. Y la sincronía de estas respectividades es el tiempo universal cósmico.

XVIII

El Tiempo y el Arte

Cuando leemos un libro antiguo es como si leyéramos todo el *tiempo* que ha transcurrido entre el día que fue escrito y nosotros...El libro conserva algo de sagrado, algo divino, ... el deseo de encontrar felicidad, de encontrar sabiduría”

Borges (Buenos Aires, 1899 d.e.c.)

El tiempo es intangible, la única manera de "verlo" es a través de la sucesión de fenómenos que podemos observar, o la huella que estos dejan. Entre una infinitud de ejemplos de esto están: los pasos que da una persona al caminar, cuando el Sol se pone en el horizonte, o cuando nuestra mente establece la relación entre causa y efecto: como cuando vemos las huellas de alguien en la arena y pensamos que, antes que nosotros, alguien pasó por allí, o al ver la gruesa corteza o la altura de un árbol, imaginamos el tiempo que le tomó adquirirlas.

Estas formas en que el tiempo se manifiesta han intrigado a los artistas de todas las épocas y aunque es un concepto muy difícil de atrapar, han encontrado la manera de representarlo.

Una de las posibilidades más antiguas del arte es contar historias. En épocas y lugares en que la lectura no es un bien común, las imágenes sirven para transmitir a los demás todas las historias posibles: religiosas, heroicas, fantásticas, ejemplares.

En la *Edad Media*, como en otras épocas, la escritura y la lectura estaban confinados a un grupo muy reducido de personas. Mucho del conocimiento que se transmitía entonces era a través de la tradición oral (como son los poemas cantados

de trovadores y juglares) o bien por medio de imágenes que se plasmaban en tapices, vitrales, muros, tablas o los propios libros.

¿Y cómo calificar la sensación temporal de aquellos que duermen, o de quien se abstrae en un momento de oración? En el sueño, el tiempo se detiene, se mantiene suspendido hasta que despertamos. A veces no podemos saber si hemos dormido una o diez horas. Algo similar sucede cuando rezamos.

Los pintores *impresionistas* se levantaban por la mañana temprano y salían a sus caminatas por el campo, a lo largo de las riberas del Sena o por las calles de París, con los caballetes a la espalda, a encontrar sitios propicios, posibles paisajes o escenas que pintar. A estos artistas les interesaba explorar plásticamente la experiencia visual de pintar al aire libre. Se dedicaron a registrar la vida y los fenómenos de su propia época, pero sobre todo quisieron captar la impresión que la realidad les inspiraba en el instante en que la veían. Así, si en la tradición artística se plasmaba a la realidad como supuestamente estable, ellos la cambiaron por una transitoria.

Las obras impresionistas enfatizan la espontaneidad e inmediatez de la visión y de la reacción. Su preocupación por el tiempo tiene especial significación, sobre todo en el caso de Monet (París, 1840 d.e.c.), que se esforzó por relacionar luz, tiempo y lugar en una secuencia de imágenes seriales de catedrales y estanques con lirios.

El *futurismo* (1910) fue una vanguardia artística que exaltó el progreso tecnológico, la libertad artística y el dinamismo del mundo moderno. En uno de los manifiestos de esta vanguardia artística se lee: "El gesto que reproduzcamos en el lienzo no será más un momento fijo en el dinamismo universal. Simplemente será la misma sensación dinámica (...). Debido a la persistencia de la imagen en la retina, los objetos en movimiento se multiplican a sí mismos constantemente; su forma cambia como rápidas vibraciones en su loca carrera. De

ese modo, un caballo en movimiento no tiene cuatro patas, sino veinte, y sus movimientos son triangulares”.

Con su nuevo arte, los futuristas querían mostrar el mundo no tal como era en la realidad sino como se experimentaba realmente. Así, la experiencia del movimiento en un tiempo lo mostraron pictóricamente en la repetición de una misma forma una y otra vez.

Giacomo Balla (Torino, 1817 d.e.c.) fue, de los futuristas, quien más se preocupó por representar el movimiento. La rapidez del movimiento que aparece en los cuadros futuristas expresa su gusto por la fugacidad, por lo inmediato, por la acción.

En cuanto al *cubismo* Marcel Duchamp (Blainville, 1887 d.e.c.) hace referencia al tiempo con una serie de formas geometrizadas que componen una especie de cuerpo "mecanizado". La superposición de cilindros, conos, esferas, líneas y rayones, provocan el efecto visual de "movimiento" en esta composición. El título mismo -desnudo bajando la escalera- nos indica que en esta obra debemos buscar un cuerpo dinámico. Sin embargo, a primera vista nuestro ojo no encuentra exactamente lo que el título pide. No vemos tal "desnudo", en el sentido convencional del término, sino una abstracción de éste, y tampoco es evidente la presencia de la escalera. Pero la sucesión de pasos que requirió ese cuerpo para descender por la escalera se aprecia más claramente. Entre otras cosas, el artista nos muestra un fragmento específico de tiempo, aquel que transcurre en el movimiento de un cuerpo bajando una escalera.

Desde la pintura, esta obra hace algo que también hizo la *fotografía científica*: en la búsqueda de un análisis metódico del movimiento de un cuerpo en el espacio, descompone las imágenes de su trayectoria. Es decir, representa en términos plásticos el tiempo como fenómeno físico.

La fragmentación y multiplicación de las formas de “Desnudo bajando la escalera” se tomó en su momento (1912) como signo evidente de la ruptura de la pintura vanguardista con la tradición artística.

Cuando se inventó la *fotografía*, el primer uso que se le dio fue científico. Por primera vez se podía "congelar" un momento de la realidad y echar una mirada más fija y continua a las cosas. La fotografía permitía hacer un cuidadoso análisis de la estructura y del movimiento, análisis que jamás había sido posible.

Todos los fenómenos naturales y físicos comenzaron a fotografiarse con el afán de estudiarlos de cerca, en la inmovilidad con la que aparecían en una impresión fotográfica. Para estudiar el movimiento se desarrollaron las crono fotografías, en donde el dinamismo de un cuerpo quedaba registrado fotográficamente en cada una de sus flexiones y tensiones. Este tipo de imágenes ayudó a entender mejor la física de los cuerpos.

¿Nunca has tenido esa extraña sensación que provoca ver el tiempo congelado en una fotografía? Cuando el poeta José Emilio Pacheco (México, 1939 d.e.c.) vió una fotografía de su abuela cuando era niña le inspiró este poema:

”Llega un triste momento en la edad en que somos tan viejos como los padres y entonces se descubre en un cajón olvidado la foto de la abuela a los catorce años. ¿En dónde queda el tiempo? ¿En donde estamos? Esa niña que habita en el recuerdo como una anciana muerta hace medio siglo, es en la foto nieta de su nieto, la vida no vivida, el futuro total, la juventud que siempre se renueva en los otros. La historia no ha pasado por ese instante. Aún no existen las guerras ni las catástrofes y la palabra muerte es impensable. Nada se vive antes ni después. No hay conjugación en la existencia más que

el tiempo presente. En él yo soy la vieja.Y mi abuela es la niña”.

XIX

El Proceso

“Lo único que realmente nos pertenece es el tiempo:
incluso aquel que no tiene otra cosa cuenta con eso”

Baltasar Gracián

Hay que darle tiempo al tiempo; esta es una verdad incontrastable, pero se corre el riesgo de darle demasiado tiempo y así siendo, perder tiempo. Es muy importante el equilibrio, darse cuenta de “la medida del tiempo justo a tiempo”.

La vida es un permanente proceso lleno de intercambios entre las personas y las cosas, entre los lugares y paisajes.

“Algunos pueden ser capaces de engañar a todos por poco tiempo; todos pueden ser capaces de engañar a algunos para siempre; pero nunca todos pueden ser capaces de engañar a todos para siempre...” (No se donde lo escuche, así que capaz que fui yo quien lo dijo).

La vida aparece sobrepuesta al tiempo. Cada vida singular no es más que una parte de la materia viviente, sobrepuesta a un gran cambio continuo, sin que nunca el ser se pierda en la nada. En este proceso sin final que es la vida universal, las cosas asumen todas las formas, y no obstante, la sustancia no cambia.

La perfección es parcializada y difusa en las cosas (imperfecta a nuestros ojos), que no podemos verla sino en la suma de las imperfecciones: la perfección, entonces, siempre se trasluce en las cosas imperfectas. La visión orgánica del mundo se obtiene

mediante aquellas de las partes singulares y estas se ven una por una mediante la unidad del todo. A este punto, se necesitaría comprender que cosa es esta unidad!

Las tortugas de las Galápagos viven hasta 200 años; el elefante llega a vivir 100 años; el cocodrilo vive 80 años (como nosotros); el ser humano vive un promedio de 80 años; la ballena vive unos 50 años; el cisne y la garza, el avestruz y el pingüino viven unos 40 años; el caballo, la mula y la cebra, el camello y el rinoceronte viven aproximadamente un promedio de 35 años; el perro, el lobo, el gato, el tigre, el oso y el león viven de 15 a 30 años, dependiendo de la raza; el sapo vive 30 años; la gaviota, la gallina y la paloma viven 25 años; el tiburón vive unos 25 años; el murciélago vive unos 20 años; la golondrina y el gorrión no pasan los 12 años; el lagarto 12 años; los peces pequeños (si nadie los pesca) viven mas o menos unos 12 años; el cerdo vive 10 años; la rana vive 10 años; el conejo vive unos 8 años; la víbora 6 años; el erizo, la hormiga y la abeja viven como máximo unos 5 o 6 años; la rata (menos mal) vive mucho menos, aproximadamente 3 años; la mariposa vive pocos días.

Cabe preguntarse: "no es posible que todos vivan la misma cantidad de tiempo?"

Visto desde el punto de vista de la "velocidad" de movimiento no seria raro pensar que todos vivimos nuestro momento de tiempo psicológico en la misma medida.

Entre la mariposa que vive unos pocos días y la tortuga que llega a los 200 años, prefiero ser humano. Esta muy mal?

"A mal tiempo, buena cara".

"La alegría ha sido llamada el buen tiempo del corazón"

Charles Smiles

XX

Tiempo de Frases

“No se puede olvidar el tiempo más que sirviéndose de él”. *Charles Baudelaire* (París, 1821 d.e.c.)

“Todo poder humano se forma de paciencia y de tiempo”. *Ralph Waldo Emerson* (Boston, 1803 d.e.c.)

“¿Por qué aguardas con impaciencia las cosas? Si son inútiles para tu vida, inútil es también aguardarlas. Si son necesarias, ellas vendrán y vendrán a tiempo”. *Nervo amado* (México, 1870 d.e.c.)

“Nosotros matamos el tiempo, pero él nos entierra.”. *Joaquim Maria de Assis* (Rio de Janeiro, 1839 d.e.c.)

“Hay ladrones a los que no se castiga, pero que roban lo máspreciado: el tiempo”. *Napoleón Bonaparte* (Córcega, 1769 d.e.c.)

“En estos tiempos los jóvenes piensan que el dinero lo es todo, algo que comprueban cuando se hacen mayores”. *Oscar Wilde* (Dublín, 1854 d.e.c.)

“El ser humano ha nacido para trabajar, así como el pajar para volar”. *Martín Lutero* (Eisleben, 1483 d.e.c.)

“Si viviéramos eternamente el tiempo no tendría sentido”. (*No me acuerdo quien lo dijo*)

“La conciencia del tiempo, bajo su forma más pura, es el aburrimiento, es decir, la conciencia de un intervalo que nada atraviesa o que nada puede llenar”. *Louis Lavelle* (St.-Martin-de-Villereal, 1883 d.e.c.)

“El tiempo es como un río que arrastra rápidamente todo lo que nace”. *Marco Aurelio* (Roma, 121 d.e.c.)

”El tiempo todo te lo quita y todo te lo da”. (*No me acuerdo quien lo dijo*)

“El tiempo es una cierta parte de la eternidad”. *Marco Tulio Cicerón (Roma, 106 a.e.c.)*

“No hay nada hecho por la mano del hombre que tarde o temprano el *tiempo* no destruya”. *Marco Tulio Cicerón*

“El tiempo es el mejor antologista, o el único, tal vez”. *Jorge Luis Borges*

“No es el tiempo lo que se os da, sino el instante. Con un instante dado, a nosotros nos corresponde hacer el *tiempo*”. *Georges Poulet (Lieja, 1902 d.e.c.)*

“La verdad en un tiempo es error en otro”. *Charles Louis de Secondat Montesquieu (Château de La Brède, 1689 d.e.c.)*

“Desde la noche de los tiempos, el hombre había entendido que el sufrimiento, una vez encarado sin temor, era su pasaporte hacia la libertad”. *Paulo Coelho*

“No hay mal que dure cien años”. (*No se quien lo dijo*)

“Lo que es *bueno* es muy diferente de lo que es *mejor*”. *Paulo Coelho*

“No por casualidad, Caos es el anagrama de Cosa y de Caso (casualidad)”. *Luciano De Crescenzo*

“El futuro es ese periodo de tiempo en el que prosperan nuestros negocios, nuestros amigos son verdaderos y nuestra felicidad segura”. *Ambrose Bierce (Meigs County, 1842 d.e.c.)*

“Los perezosos siempre hablan de lo que piensan hacer, de lo que harán; los que de verdad hacen algo no tienen tiempo de hablar ni de lo que hacen”. *Johann Wolfgang von Goethe (Frankfurt, 1749 d.e.c.)*

“Nuestra imaginación nos agranda tanto el tiempo presente, que hacemos de la eternidad una nada, y de la nada una eternidad”. *Blaise Pascal (Clermond, 1623 d.e.c.)*

“Los amigos son como los taxis, cuando hay mal tiempo escasean”. *(No se quien lo dijo)*

“Mientras el tímido reflexiona, el valiente va, triunfa y vuelve”.
Proverbio griego

“El tiempo no lo cura todo, solamente lo adapta”. *(No se quien lo dijo)*

“Lo oscuro acabamos viéndolo; lo completamente claro lleva más tiempo”. *Edward Roscoe Murrow (North Carolina, 1908 d.e.c.)*

“La muerte como final de tiempo que se vive sólo puede causar pavor a quien no sabe llenar el tiempo que le es dado a vivir”.
Viktor Frankl (Viena, 1905 d.e.c.)

“Ningún ejército puede detener la fuerza de una idea cuando esta llega a tiempo”. *Victor Hugo (Bensazon, 1802 d.e.c.)*

“Todo el mundo quisiera vivir largo tiempo, pero nadie querría ser viejo”. *Jonathan Swift (Dublin, 1667 d.e.c.)*

“La mayoría de las personas gastan más tiempo y energía en hablar de los problemas que en afrontarlos”. *Henry Ford (Greenfield, 1863 d.e.c.)*

“La juventud no es un tiempo de la vida, es un estado del espíritu”. *Mateo Alemán (Sevilla, 1547 d.e.c.)*

“Ocurra lo que ocurra, aún en el día más borrascoso, las horas y el tiempo pasan”. *William Shakespeare (Stratfordon Avon, 1564 d.e.c.)*

“Lo pasado ha huido, lo que esperas está ausente, pero el presente es tuyo”. *Proverbio árabe*

Indice de Nombres

Abraham

Adler (Viena, 1870 d.e.c.)

Alexander (Inglaterra, 1859)

Allah

Allais Alphonse (Honfleur, 1854 d.e.c.)

Alemán Mateo (Sevilla, 1547 d.e.c.)

Amado Nervo (Mexico, 1870 d.e.c.)

Amiel Henry F. (Suiza, 1821 d.e.c.)

Anaximandro (Mileto 610 a.e.c.)

Aristóteles (Stagira 384 a.e.c.)

Assis Joaquim M. de (Rio de Janeiro, 1839 d.e.c.)

Ayer Alfred J. (Inglaterra, 1910 d.e.c.)

Bacon (Dublin, 1909 d.e.c.)

Bajja Ibn (Avenpace)

Balla Giácomo (Torino, 1817 d.e.c.)

Balzac Honoré de (Torus, 1799 d.e.c.)

Barrow (Londres, 1852 d.e.c.)

Baudelaire Charles (Paris, 1821 d.e.c.)

Bergson Henri (Paris, 1859 d.e.c.)

Bierce Ambrose (Meigs County, 1842 d.e.c.)

Blazquez Eladiaz (Buenos Aires, 1931 d.e.c.)

Blaise Pascal (Clermond, 1623 d.e.c.)

Boltzmann (Viena, 1844 d.e.c.)

BonaparteNapoleon (Corcega, 1769 d.e.c.)

Borges Jorge Luis (Buenos Aires, 1899 d.e.c.)

Bohr Niels (Copenague, 1885 d.e.c.)

Buddha

Calvino Italo (La Habana, 1923 d.e.c.)

Cantor (San Petersburgo, 1845 d.e.c.)

Carrel Alexis (Sainte-Foy-lés-Lyon, 1873 d.e.c.)

Cervantes(Alcala de Henares, 1547 d.e.c.)

Cicerón Marco Tulio (Roma, 106 a.e.c.)

Dali Salvador (Figueras, 1904 d.e.c.)

De Crescenzo Luciano (Napoli, 1928 d.e.c.)

Derrida (El-Biar, Argelia; 1930 d.e.c.):

Descartes (La Haye –Touraine-, 1596 d.e.c.)

Dilthey (Biebrich, 1833 d.e.c.)

Duchamp Marcel (Blainville, 1887 d.e.c.)

Eddington (Kendal, 1882 d.e.c.)

Einstein Albert (Ulm, 1879 d.e.c.)
Eliade Mircea (Bucarest, 1907 d.e.c.)
Emerson Ralph Waldo (Boston, 1803 d.e.c.)
Feud (Freiberg, 1856 d.e.c.)
Ford Henry (Greenfield, 1863 d.e.c.)
France Anatole (Paris, 1944 d.e.c.)
Frankl Viktor (Viena, 1905 d.e.c.)
Franklin Benjamin (Boston, 1706 d.e.c.)
Friedhelm Moser (1954 d.e.c.)
Friedmann (San Petersburgo, 1888 d.e.c.)
Galilei Galileo (Pisa 1564 d.e.c.)
Gandhi (Portbandar, 1869 d.e.c.)
García Lorca Federico (Granada, 1898 d.e.c.)
Geulincx (Holanda, 1624 d.e.c.)
Goethe Johann Wolfgang von (Frankfurt, 1749 d.e.c.)
Gracián Baltasar (Calatayud, 1606 d.e.c.)
Grunbaum Adolf
Hawking Stephen (Oxford, 1942 d.e.c.)
Hegel G.W.F. (Stuttgart 1770 d.e.c.)
Heidegger (Masskirch 1889 d.e.c.)
Heisenberg Werner (Wurzburgo, 1901 d.e.c.)
Heraclito (Efeso 550 a.e.c.)
Hoyle Fred (Yorkshire, 1915 d.e.c.)
Husserl E. (Moravia 1859 d.e.c.)
Jesus
Kafka (Praga, 1883 d.e.c.)
Kant (Konigsberg 1724 d.e.c.)
Klee Paul (Münchenbuchsee, 1879 d.e.c.)
Lao-Tze (Chow, 604 a.e.c.)
Laplace (Beaumont-en-Auge, 1749 d.e.c.)
Lavelle Louis (St.-Martin-de-Villereal, 1883 d.e.c.)
Lebón David (Buenos Aires, 1952 d.e.c.)
Leibniz (Lipsia, 1646 d.e.c.)
Lorentz (Arnhem, 1853)
Lutero Martin (Eisleben, 1483 d.e.c.)
Luzzatto Moshé Chaim (1707 d.e.c.)
Machado Antonio (Sevilla, 1875 d.e.c.)
Marco Aurelio (Roma, 121 d.e.c.)
Meurois Anne
Meurois Daniel
Milanes Pablo (Bayamo, 1943 d.e.c.)

Minkowski (Rusia, 1864 d.e.c.)
Moises
Monet Claude (París, 1840 d.e.c.)
Nerón (Anzio, 37 d.e.c.)
Newton Isaac (Woolsthorpe, 1642 d.e.c.)
Numhauser Julio
Parménides(475 a.e.c.)
Pemán José María(Cadiz, 1897 d.e.c.)
Penrose Roger (Cholchester, 1931 d.e.c.)
Platon (Atenas 428 a.e.c.)
Plotino
Popper Karl Raimund (Himmelhof, 1902 d.e.c.)
Poulet Georges (Lieja, 1902 d.e.c.)
Prigogine Ilya (Moscu, 1917 d.e.c.)
Reichenbach Hans (Hamburgo, 1891 d.e.c.)
Roscoe MurrowEdward
Rumi (Balkh, 1207 d.e.c.)
Rushd Ibn (Averroes)
Sagan Carl (New York, 1934 d.e.c.)
Samos Meliso de
San Agustin (Tagaste 354 d.e.c.)
San Anselmo (Aosta, 1033 d.e.c.)
San Francisco (Asis, 1182 d.e.c.)
San Jerónimo (Estridon, 347 d.e.c.)
San Pablo (Tarso, 10 a.e.c.)
San Pedro
Shaw Bernard G. (Dublin, 1856 d.e.c.)
Schopenhauer (Danzica, 1788 d.e.c.)
Secondat MontesquieuCharles L.(Château de La Brède, 1689 d.e.c.)
Seneca Lucio (Cordoba, 4 a.e.c.)
Shakespeare William (Stratfordon Avon, 1564 d.e.c.)
Smart John J.C.
Socrates (Atenas, 469 a.e.c.)
Sosa Mercedes (San Miguel de Tucuman, 1935 d.e.c.)
Spinoza (Amsterdam, 1632 d.e.c.)
Swift Jonathan (Dublin, 1667 d.e.c.)
Tales de Mileto (Jonia, 640 a.e.c.)
Trackl Georg (Pilsen, 1942d.e.c.)
Triolet Elsa (Moscu, 1896 d.e.c.)
Ussher (Irlanda, 1581 d.e.c.)
Victor Hugo (Bensazon, 1802 d.e.c.)

Von Ebner-Eschenbach Marie
Whitehead (Ramsgate, 1861 d.e.c.)
Whitrow Gerald J. (Inglaterra, 1912 d.e.c.)
Wilde Oscar (Dublin, 1854 d.e.c.)
Wigner Eugene (Budapest, 1902 d.e.c.)
Woody Allen (New York, 1935 d.e.c.)
Zakariya Razi Muhammad Ibn (Persia, 1841 d.e.c.)
Zenón de Citio (350-260 a.e.c.)
Zenón de Elea (Elea, 490 a.e.c.)
Zermelo (1871 d.e.c.)
Zubirí (San Sebastian, 1898 d.e.c.)

Indice

| | |
|------------------------|----|
| PROLOGO | 9 |
| I TIEMPO DEL AUTOR | 15 |
| II TIEMPO DE MIERCOLES | 19 |
| III TIEMPO LABORAL | 31 |
| IV TIEMPO ANTIGUO | 35 |

Anaximandro

Heráclito

Parménides

Sócrates

Platón

Aristóteles

El Plano Físico:

El Movimiento

El Infinito

El Instante

Negatividad del Tiempo

La Medida del Reposo

El Primer Motor Inmóvil

El Plano Psíquico

Séneca

| | |
|-----------------------|----|
| V TIEMPO CRISTIANO | 63 |
| VI TIEMPO JUDIO | 67 |
| VII TIEMPO CIENTIFICO | 73 |

Galileo Galilei

Newton

Leibniz
El tiempo y el espacio

VIII NUESTRO TIEMPO 83

La intuición
La duración
La irreversibilidad
Big Bang

IX INSTANTE DE MIERCOLES 99

X TIEMPO FISICO Y TIEMPO BIOLOGICO 103

Mediciones del Tiempo
Los días de la semana
Calendario

XI TIEMPO DE LUCIANO DE CRESCENZO 117

El Tiempo y la muerte
Los tres maestros en materia del Tiempo
El sueño de la habitación del tiempo paralizado
El tiempo modifica nuestros intereses
El tiempo y la velocidad
El ruido del tiempo que pasa
Panta rei – Heraclito
Sócrates
Copiando Luciano

XII ES-CENA DE MIERCOLES 139

XIII PALABRAS DEL CORAZON Y DE LA RAZON 155

Esteban Kilstein
Graciela Haboba
Julio Triegerman
Gabriel Peterburg
Monica Damboriano

Leonardo García Dovat
Helena Nebel
Dino Di Silvio
Aníbal “Chapo” Duran
Alejandro Malek
Alvaro Sánchez
Gabriela Nebel
Gabriel Chamamah
Viviana Miranda
Leandro Maffei
Alicia Ruiz
Gustavo Tendler
Pablo Regen
Esther Pastor de Ruiz “Lela”
Darío Maffei
Jorge Pepe
Juan L. Moschetti
Daniel Gallo
Atai Tregerman
Betina Chamamah
Natalio Marcos Haboba
Donatella Storace
Marisa Haboba
Sergio Andreozzi

| | | |
|-------|---------------------------------|-----|
| XIV | MIERCOLES ETIMOLOGICO Y POPULAR | 173 |
| XV | LA FISICA EN BUSCA DE D’OS | 185 |
| XVI | MOMENTOS DEL TIEMPO | 189 |
| XVII | EL TIEMPO Y LAS COSAS | 197 |
| XVIII | EL TIEMPO Y EL ARTE | 205 |
| XIX | EL PROCESO | 211 |
| XX | TIEMPO DE FRASES | 215 |